This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

LELAND STANFORD JR.
UNIVERSITY
LIBRARY

GIFT OF COOPER MEDICAL COLLEGE

. · a L.

EL ALMA ENFERMA.

EL
ALMA ENFERMA.

NOVELA ORIGINAL

DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

TERCERA EDICION

cuidadosamente corregida por la autora.

TOMO II.

MADRID
Imprenta de la Viuda é Hijos de J. A. García
Campomanes, núm. 6.
1882

Es propiedad de la autora, y queda hecho el depósito que marca la ley.

Toda esta edicion lleva una contraseña reservada.

167465

CAPITULO VIII.

Desencanto.

El capricho que Florestan de Benavente habia concebido por Dolores, pasó muy pronto. La posesion le apagó, y, como sucede casi siempre, ya no vió en su mujer más que los defectos que tenia, que eran algunos.

El embarazo y el alumbramiento ajaron algun tanto la belleza de Dolores, y esto disgustó profundamente á su marido. Por su parte, ella fué desencantada de un modo más pronto y más terrible, porque jamás habia estado enamorada de Florestan.

Su penetrante talento descubrió, á los ocho dias de casada, toda la sequedad de corazon, toda la vanidad, todo el helado egoismo de aquel hombre gastado y endurecido en los desórdenes. Despojado de sus cosméticos y de sus afeites, Benavente apareció viejo y repugnante á los ojos de aquella esposa de diez y ocho años, bella y delicada. Le vió con los cabellos y los bigotes canos, despojado de su postiza dentadura y de su corsé, y le causó horror y casi miedo.

Así engañada, Dolores se refugió en la dulce esperanza de ser madre; ella, que tanto odiaba á su primera hija: ella, que á costa de la mitad de su vida hubiera deseado olvidar á la hija de su pecado, empezó á desear con ánsia la llegada al mundo de la hija de su matrimonio.

¡Oh, encanto supremo de la virtud! ¡tú dejas al corazon la pureza de los afectos, y rodeas de luz los mismos que el mal cubre de negras sombras! ¡los goces ilícitos solo son un recuerdo de tus puros y legítimos encantos! ¡todo aquello que la religion cubre con su velo, es bello, bueno y consolador!

Luz nació hermosa como el amor. Por la primera vez, despues de largo tiempo, Dolores no se opuso al deseo de su marido en cuanto al nombre de esta niña, pues ella era verdaderamente el rayo de luz que llegaba á alumbrar la fatigosa y sombría existencia de su madre.

No bastaba, sin embargo, el amor materno para llenar á aquella alma apasionada y ardiente, lastimada ya con muchas decepciones: la niña no podia acompañar la perpétua soledad de Dolores, porque su esposo se habia entregado por completo al juego, que absorbia los restos de su caudal, y á la disipacion, en medio de la cual habia vivido toda su vida.

Dolores le reconvino un dia que le habia estado esperando durante mucho rato para salir con él, y se quejó de su falta de atencion.

Benavente le respondió con una risa burlona, exasperando á la jóven, que le llamo grosero é insolente.

El americano, frio en la apariencia, pero con el semblante cubierto de palidez, se acercó á su mujer, y asió el brazo de ésta entre sus dedos, que apretó como si fuesen tenazas de hierro.

—Querida mia, le dijo con la espantosa risa que tanto decia, y que Dolores habia analizado con tanto terror: guárdate siempre de oponerte á mis acciones: ningun derecho tienes á pedirme consideraciones, además de haberte hecho el favor de casarme contigo: solo me debes gratitud, y, al ménos, exijo de tí prudencia.

Dolores sufrió aquella brutal presion y el ultraje que encerraban las palabras de su marido, sin articular una palabra, sin exhalar una queja; pero desde aquel dia le profesó un ódio mortal.

Desatada ya su máscara, no era Benavente hombre que retrocediese por nada: acortó á su mujer la pension que le daba para sus alfileres, y dos meses despues se la retiró del todo. Dolores, por su parte, y dando por excusa el porvenir de su hija, hizo asegurar los diez mil duros de su dote, y privó á su marido de aquel recurso, en el que fundaba algunas esperanzas de salvacion.

Desde entonces, la guerra se declaró entre los dos esposos de una manera sorda, pero terrible.

Una circunstancia inesperada vino á poner algun dique á los desórdenes de Benavente: vió á la Condesa de Elven en la Opera, y se enamoró de ella con locura: con esa última locura de los hombres que han hecho muchas, y que tan desastrosa es en la edad madura.

Desde aquel dia, se ocupó solo de ir á los sitios donde ella iba, y consiguió hacerse amigo de uno de los amigos de la casa, que le presentó á Rita.

Como ventaja, tenia ya el título de amigo de la Marquesa de Villaflorida, y le fué muy fácil poder visitar con frecuencia la casa de los Condes de Elven.

Poco á poco aquella pasion fué tomando proporciones colosales. Benavente odiaba á Gonzalo; pero no como autor de la seduccion y del abandono de la pobre Dolores, sino como esposo de Rita.

Mientras tanto, el alma de Dolores se iba ennegreciendo cada dia más y más. Hervia en ella el deseo de vengarse del hombre que la habia perdido, con la misma fuerza que el dia en que le vió salir de la iglesia casado con otra mujer: por no verle, habia huido siempre del trato de Rita; pero aquel ódio se acrecentaba cada vez que recibia un ultraje de su marido al echarle en cara su desgracia y la existencia oculta de la hija de su falta.

El desprecio, el horror que le inspiraba su

marido, eran al mismo tiempo de una naturaleza tal, que en vano habia procurado vencerlos: nada suavizaba, por lo mismo, la amargura que invadia el ánimo de Dolores.

Esta existencia vacía no podia prolongarse durante largo tiempo, y mucho ménos cuando los obsequios y las declaraciones rodeaban á la jóven por todas partes; su belleza verdaderamente admirable, llamaba la atencion siempre que salia, de esa multitud elegante que pulula en París, y en los altos círculos se la empezaba á encarecer, preguntándose unos á otros si conocian á la *hermosa española*.

Algunos de los más atrevidos lograron penetrar en su casa; y Dolores, aburrida de su soledad, empezó á aceptar sus galanteos, figurándose llenar así el vacío inmenso de su corazon.

De esta suerte se hallaban las cosas cuando tenian lugar las escenas del capítulo precedente, desde el cual proseguiremos el hilo de esta narracion.

Florestan, despedido por la Condesa, se encaminó á su casa con la cabeza pesada y abrumado de ese cansancio moral que sucede á las grandes y repetidas agitaciones del espíritu.

Amar del modo que él amaba á su edad y á una mujer como Rita, era arrastrar una existencia envenenada á cada instante.

Habitaba con su mujer una bella casa en la *rue Vivienne;* pero era necesario que pensase ya

en abandonarla, pues le era imposible satisfacer los cuantiosos alquileres que exigia. La ruina le iba envolviendo con sus negras alas; mas él, absorto en su amor, no se cuidaba de evitarla.

Llegó á su casa y pidió la comida para dentro de media hora.

—¿Dónde está la señora? preguntó al criado que se habia presentado para recibir sus órdenes.

—La señora no come en casa, respondió aquél; salió á las dos, y no ha vuelto, dejando dicho que comeria con Mme. de Reneville.

—¿Ha preguntado alguno por mí?

—No, señor.

—Es preciso que yo haga entrar de nuevo á mi mujer en la vida ordinaria, se dijo Benavente, así que quedó solo: aunque poco aficionado á los goces del hogar doméstico, me canso de hallar el mio sin calor: esta soledad es insoportable... oh! si Rita me amase!... pero no! no me ama, ni me amará jamás.

La campanilla de la escalera sonó en aquel momento, y poco despues el ayuda de cámara anunció:

—¡El Sr. Coronel!

La persona que hemos hallado en casa de la Condesa de Elven fué la que entró: al verla, el rostro de Florestan expresó una violenta contrariedad.

—Querido, dijo el recien llegado: hoy estoy

de un humor perverso: el Conde me ha hecho un desaire delante de su mujer, y al segundo le envío mi tarjerta: así, pues, vengo á comer, á pasar el tiempo contigo sabiendo que tu mujer nunca está en casa.

—¿Por qué te obstinas en ir á casa del Conde? preguntó Florestan dirigiendo al Coronel una mirada profunda.

—¿Qué se yo? se me figura que solo por dar al Conde en la cabeza: su mujer me gustaba mucho, pero ella ha sido la primera que se cansó de mis visitas: á la verdad, eso me duele poco, porque en nosotros tales cuestiones son siempre de amor propio, y ella creo que se cansa lo mismo de todos y que no quiere á nadie: pero ese marido ha dado ahora en la ridícula manía de estar celoso cuando no lo habia estado jamás: si le ves, díle que imite tu ejemplo.

—¿Cómo mi ejemplo?

—Tu mujer sale, entra y hace lo que le parece sin que le pidas cuenta: ahora se habla de ella como de una notabilidad, y tú estas tan tranquilo y contento con eso como debe estarlo un hombre de mundo.

—¿Y qué he de hacer? No veo ningun mal en que mi mujer guste.

—Ni yo tampoco... pero vamos, vamos querido, veo que no me quieres entender y que será mejor que pasemos al comedor, porque yo me estoy muriendo de hambre.

CAPITULO IX.

La familia Warner.

Dolores corria la pendiente que conduce á la deshonra y á la ruina: no podia ser otra cosa estando unida á un hombre como su marido, y teniendo tal predisposicion para dejarse llevar de todos los arrebatos de su imaginacion.

Sin embargo, su corazon no estaba ocupado más que con el amor de su hija, y esto la salvó durante algun tiempo. Tal vez en el gran libro del destino no estaba escrita todavía la hora de su perdicion.

Una noche de insomnio, en que daba vueltas en su suntuoso lecho agitada por siniestros pensamientos, se acordó de los bellos dias en que sentada, niña aún, al lado de su madre en aquel pequeño comedor bañado de sol, se sometia á las reprensiones y á los castigos, que se la imponian, de mala gana, y dejando escapar de sus ojos lágrimas coléricas.

Aquel lindo cuartito: aquel brasero lleno de rojas ascuas, y cuyo azofar estaba tan brillante como el oro; aquel gato que dormitaba sentado

á su dulce calor; aquel rayo de alegre sol que, penetrando por los limpios cristales del balcon, bañaba la tarima de pino pulimentado y el gato; aquella criada gruesa y alegre; y, coronando todo esto, las nobles y venerables figuras de sus padres, arrancaron lágrimas á sus ojos, y la trasportaron á los bellos y serenos dias de su infancia, á aquellos hermosos dias de sol, y de tan puras y consoladoras memorias.

Postróse de rodillas detrás de las cortinas de su lecho y rezó, porque algunos pensamientos conducen á la oracion, como si fuesen blancas alas que llevan el alma al cielo.

Como le sucedia muchas veces, la memoria de sus padres la condujo á detestar al que habia sido su verdugo: así la desdichada no podia abrigar un pensamiento sano y consolador, sin que le trajese en pos otros muchos amargos y desconsoladores.

Pero refugiándose á la luz para huir de las sombras, volvió á pensar en su madre, y en el inmenso bien que hacia á los pobres aun en medio de su modesta fortuna.

—¿Por qué no he de ser yo caritativa tambien? se preguntó la jóven; esto, al ménos me daria algunas horas de felicidad que llenasen el vacío de mi amarga existencia... y ahora recuerdo que hace dos ó tres dias, al pasar por la antesala, oí á mis doncellas hablar de una familia desgraciada é indigente de la vecindad...

yo la socorreré... sí: la caridad y el amor de mi hija, deben bastar para llenar mi vida.

Estos propósitos trajeron el sueño á Dolores, que ya desconfiaba de cerrar sus ojos al reposo en toda la noche.

Al amanecer, se levantó más alegre y animada de lo que habia estado en mucho tiempo: aquella alma enérgica no podia querer nada sino con extremada vehemencia.

Su doncella, asustada con el sonido de su campanilla, sacudida á una hora tan extraña, acudió despavorida.

—No te asustes, le dijo su señora: estoy buena: pero no puedo dormir, y te he llamado para que me informes de quién es una familia muy pobre que dicen vive en la casa inmediata.

—En efecto, señora, contestó la camarera disimulando el enojo que le causaba el que la hubieran hecho levantar tan temprano para tan poca cosa: es una familia muy pobre y muy honrada, compuesta de una viuda con dos hijos: su marido, pintor aleman que se ocupaba de asuntos religiosos, murió despues de una larga enfermedad que dejó arruinada á su familia: la pobre mujer cose para un almacen de modas, y cuida de sus hijos: el mayor es varon y se llama Frantz: no cuenta más que diez años, y se aplica á la pintura de un modo prodigioso: un antiguo amigo de su padre le da lecciones por caridad: la niña tiene ocho años, y se llama Ida:

tambien aprende á pintar: pero su pobre madre, aun jóven y hermosa, se consume en un trabajo ímprobo para mantenerlos: ha debido ser una mujer muy bella, pero está marchita por los trabajos y por la miseria: su marido se llamaba Warner y era hombre de gran mérito; pero de poca suerte.

—Gracias, dijo Dolores: ya sé todo lo que deseaba saber: ahora déjame.

La camarera se retiró, y su señora alzó al cielo sus manos unidas.

—Gracias, Dios mio! exclamó: al ménos en este gran desierto, en el que solo hallo personas metalizadas ó corrompidas, podré hablar con alguna criatura noble que me recuerde á mi madre!

Fué á la cuna de su hija y contempló con delicia su tranquilo sueño: la pequeña Luz era admirablemente hermosa: abundantes y sedosos cabellos castaños, que prometian ser negros para más adelante, se rizaban alrededor de su blanca frente: sus cerrados párpados, anchos y trasparentes como el marfil, ocultaban dos ojos como dos estrellas, rasgados, negros y brillantes: su boquita diminuta, su nariz sonrosada, su frente llena de gracia y majestad, todo ofrecia para lo sucesivo una admirable hermosura.

—Hija mia! yo conquistaré para tí simpatías y benciones! murmuró Dolores: haré el bien en tu nombre, que será respetado y querido! sí!

yo quiero salir de esta apatía mortal que me consume, quiero hacer bien y mis padres nos protejerán desde el cielo!

Dolores se levantó, se puso un vestido oscuro y envolvió su cabeza y su rostro con un velo negro: luego, sin decir nada á nadie, bajó la escalera y salió á la calle.

Al poner ella el pié en el umbral de la puerta para salir, retrocedió espantada.

Su marido iba á entrar al mismo tiempo despues de una noche pasada en el desórden y en la orgía: venia del todo ébrio, y su aspecto no podia ser más horrible.

Su levita, desabrochada completamente, dejaba ver su rica camisa arrugada y rota: su corbata, desatada, flotaba, como la vela de un barco despezada por el viento: su sombrero, echado hácia atrás, dejaba escapar algunos mechones de cabellos descompuestos y enmarañados; tenia los ojos hinchados y rojos, la boca entreabierta y estúpida y traia los brazos colgando.

Dolores retrocedió llena de horror: su marido pasó, tambaleándose y sin reconocerla, por delante de ella.

Tal impresion hizo este encuentro en la jónen, que iba á volver á subir: pero el temor de ver otra vez á aquel hombre, la decidió á salir á la calle, para cumplir su piadoso objeto.

Entró en la casa inmediata, y preguntó en la portería por Madame Warner.

—Quinto piso, puerta número 2, dijo una voz cascada desde el fondo del chirivitil.

Dolores cruzó rápidamente el patio, y empezó á subir la escalera latiéndole el corazon de un modo inusitado.

Llegó al quinto piso, llamó á la puerta número 2, y se abrió enseguida por la mano de un hermoso niño.

—¿Madame Warner? preguntó Dolores con voz algo trémula

—Aquí es, señora, respondió Frantz: pase usted por aquí.

Luego, levantando la voz, añadió:

—¡Mamá, mamá! aquí hay una señora que te busca.

Dolores siguió el camino que el niño le indicaba, y despues de cruzar un pasadizo largo, precedida por Frantz, se halló á la puerta de una modesta salita.

Todo en ella respiraba una pobreza digna y honrada: advertíase allí un buen gusto inteligente luchando con la miseria, y una poesía natural que lo embellecia todo.

Las paredes, cubiertas con un ínfimo papel de fondo claro con ramos verdes, conservaban esa limpieza que comunmente falta en las habitaciones de los pobres: sobre una mesita de caoba, restos de pasado bienestar, se veia una ninfa tallada en mármol, ante la cual lucian dos jarros de cristal que sostenian dos ramos de flo-

res de los campos: blancas colgaduras cerraban dos camas, una de ellas grande, y en la que debian dormir Ida y su madre, y otra más pequeña de la propiedad de Frantz.

Una alfombra muy modesta, pero cuidadosamente conservada, cubria el pavimento: la chimenea estaba adornada con un espejo ovalado y encerrado en un marco formado por flores y frutos esculpidos en maderas finas: debajo, un reloj de bronce, antiguo, señalaba la hora, y los lados estaban ocupados con candeleros de lo mismo, que sostenian bujías blancas como la espuma, y adornadas de arandelas de flores.

Cerca de la ventana, Margarita Warner bordaba una pieza de preciosa batista: era una mujer que no pasaba de treinta años, de admirable y exquisita belleza, si bien un tanto ajada por las penas.

Su estatura alta y esbelta decia, lo mismo que sus formas delicadas, que habia nacido en la tierra donde Goethe pensó la *Margarita de Fausto:* como aquella, era rubia, de ojos serenos y grandes, de facciones llenas de encanto y poesía: tal hubiera sido la heroina del poema inmortal, si hubiera llegado á ser esposa y madre feliz.

Una palidez suave vestia su rostro, y una tristeza exenta de desesperacion resaltaba en toda su persona: era una mujer encantadora,

que aun podia haber alcanzado grandes triunfos de hermosura, á no haberse dedicado por completo á sus hijos.

Aquella figura bella, dulce, grave, estaba llena de majestad: viuda y madre, aun se admiraba en ella á una de esas encantadoras jóvenes alemanas, tan bellas de cuerpo y alma, tan puras é irreprensibles.

Sus cabellos rubios estaban recogidos en apretadas trenzas detrás de su cabeza, y se levantaban sobre la frente en gruesas ondas naturales.

Llevaba un vestido de lana oscura, admirablemente cortado, y que hacia resaltar la gracia delicada de su talle: el escote de aquel traje era cuadrado, y descubria una camiseta de batista plegada, que subia hasta el cuello, guarnecida de un estrecho encajito, resto quizá de su traje de novia.

Las mangas, estrechas y casi cerradas en el puño, dejaban ver sus manos un poco largas y blancas como el marfil.

Tal era Margarita Warner: Dolores, que habia vivido entre unos padres muy honrados, pero muy prosáicos; al lado de un esposo más prosáico todavía, y rodeada en París, desde hacia algun tiempo, de la horrible prosa de los vicios y desórdenes humanos, llegados al más alto grado, quedó muda, estática ante aquella aparicion tan poética y tan pura.

Al lado de Margarita se hallaba sentada una niña, blanca como la azucena del valle, rubia como un rayo de sol naciente: sus ojos eran azules como el cielo, y todas sus facciones eran copia de las de su madre, bañadas además con el encanto incomparable de la infancia.

Era una criatura delicada, esbelta, adorable, y en cuyo sereno rostro resplandecia una especie de candor reflexivo y pudoroso.

Aquella niña no debia ser bulliciosa y juguetona, sino melancólica y pensadora, como su madre.

Su pobre vestidillo de lana azul, muy viejo ya, tenia la hechura alemana del de su madre, y sus cabellos rubios, que jamás, segun la costumbre de su país, habian sido oprimidos en trenzas, caian, en gruesos tirabuzones sobre sus hombros y espalda.

Margarita se levantó saludando profundamente á Dolores, que sintió cubrirse sus mejillas de rubor al pensar que aquella mujer, en cuya frente estaba escrita la santidad de toda una vida irreprensible, se inclinaba delante de ella, manchada desde tan jóven, y en cuya alma se abrigaban tan negros pensamientos.

Así el murciélago, cuando deja su oscuro nido en las bóvedas de un arruinado castillo, y saliendo al campo, ve el firmamento azul tachonado de estrellas, se avergüenza de su fealdad y de su miserable destino, y envidia al po-

bre jilguerillo que revolotea en un espacio tan puro.

—¿Qué tiene que mandarme la señora? preguntó Madame Warner con voz dulce y con acento extranjero.

Dolores vaciló algunos instantes antes de responder.

No se atrevia allí, delante de aquella noble mujer, que tenia la presencia y los modales de una dama, á decir que habia ido á socorrer su miseria: y por otro lado no sabia qué pretexto dar á su visita.

Conociendo, sin embargo, que era preciso dar alguno, aceptó el asiento que le ofrecia Margarita, y respondió:

—Deseaba encargar unos bordados, y me habian encaminado aquí...

—En efecto, señora, yo bordo, respondió sencillamente Madame Warner, y si la obra no es muy larga, podré encargarme de ella: hago esta salvedad, porque como soy sola y estoy al cuidado de mis hijos, puedo adelantar poco.

—Ninguna prisa me corre lo que quiero encargar á Vd., repuso Dolores: son batas de noche, gorras... cosas sin importancia ni gran precision...

Detúvose aquí Dolores, y se quedó como estática, mirando, ó más bien, admirando al hijo de Margarita.

La hermosura de este niño era mil veces superior á la de su madre y su hermana.

Tenia los cabellos de ese castaño dorado y sedoso que Murillo da á sus Vírgenes: los ojos de un azul semejante al de la pizarra, las mejillas pálidas, con la suave blancura del jazmin.

Dos tendidas cejas negras, como dibujadas con tinta china, cortaban su frente ancha y elevada, en la que ya se advertia la triste altivez del genio: sus ojos grandes, rasgados, pensaban y hablaban: dos magníficas filas de perlas guarnecian su boca, de un dibujo puro y caprichoso: cuando la vista de la señora de Benavente cayó sobre él, se hallaba sentado de lado, y su puro y correcto perfil se destacaba de entre una masa de cabellos que se agrupaba en abultados y lustrosos rizos, mucho más oscuros que los de su hermana.

—¡Oh, señora! ¡qué hermoso es este niño! exclamó Dolores, cuya imaginacion poética y apasionada habia estado siempre envuelta en los velos del positivismo, y se desenvolvia de su helado sudario al aspecto de tantas bellezas físicas é intelectuales y al calor del fuego sagrado del entusiasmo.

—¡Se parece á su padre! respondió Margarita dejando escapar un suspiro.

—Permítame Vd., señora, una pregunta, dijo Dolores á aquella jóven madre. ¿Hace ya mucho tiempo que perdió Vd. á su esposo?

—Hace cuatro años, señora.

—¿Murió en París?

—Sí, señora: y yo hubiera partido al instante para Alemania, á no haber sido su expresa voluntad que se educase aquí su hijo: ¡ah, señora! ¡solo el deber de cumplir este deseo supremo es lo que me hace permanecer aquí!

—¿Tiene Vd. aversion á París?

—¿Y cómo no tenérsela, si aquí los desengaños y las penas han cortado el hilo de la vida de mi esposo?

—¿Fué desgraciado?

—¡Mucho! la envidia se ensañó con él, y ya que no pudieron cortar las alas á su genio, cortaron los lazos de su vida. Yo le amaba desde niña, y, al perderle, el mundo se convirtió para mí en un inmenso desierto, donde no hallo otra compañía que mis hijos: si él hubiera dispuesto que volviese á mi pátria, aun seria ménos infeliz: vive mi padre, y á su lado hubiera hallado algun consuelo: pero Frant me dijo que me quedase en París, y yo quiero obedecerle.

Dolores bajó la cabeza, cubierta su frente de nuevo con un doloroso rubor; ¡aquella mujer obedecia tan escrupulosamente á su marido, y ella habia desobedecido á su madre, que le habia mandado expresamente guardar á su hija!

Por la primera vez pensó entonces sin horror en la hija de su culpa; y se dijo que quizá

padeceria hambre y frio en poder de aquella aldeana que la habia reemplazado á ella.

Estos pensamientos fueron una gota de rocío que refrescó su alma escandecida por otros muchos de ódio y de amargura.

La vista de aquella existencia pobre, pero tranquila y digna: de aquella buena madre tan jóven, tan hermosa, tan modesta y tan retirada: de aquellos niños que crecian amparados por el amor y el deber, parecia como que consolaba su espíritu fatigado.

—Señora, dijo á madame Warner: suplico á usted que venga á mi casa,—aquí inmediata,—para elegir las telas de los bordados: yo las enviaria á Vd., pero deseo que honre con su presencia mi habitacion... soy desgraciada... ¿quiere Vd. ser mi amiga?... no he tenido nunca ninguna; y lo deseo tanto!...

—¡Cómo, señora! ¿se puede vivir sin la amistad? exclamó Margarita, en cuyos grandes ojos se retrató un asombro lleno de candidez: á mí me seria imposible!

—No se hallan amigas siempre que se desean. Yo tampoco las habia buscado hasta ahora.

—No lo extraño, continuó Margarita: es Vd. muy jóven... casi una niña: mientras las ilusiones llenan el corazon, no hay amigas más fieles que ellas.

—Yo las he perdido ya todas!

—Todas! repitió Margarita con una nueva

sonrisa: ¡oh, mi querida niña! y cuántas veces han de renacer todavía!

—No! respondió Dolores: la vida no tiene más que una sola primavera! el campo se cubre cada año con nuevas flores y nuevas galas: solo hay una época en la vida, floreciente y hermosa!

—¡Pobre jóven, murmuró madame Warner: ¿no es Vd. madre?

—Sí por cierto: ya tengo dos hijas.

Dolores pronunció estas palabras con un supremo esfuerzo: pero, despues que salieron de sus lábios, le pareció que su corazon descansaba.

Ya confesaba la existencia de la pobre Lágrimas: es verdad tambien que solo á aquella noble mujer, se la hubiera confesado sin rubor y sin amargura.

—¿Y se queja Vd? preguntó la alemana: luego, como corrigiéndose, añadió:

—Perdone Vd. á una madre el que piense que serlo es la mayor felicidad de la tierra: ¿vive Vd. separada de sus hijas?

—De la una, sí: pero esta es una historia triste que le contaré á Vd. algun dia.

—Siempre he amado más á los desgraciados que á los venturosos, dijo madame Warner: la felicidad acompaña por sí sola; dichosa yo sí, con el calor de mi afecto, puedo hacer que renazca en el corazon de Vd. la bella flor de sus ilusiones!

—Son flores que una vez secas y marchitas, no renacen jamás.

—Pero su aroma está siempre en el cielo,—respondió la alemana con aquel lenguaje poético propio de su país,—y la oracion le hace descender de nuevo á la tierra. Yo he sido poco dichosa en este mundo, pero jamás completamente infeliz.

—Hé aquí el precio de los primeros bordados, dijo Dolores levantándose para irse y dejando sobre la mesa un bolsillo lleno de dinero, único que entonces poseia: mañana, amiga mia, la espero á Vd.

—Mañana iré, y cobraré la labor despues que esté ejecutada, dijo Margarita con dignidad.

Y levantándose tambien, tomó el bolsillo y lo dejó en las manos de Dolores.

Esta se puso encarnada de confusion y de pena: la indigencia rechazaba su caridad: pero reflexionando que al ménos llevaba consigo la satisfaccion de aquel nuevo afecto, tal vez el único sincero con que le era dado contar, se resignó y despues de saludar á Margarita y de echar una última mirada sobre sus hijos, que jugaban en un extremo del aposento, salió de aquella pobre casa más consolada, y con más fortaleza en el alma para sobrellevar los dolores de su vida.

CAPITULO X.

En Madrid.

Vamos á encontrar á algunos conocidos, de los que estamos ausentes hace algun tiempo, lector amigo, pero á los que segun creo no has olvidado.

Entremos de nuevo en la calle del Noviciado, y despues en la modesta casita que habitó Dolores en compañía de sus padres, y que aun habita el pintor Antonio Benavides con su esposa y sus hijos.

Ya se han cumplido los dos años que faltaban para que Luciano Ponce de Leon, primo de Berta y de Rita, acabase su carrera de Abogado.

Ha llegado el dia de la boda con Modesta, que fiel y tranquilamente le ha esperado bajo la sombra de sus buenos padres, y en medio de las ocupaciones de una vida laboriosa.

Modesta ha cumplido ya diez y ocho años. Luciano veintisiete: los dos se conocen y se aman lo bastante para estar seguros de ser dichosos siempre en una vida comun.

Hé aquí la base de todos los enlaces felices, que, por más que se diga lo contrario, dan envidia, y no poca, á todos los que hallan en distracciones culpables un lenitivo á los disgustos del matrimonio.

El dia mismo del casamiento, que debe celebrarse á las ocho de la noche, Modesta y su madre, levantadas desde el amanecer, se ocupan en arreglar en dos grandes cestos una crecida cantidad de loza blanca, comprada el dia anterior para el servicio de mesa de los novios.

Nada ha cambiado en aquella pacífica morada: solo el piano ha desaparecido, pues siendo comprado para Modesta, su padre lo ha hecho colocar en su casa, á pesar de la resistencia de los novios, que decian que era muy justo que quedase para Cesarina.

—No, observó el padre: Cesarina tendrá pronto un piano alquilado, y de aquí á un año tendrá otro que yo compraré: no es justo, hija mia, que porque te cases dejes perder tu habilidad: debes, por el contrario, emplearla ahora para complacer y distraer á tu marido. Un piano es un amigo doméstico: es el amigo de las veladas, y no pocas veces el consolador de las tristezas, porque, por dichoso que uno sea, nunca le faltan ocasiones de sufrir.

El piano fué, pues, conducido á la casa de los novios, situada en la plazuela de Santo Domingo.

Modesta acabó de arreglar las últimas tazas en el gran cesto que esperaba la criada, y se levantó.

Entonces se pudo ver su graciosa talla, y las lindas proporciones de su cuerpo.

Su hermosura habia perdido el sello indeciso de la adolescencia, desapareciendo á la vez algo de su carácter vago é inocente: ya no era linda, sino bella, pero habia tal armonía en sus facciones y era tan simpática y tan amable, que se olvidaba que pudiera ser más hermosa.

—Mamá, dijo á Elena, que estaba acabando de llenar el otro cesto: voy con Tomasa para ver cómo coloca todo.

—¡Qué empeño! exclamó su madre: si es ya casi la hora de almorzar, y Luciano va á venir! lo mejor será que lo deje Tomasa de cualquier modo ahora, y luego iremos las dos á arreglarlo.

Modesta, acostumbrada á obedecer, se resignó y aun pareció contenta con lo que se le prometia.

—¿Qué hay de extraño en que desee ver su casita? preguntó el padre: yo lo hallo muy natural! Vamos, hija, yo te acompañaré.

Modesta miró á su madre, perpleja, y sin atreverse á admitir.

—Vé, le dijo ésta, y volved pronto para almorzar.

Modesta entró en su cuarto, cambió su bata

de mañana por un sencillo traje, cubrió sus cabellos con una mantilla, y se asió del brazo de su padre.

—Enviadme al instante á Tomasa, dijo Elena, la necesito aquí.

—Yo quisiera ir con papá y Modesta! dijo Cesarina.

—Y yo! dijo Federico á su vez: es tan bonita la casa de Modesta!

—Ustedes se quedan conmigo, respondió Elena: no faltaba más sino qae me dejaran sola! Tú, Cesarina, te entretendrás en colocar los postres: y tú, Federico, en hacer dos ramilletes para la mesa.

—Pero si la comida no es hasta despues que se casen! observó la niña.

—¿Qué importa? *hacienda hecha no trae prisa:* además, despues tienes que ayudar á Teresa á poner la mesa: ya sabes, ocho cubiertos: los novios, Doña Tecla y D. Atilano, vosotros dos, tu papá y yo: á ver si hoy te luces, y recuerdas las lecciones que te he dado: sobre la mesa del comedor lo tendrás todo: pero la colocacion es cosa tuya.

—De modo, dijo Federico, que Doña Angustias se quedará sola en casa?

—¿Cómo ha de venir si está paralítica? observó juiciosamente Cesarina.

—Hasta luego, mamá, dijo Modesta dando un beso á su madre.

—Que no tardeis, Antonio, advirtió Elena; son las once; á las doce á almorzar; ya sabes que no me gustan los retardos: además que no es regular que Luciano se halle sin vosotros.

Modesta y su padre salieron seguidos de Tomasa, que iba cargada con la loza.

—De modo, observó Federico volviendo á su tema anterior, que porque la pobre señora esté así... impedida, se ha de quedar sola en casa?

—¡Qué pesado es! exclamó Cesarina mirando á su madre.

—Esa insistencia honra mucho á tu hermano para que yo se la reprenda, dijo la buena madre: se compadece de una mujer desgraciada, y la compasion es una virtud.

Luego, volviéndose á su hijo, añadió:

—Tranquilízate, Doña Angustias no se quedará sola.

—Pues quién irá á compañarla?

—Vicenta.

¿La hija del tio Vicente, que fué nuestro portero?

—La misma.

—Pues si ella misma ha dicho mil veces que Doña Angustias era una mala mujer! observó Cesarina, que sentia su derrota, y el que dieran la razon á su hermano.

—No lo dudo: lo diria cuando estaba lejos de aquí y la creia buena y sana: pero así que la ha visto enferma y desvalida, ya no dice nada, sino

que va á cuidarla y á hacerle compañía cuando Doña Tecla y Don Atilano tienen precision de salir.

—¡Y qué mal genio tiene Doña Angustias! observó Cesarina.

—Como todos los enfermos, repuso Federico.

—*Díjolo Blas, punto redondo!* exclamó la niña; tú en todo te has de meter: qué ridículo es eso en un chiquillo de la estatura de un perro sentado!

—Mira la granadera, que tiene que ir cantando para que no la pisen, porque no se la vé, replicó el hermano mayor muy picado.

—Tampoco me meto á hacer de maestra como tú: y sino vamos á ver; papá ha estado muy malo! pues á ver si tenia el genio de esa Doña Angustias, que solo de verle la cara da miedo.

—Todos los genios no son iguales, y todos los padecimientas tampoco.

—Es claro! tú de todo entiendes.

—Hijos mios, dijo la buena madre volviendo la cara, y haciendo desaparecer de sus facciones la propension á la hilaridad que antes se veia en ella: es cierto que todos los males son *males*: tambien lo es que unos son más dolorosos y terribles que otros: pero es una verdad incontestable que, segun el carácter de una persona, asi sufre más ó ménos.

Nada conseguiríamos dejándonos llevar de la desesperacion en medio de nuestras dolencias:

la ira enciende la sangre, y las aumenta de un modo considerable: la fiebre arde en las venas: la razon se pierde: y, como he oido decir varias veces al Sr. Vicario de San Márcos, siempre que uno se deja dominar de la ira, hay que sufrir sus consecuencias.

Hay otra cosa además, que hace llevaderas las enfermedades: la paz de la conciencia: una persona buena, caritativa y piadosa, que se ve enferma, puede decir: Dios quiere probarme: hágase su santa voluntad—A Doña Angustias debe hacerla desgraciada, en medio de sus males, la certidumbre de haberlos merecido, porque asi ha sido en efecto: su carácter ha hecho siempre la desgracia de todos los suyos: de su marido, que, segun he oido, era bueno: de sus cuñados, que son dos personas excelentes: hace dos años que dejó su compañía, y se fué no sabemos dónde, porque de nadie se despidió: cuando la salud le faltó y se vió sin ningun recurso, volvió al lado de los suyos, que la recibieron completamente paralítica, del mismo modo que la habian recibido buena y sana al enviudar.

Pero ya está aquí Tomasa de vuelta: ayudadla para que prepare lo antes posible el almuerzo.

En tanto que la madre razonaba así con sus dos hijos pequeños, la mayor, con su padre, se extasiaba en su modesto, pero limpio y primoroso nido nupcial.

De comun acuerdo, se habia alquilado para los novios un cuarto bajo en una casita nueva.

Lo primero que se habia procurado habia sido por un despacho para Luciano, de aspecto elegante y con buena luz: esta habia sido la única exigencia de la novia.

El novio, por su parte, solo pensaba en que Modesta tuviese un lindo tocador, y una bonita sala para que se dedicase á sus labores.

Una y otra cosa se habian conseguido, como se consigue casi siempre lo que es bueno y justo.

El despacho era primoroso: se habia amueblado con objetos de caoba, tapicería de cuero de Rusia, y algunos bustos de bronce de gran mérito.

Una buena alfombra, y delante de la ventana cortinas de lana y seda verde, acababan de darle un aspecto severo y distinguido á la par.

La alcoba nupcial era de lo más lindo que puede imaginarse: estaba tapizada de una tela de seda, á listas azules y blancas: dos camas doradas, separadas por una mesita de noche, de caoba, con tablero de mármol blanco, lucian sus cobertores y sus cortinas de muselina, con viso azul; una graciosa lámpara, que formaba un ramo de flores, pendia del techo por medio de un cordón de seda tambien azul: una cómoda de palo santo, antigua, comprada de lance, un elegante lavabo, y un sillon bordado en ta-

picería por Modesta y Cesarina, con grandes ramos de flores sobre fondo azul, completaban el mueblaje de aquella habitacion, que, como dice una escritora francesa, debe ser la más cuidada y graciosa de la casa.

Un Crucifijo y un cuadro al óleo que representaba la Vírgen de la Esperanza, se elevaban entre los dos lechos: y debajo de las sagradas imágenes, enlazados con una cinta de raso de color de rosa, se veian una palma pequeña y un ramo de romero bendito.

A los piés del lecho de Modesta, y cubierta con un tapiz de damasco azul, habia una puertecita que llevaba á su tocador.

Este era muy sencillo: una mesita vestida de muselina blanca, con trasparente de color punzó ocupaba el testero principal, y sostenia un espejo ovalado con marco tallado de madera negra: sobre la mesa se veian cajas, frascos elegantes, y esos objetos delicados y graciosos que tanto estiman las jóvenes.

Delante de la ventana, que era muy baja, dos macetas, de loza blanca, ostentaban la una un rosalito thé, y la otra un jazmin, galante atencion de Luciano hácia su bella prometida.

Un divancito de seda punzó y dos ó tres pequeños sillones, completaban aquel sencillo mobiliario: á un lado de la puerta, habia un ropero: al otro un mueblecito para guardar encajes, joyas, guantes y cintas.

Los dos rincones se hallaban ocupados por dos pequeños aparadores, cargados de exquisita perfumería y de cajas de horquillas, de alfileres y de peines.

Modesta fué ante todo al comedor, que era muy reducido: estaba éste amueblado con seis sillas de rejilla, y una mesa pulimentada, sobre la que caia una lámpara muy sencilla: en la pared habia un armario, que fué donde Modesta empezó á colocar la loza blanca, que le habia comprado su madre, con gran cuidado y simetría.

—Mientras yo hago esto, papá, anda tú á dar un vistazo á la sala de recibir, dijo Modesta, y dime si te gusta: esa, mi tocador y el despacho, los ha amueblado á su gusto Luciano: el dormitorio, el comedor y su cuarto de vestirse se han decorado al mio.

El pintor entró, y se sonrió con placer al aspecto de la salita: cuatro cuadros, pintados por él con gran esmero y perfeccion, ocupaban los cuatro principales lados de la pared: una sillería de seda color de paja le daba el más risueño aspecto: una bonita mesa sostenia un espejo ovalado, y dos jarros de bronce y porcelana, de forma antigua, ostentaban dos bellos ramilletes de flores.

Cortinas blancas y bordadas caian delante de los balcones, pendientes de pasadores de caoba: en cada rincon se elevaba, sobre una pilastra,

una bella copia de escultura, ejecutada en yeso oscuro imitando el bronce.

Por último, una lámpara, rodeada de hugías, pendia del techo, ostentando en el centro un ramillete de margaritas y prímulas azules.

—¡Qué linda sala! ¿no es cierto, papá? preguntó Modesta, que habia llegado callandito echando sus brazos al cuello de Benavides con un movimiento lleno de alegría.

—Muy linda, respondió el pintor: su vista me llena de gozo y de tristeza á un tiempo: de gozo, porque ella me promete que serás feliz: de tristeza, porque te voy á perder, hija mia! ¡ah! ¿por qué no puedes vivir siempre á mi lado?

CAPITULO XI.

La boda.

A las siete de aquella tarde, y en tanto que el digno Vicario de San Marcos hacia encender las luces y colocar sobre el altar lindos ramos de flores frescas, Modesta, ayudada de su madre y de su hermanita, se ocupaba de su *toilette* de novia.

La buena Elena procuraba en vano reprimir sus lágrimas. Nunca viste una madre á su hija por la última vez sin sentir una profunda pena dentro de su alma.

Afectada igualmente Modesta, sentia tambien las lágrimas en los ojos.

El cuarto de la jóven, que habia ocupado siempre en compañía de su hermanita, era el que servia de tocador: en pié, delante de su espejillo de soltera, le abrochaba su madre un blanco traje de muselina muy sencillo, pero que marcaba todas las perfecciones de su talle.

Despues que le tuvo ajustado, Cesarina trajo una rosa blanca y una rama de azahar, y la misma Modesta las colocó entre las trenzas de sus hermosos cabellos castaños.

Un velo blanco, de túl, completó el atavío de la novia, que recibió de manos de su madre unos guantes blancos y un precioso abanico de nácar.

—Este es regalo de la Marquesa, le dijo procurando hablar con voz firme: hace poco rato, y en tanto que tú te peinabas, han llegado sus regalos y esta carta para tí que tu padre y yo hemos leido ya.

Modesta la abrió á su vez, y leyó lo que sigue:

«Mi querida primita (permíteme qne te dé este nombre): he llegado de Italia hace algunas horas, con mi esposo y mi hijo, á tiempo para ser la madrina de tu boda con Luciano: mi primer cuidado ha sido ir á ver á mi pobre Lágrimas al pueblo donde se cria, y me he quedado sorprendida: se ha robustecido mucho, y promete ser, sino bonita, al ménos muy graciosa: ¡pobrecita! tú la amarás tambien, porque como yo, has sido amiga de su madre!

»Cumplido ya este deber, me apresuro, Modesta mia, á enviarte una memoria, modesta como tú nombre, como tu carácter y como tus costumbres: es un pequeño aderezo de perlas, que he llevado yo; otro de coral de Nápoles comprado allí para tí, dos trajes de poco valor, algunos encajes, y un abanico muy sencillo: acéptalo todo como un recuerdo mio, y úsalo pensando en mí.

«El Marqués y yo estaremos en tu casa á las siete y cuarto: creo que tu buena madre, al ver que tardaba en escribir, habrá ya buscado otros padrinos: pero cualesquiera que ellos sean, deben cedernos el sitio á nosotros, que ya dijimos á Luciano que queriamos serlo.

«Adios; te abraza hasta muy pronto tu prima,

Berta.»

Al acabar de leer Modesta la firma de la Marquesa, se oyó detenerse á la puerta un carruaje.

—Ya están aquí, dijo Federico.

—¡Ay, mamá! exclamó la novia: ¿y van á comer aquí esos señores?

—Es lo natural, respondió Elena, y en ello nos complaceremos todos.

—¡Pero si no se habia contado con ellos!

—No está la comida tan escasa, que no puedan participar de ella.

—Pero ¿y el servicio? ¡Dios mio! ¿que van á decir?

—El servicio dará de sí, como la comida, para dos personas más.

—¡Pero unos Marqueses! ¡qué mal vamos á quedar!

—Hija mia, respondió gravemente la madre: nunca quieras parecer más de lo que eres, porque esto conduce infaliblemente al ridículo: más vale aparentar un poco ménos: los Marqueses de Villaflorida saben que tu padre es un

pobre artista: su primo, al elegirte, lo sabia tambien: solo tenemos, pues, la obligacion de vivir con decencia, pero no con lujo: eso se queda para ellos, que son ricos: el aseo es el lujo de los pobres: y ese lo encontrarán en la humilde casa de tus padres: nunca te dejes llevar de esa ridícula vanidad que cree deber vasallaje al lujo y á la ruinosa ostentacion: semejante modo de obrar disgusta á los altos personajes, porque creen que se les quiere igualar; disgusta á nuestros iguales, que lo toman á menosprecio: y disgusta por fin, y provoca la envidia de los que son más pobres que nosotros: esto que te digo, hija mia, lo he observado siempre, y siempre he sido respetada y estimada: no pases pena por esas pequeñeces, que son mezquindades de la vida: esas son las penas buscadas: las más dolorosas y las que nadie compadece: tus futuros primos, estoy segura de ello, comerán con el mayor gusto en nuestra loza blanca y sencilla, y si no, peor para ellos, pues serán vanidosos y pueriles: nadie tiene el deber de ofrecer más que lo que posee, ni de caer en el desórden de las deudas por complacer ó acatar la vanidad de los otros.

Modesta guardó silencio: su madre prosiguió:

—Modesta mia, los consejos que te doy están basados en la experiencia: tú eres lo que yo era al casarme: una jóven sencilla y buena, sin pretensiones de ningun género, ni otra ambicion

que la de ser amada de tu marido y hacerle dichoso: pero yo no tenia que luchar con el escollo que te ofrece á tí la suerte: yo era hija de un maestro de música, y me casé con otro artista, tan pobre como yo: apenas he tenido relaciones, y, desde luego, no he tenido ninguna amiga: he vivido siempre ignorante y feliz, entregada á los cuidados de mi casa, y amando á mi marido y á vosotros: tú... es diferente: te casas con un hombre de clase elevada: has de tratar con gente elevada tambien: como el esposo es *el que hace linaje*, tú has de dejar el modesto apellido de tu padre por el ilustre de Ponce de Leon: y á pesar de todo esto, tu posicion en el mundo, hija mia, va á ser mucho más difícil que la de tu madre; porque si tu posicion es buena, tus haberes serán tan modestos y más que los que me daban á mí el trabajo de tu padre y el mio reunidos.

Este es el escollo terrible de la clase media: su buena educacion, sus hábitos, sus gustos, sus aspiraciones, están al nivel de la alta clase: sus medios de subsistencia, son exíguos, casi nulos, comparados con los de aquella: pues bien, hija mia: es preciso hacer callar á los caprichos de la imaginacion: es preciso que tengas resignacion y valor para ceñirte á tus medios de fortuna, sin desear más que aquello qee puedas alcanzar: es preciso que, si posees diez, gastes solo seis y guardes cuatro para una enfermedad,

una época que tu marido tenga la desgracia de carecer de trabajo, ú otras mil de las tristes eventualidades de que está sembrada nuestra vida: que la templanza presida siempre todas tus acciones, y es el mejor modo de que seas dichosa.

Modesta escuchó todas estas prudentes amonestaciones, con la atencion religiosa que siempre que la hablaba concedia á su buena madre; esta sencilla mujer, que el gran mundo hubiera llamado vulgar, si la hubiera recibido en su seno, habia sabido hacerse dueña del corazon de sus hijos desde que la razon de estos empezó á despuntar.

—Mamá, dijo Modesta abrazándola, haré siempre lo que tu cariño me previene, y no pasará un dia de mi vida sin pedirte consejo y ayuda: de esta suerte seré dichosa, porque no me apartaré del buen camino.

Madre é hija volvieron á abrazarse, y mezclaron sus lágrimas: lágrimas dulces, y que tenian su orígen en el amor que entrambas se profesaban.

Aun se hallaban abrazadas, cuando el pintor llegó á interrumpir aquella tierna escena.

—Vamos, dijo con una voz que, á pesar de su afan porque apareciese firme, era trémula: todos están ya esperándoos en la sala: ya han llegado los Marqueses, Doña Tecla y D. Atilano: vamos, venid: tambien el Sr. Cura ha enviado á decir que ya espera en la parroquia.

Modesta y su madre enjugaron sus ojos y salieron á la pobre salita donde recibia sus escasas visitas la esposa del pintor.

Berta se hallaba sentada en el sofá, al lado de la humilde Doña Tecla, vestida, segun costumbre, con su traje de alepin carmelita, su gorrita blanca, y su mantilla de tafetan adornada de una blondita: aquel semblante apacible, y bien pudiéramos decir santo, no habia perdido la expresion de cándida dulzura que la animaba dos años antes; solo la escasez, las privaciones, y el asíduo trabajo á que aquella pobre señora se entregaba, le habian vestido de una palidez más intensa, y que tenia algo de enfermiza: sus dulces y tranquilos ojos azules se habian undido: su frente habia adquirido la tersura amarillenta del marfil: era un alma, y no un cuerpo: y se adivinaba que no estaba lejos el dia en que debia volar al cielo.

Don Atilano presentaba tambien pocas variaciones en su alta y delgada persona: la calma de su carácter le hacia de una blandura extrema: apenas sabia el buen señor una palabra de las pasiones ó de las borrascas de la vida: desde los doce años, no habia pisado un teatro; quince tenia cuando entró la última vez en un café: á pesar de sus sesenta y ocho años, Don Atilano Carmona se hallaba aun en la edad de la inocencia: todavía se ruborizaba al mirarle á la cara una mujer durante un segundo.

El aseo de su flaca y venerable persona era extremado: una larga levita de paño azul, hecha diez y seis años hacia, y blanca ya en las costuras, envolvia su delgado talle, y velaba una parte de sus prolongadas piernas; un chaleco de piqué, color de ante, de una limpieza deslumbradora, y de una fecha cercana á la de la construccion de la levita; una camisa de nevada blancura, con un cuello muy almidonado que le llegaba á las orejas; una corbata blanca muy armada y con un lazo cuyas dos puntas imitaban dos orejas de liebre, y un pantalon negro, que pardeaba algun tanto, estrecho y corto hasta dejar ver dos dedos de sus medias de algodon blanco, y sus zapatos de cordoban lustrado, completaban su atavío.

Berta ofrecia, con Doña Tecla el más perfecto contraste: la Marquesa, desde el casamiento de Dolores, habia recobrado la tranquilidad, la animacion y la alegría, porque su marido parecia haber olvidado tambien el fatal capricho que sentia por su jóven protegida, y que ya se iba convirtiendo en formal pasion.

Estaba más hermosa, más alegre, más animada que nunca: Berta amaba á su marido, y este era entonces feliz.

Vestia la Marquesa de negro, con algunos brillantes que reian locamente en sus pendientes, en sus brazaletes, y en un alfiler que sujetaban su gola de encajes.

Su marido vestia igualmente de negro: la palidez de su semblante y el abatimiento de sus miradas habian desaparecido: paseábase á lo largo de la sala con D. Atilano, hablando con él de diversos asuntos.

Hay ocasiones, en que es de mejor gusto sustituir las reglas de la etiqueta con la confianza, que observarlas estrictamente. Modesta y su madre, al aparecer en la puerta del salon, se sintieron aliviadas de un gran peso al ver al Marqués paseándose como pudiera hacerlo en su propia casa, y á la Marquesa en amigable conversacion con Doña Tecla.

Al ver á la novia y á su madre, ambas dejaron el sofá.

—¡Oh, qué linda estás, primita mia! exclamó la Marquesa corriendo hácia la jóven y abrazándola con ternura: muy favorablemente me habia hablado Luciano de tí; pero hasta ahora no he llegado á saber lo que vales!

—¡Señora! murmuró Modesta toda ruborizada.

—¡Cómo, señora! ¿no quieres tratarme con franqueza? ¿no soy prima de tu marido? Pues en ese caso lo soy tuya tambien: trátame como á tal, ó me enfadaré si no.

—Pues bien, prima mia: digo que me haces demasiado favor, y que las exageraciones, que se dispensan al amor, porque al fin es ciego, debe enmendarlas la amistad.

—¡Oh, qué ingeniosa respuesta! exclamó el Marqués: veo, señorita, que, segun tambien nos habia asegurado Luciano, su talento es igual á su belleza y á su gracia.

—Aquí está Luciano, dijo Federico, que se habia quedado al lado de la puerta.

En efecto, el novio que se habia marchado á vestirse, volvia elegante y severamente ataviado con un rico traje negro.

—Vamos, si estamos todos, dijo: ya hace rato que nos esperan en la iglesia.

—Tú no vengas, Elena, dijo el pintor: no harias otra cosa que llorar, y lo mismo Modesta: créeme; quédate en casa, y recíbenos con alegría, pues una boda no es un entierro.

El Marqués ofreció su brazo á la novia

El novio ofreció el suyo á Doña Tecla.

La Marquesa se asió al de D. Atilano.

El padre iba detrás de todos, llevando de la mano á sus dos hijos menores y pudiendo apenas contener el llanto que se agolpaba á sus ojos.

Todos subieron á los tres carruajes que esperaban á la puerta: los novios y sus padrinos á la berlina de estos.

Doña Tecla, con los dos niños, á la berlina de alquiler que habia traido á Luciano.

Don Atilano y el pintor á otra de alquiler tambien.

Un cuarto de hora despues, los novios, con las manos enlazadas, recibian, á los piés del

venerable Cura de San Márcos, la bendicion nupcial que enlazaba para siempre sus destinos.

La comida fué alegre, á pesar de la tristeza de Elena, cuyo corazon se partia de dolor al pensar en que iba á separarse de su hija.

Todos, y los Marqueses los primeros, hicieron perfectamente los honores á la sencilla comida de boda, servida en loza blanca y nueva, muy humilde, pero muy limpia.

—¿Con que se halla Vd. jubilado, Sr. Carmona? preguntó á los postres el Marqués á Don Atilano.

—Sí, Sr. Marqués, respondió éste: ya hace algunos años.

—¿Y con qué haber?

—Me han dejado seis mil reales.

—¡Es bien poco! dijo Berta fijando sus hermosos ojos en su marido con una expresion muy significativa.

—Somos poca familia, Sra. Marquesa, observó Doña Tecla, que era bastante orgullosa: solo los dos y la viuda de nuestro hermano menor.

—Que está paralítica, añadió muy condolida Elena.

—¡Dios mio! ¡dos ancianos y una enferma! murmuró dolorosamente la Marquesa.

—Vamos á ver, Sr. Carmona, dijo el Marqués: ¿quiere Vd. aceptar un empleo en mi casa? Me haria en ello un gran favor, porque necesito una persona de toda confianza: tengo

oficinas para la administracion de mis bienes, que son cuantiosos, me hace falta un cajero que guarde los valores, y que el primer dia de cada mes pague á los empleados: ¿quiere Vd. ser este cajero? Le ofrezco doce mil reales de sueldo, que hacen diez y ocho con los seis que el Gobierno le dá.

El pobre anciano no supo responder; su natural apocado y pusilánime se dió á conocer entonces, porque juntó las manos y se puso á derramar lágrimas sin acertar á decir una sola palabra.

—Vaya, está dicho, observó la Marquesa: hoy es último de mes: Sr. Carmona, desde mañana empieza su cargo de Vd.: desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde: así podrá cuidar mejor á la pobre enferma.

—¡Buena prenda es! murmuró el pintor, que no podia sufrir á Doña Angustias.

—Ahora vamos á acompañar á los novios á su casa, y nosotros á la nuestra, dijo la Marquesa: hace ya mucho rato que no veo al niño.

La Marquesa se levantó y todos la imitaron saliendo poco despues para casa de los novios, donde los esperaba ya una jóven sirvienta buscada por Tomasa, y de las excelentes prendas que aun se hallaban entonces.

—Mañana, dijo la Marquesa, vendré á admirar, mis queridos primos, vuestro delicioso nido: ahora quedad con Dios.

Berta abrazó á la nueva esposa, subió al carruaje con su marido y se alejó.

Los padres subieron con sus hijos y con sus viejos amigos: la madre encendió la lámpara del dormitorio por su misma mano, cerró las maderas de los balcones y arregló todos los pormenores de la casa para la comodidad de los jóvenes esposos: ordenó á la criada cómo habia de prepararles el desayuno con arreglo á su gusto, y luego abrazó de nuevo á su hija, conteniendo sus lágrimas.

—Vamos, mujer, que ya me duele verte llorar tantas horas seguidas, dijo el pintor á su esposa: hijos, hasta mañana: vosotros y nosotros comeremos con Doña Tecla y D. Atilano en casa del Marqués.

Doña Tecla, Cesarina y Federico abrazaron á Modesta, y aun D. Atilano se atrevió á estrecharle la mano, no sin ponerse muy colorado.

CAPITULO XII.

Dos cartas.

Dos meses despues de casada, recibió Modesta la siguiente carta fechada en París:

"Mi querida Modesta: Muchas veces me habrás llamado ingrata y olvidadiza, y sin embargo, no soy ni lo uno ni lo otro: solo he sido siempre muy desgraciada, y la desgracia hace olvidarse de todo ménos de llorar.

»Mi marido... vale más que no te hable de él: estas cosas no son buenas para que la pluma las estampe; si no para confiarlas á una amiga con su mano entre las nuestras.

»Te creo ya casada y dichosa: tú, Modesta, has recibido del cielo uno de esos destinos tranquilos como un lago, trasparentes y puros como el cielo: yo he sido dotada con una estrella fatal: quizá era uno de esos pocos seres privilegiados, destinados á un perpétuo martirio para conquistar con él la gloria de los justos: sin embargo, no he sabido luchar, y voy cayendo de abismo en abismo.

»He hallado hace algun tiempo una amiga buena, noble y leal y que me ha hecho pensar

en tí: su dulce influencia me hace ceder á todo lo bueno, y me ha dado, á no dudarlo, el pensamiento de escribirte: ¡si la conocieras, la amarias, porque es angelical, y porque es además viuda de un gran pintor como tu padre!

»Tú, digna hija de un artista, tú, Modesta, buena, sencilla, poética, la sabrias apreciar mejor que yo, que toda mi vida he sido prosáica: y á pesar de eso, es tal el encanto de Margarita, que funde la dura capa de hielo que envuelve todos mis pensamientos, y les da el dulce calor de la sensibilidad.

»Nada quiero decirte de mis asuntos conyugales, porque, si aun no te has casado tú, no quiero revelarte cosas que debes ignorar, y si estás casada, no quiero tampoco apesadumbrarte; tú debes ser muy dichosa, y no deseo alterar la plácida tranquilidad de tu vida.

»Solo te hablaré de un rinconcito azul de este nebuloso cielo: tengo una hija: una niña hermosa como un ángel y que se llama Luz: ya cuenta cerca de un año, y es el encanto de mi vida.

»¿Y... mi hija mayor? Ya ves si será grande el influjo que ejerce sobre mí la virtud de Margarita, cuando ha dado entrada en mi corazon al afecto de madre para con esa niña! Modesta, aunque eres muy inocente y presumo que ignorarás la parte más amarga y más terrible de mis penas, no creo que ignores el primer capí-

tulo del libro de mi desgracia... y bien... yo odiaba á esa hija desventurada y ahora me interesa y me compadece su destino... ¿Sigue bajo la proteccion de Berta? No me he atrevido á escribir á ésta, porque mi funesta belleza,—que solo he conocido que exista para labrar mi desdicha—la causó á ella tambien terribles disgustos que tuvo la generosidad de ocultar, pero que yo adiviné muy bien... dime tú pues, mi buena Modesta, si mi hija está aun amparada por su caridad, porque yo desearia tenerla conmigo... la idea que esa criatura desventurada gime en una aldea, de que no conoce más cuidados que los mercenarios que el dinero paga, roba la tranquilidad á mis dias y el sueño á mis noches!... mi marido, al casarnos, queria traerla á nuestro lado; y aunque ahora ha cambiado mucho para mí y yo para él, le recordaré su deseo de entonces.

«Adios, mi buena y querida Modesta, escríbeme para decirme que eres dichosa, y para hablarme de Lágrimas.

«Te abraza tu amiga,

Dolores.»

Cuando la jóven terminaba la lectura de esta carta, sonó la campanilla de la puerta de entrada.

—Es Luciano, se dijo enjugándose las lágrimas que bañaban sus ojos: él tambien se alegrará de saber de mi pobre amiga.

Y corrió á su encuentro con la carta abierta en la mano.

—¿Qué es eso? ¿por qué estás tan conmovida? preguntó Luciano admirado.

—¡Toma, lee! ¡carta de Dolores!

—¡Ah! ¿ya dió señales de vida? preguntó Luciano con alguna frialdad.

—¡Cómo! exlamó Modesta: ¿no te alegras de saber de ella?

—Mas quisiera que para nada se acordara de tí: no me ha sido jamás simpática esa jóven, y temo que acabará mal; pero vamos á tu cuarto, y leeré su carta, para que no me llames injusto.

Ambos esposos entraron en el tocador de Modesta, y su marido, sentándose, leyó la carta de la señora de Benavente con atenta lentitud.

—Si me das permiso, voy á romper esta carta, dijo despues á su mujer: no te conviene tenerla ante la vista.

—¡Dios mio! ¿qué te ha hecho mi pobre amiga? exclamó la jóven.

—Nada: pero hay en esta carta algo duro y helado, que petrificaria tambien tu corazon si fuese ménos bueno y tierno, y que, á lo ménos, te hará sufrir: yo te aconsejaria que no le contestases: pero de hacerlo, que sea lo más lacónicamente posible: no le hables de tu dicha, de tus ilusiones: porque, por más que ella te diga, no te comprenderia.

—¡Cuán injustos sois todos los hombres! ¿no vés cómo desea llevar á su lado á su hija?

—¿Y eso qué prueba? un capricho, ó acaso que la soledad la abruma... pero, mi querida Modesta, no quiero entristecerte, prosiguió Luciano, tomando entre las suyas las manos de su mujer: deseo que creas toda la vida á las mujeres buenas como tú, y como tú, dulces, sencillas y piadosas: ¡deseo que no conozcas jamás de cerca una de esas naturalezas desordenadas como la de Dolores! uno de esos caractéres de hierro, vengativos, firmes, helados... déjalos que hagan su triste carrera, y sigue tú por la fácil senda de la virtud y de la resignacion cristiana.

—¿Pero no quieres que responda á esta carta?

—Ya te he dicho que lo hagas, si lo deseas, pero con reserva: la reserva es una de las pocas cualidades que recompensa largamente á quien la posee: me retiro á mi despacho á fin de dejarte en completa libertad.

Luciano salió despues de besar á su esposa en la frente: esta quedó pensativa y triste durante algunos instantes.

Luego se sentó delante de su pequeño bufete, y escribió á su amiga las siguientes líneas.

"Mucho placer he recibido con tu carta, mi querida Dolores: ya sabes que fuiste la sola amiga de mi infancia, y jamás he podido olvidar aquellos venturosos ratos que pasábamos

las dos, con nuestros juguetes y muñecas, al lado de mi buena madre.

«Veo que tú no eres feliz, y lo siento, aunque no me ha sorprendido: jamás he visto á tu marido, pero sé que tenia muchos más años que tú, y, á mi parecer, se ha de hacer juntos la carrera de la vida: como quiera que sea, no eres del todo desgraciada: puesto que tienes dos hijas que te sirvan de consuelo y compañía.

«Lágrimas sigue en la aldea. Berta llegó de Italia, donde ha estado bastante tiempo, para ser madrina de mi casamiento, verificado hace dos meses: quién es mi marido no hay para qué decírtelo, ni tampoco que soy feliz: él ha sido mi primero, mi solo y mi único amor: es verdad que merece ser amado así, y que ni á mis ojos, ni en mi entendimiento, hallo con quién compararle.

«Yo he sido más dichosa que tú: pero escucha, Dolores, porque tan ignorante y falta de mundo como soy, me atrevo á decirte una opinion mia, á la que irá unido un consejo: si la primera te parece necia, no me hagas caso... si el consejo te lo parece tambien, perdónalo á mi buen deseo.

«Mira, yo creo que todos nacemos destinados á sufrir, ya de un modo, ya de otro: las personas de gran talento son, en mi pobre opinion, las predestinadas á las grandes luchas, porque Dios, en su bondad, da el trabajo segun

las fuerzas: las débiles se agitan en un terreno más mezquino, y solo tienen que combatir con vulgares contratiempos: pues bien, amiga mia, yo creo que tú perteneces á los primeros y yo á los segundos: si Dios te da penas más grandes, es porque sabrás combatirlas mejor que yo; tén valor, pues, para mirar frente á frente á la desgracia, y para vencer las dificultades de tu situacion.

»Ten paciencia y confianza en Dios, y pídele la fortaleza necesaria: en las grandes pruebas, él es el solo consolador.

»A fines de mes van á esa un amigo de Luciano y su esposa, y ellos te pueden llevar á Lágrimas: el domingo pasado fuí á verla con Berta á casa de su nodriza: está cambiada completamente, y si no bonita, es en extremo graciosa: si me la quisieras dejar, yo me la quedaria: pero conozco que en ninguna parte estará la pobre niña como al lado de su madre.

»Adios, mi querida Dolores: en medio de la dicha tranquila en que vivo, al lado de mi esposo, de mis amados padres, de mis queridos hermanitos, siempre tiene un recuerdo para tí, tu invariable amiga,

Modesta.»

Terminada la carta, fué la jóven con ella en la mano al cuarto de su marido.

—Está escrita por tí, y basta para que sea

una obra perfecta, dijo Luciano despues de haberla leido: en ella hay una parte de tu alma, que es el reflejo más bello que podias darle.

Luciano cerró la carta: la que, despues de ponerle Modesta el sobre, fué enviada al correo.

CAPITULO XIII.

El angel bueno y el angel malo.

Algunos dias despues, Dolores escribió á Berta rogándole que le enviase á Lágrimas con los amigos de Luciano, y dándole gracias en los términos más afectuosos por los cuidados que le debia su desgrciada hija.

La carta terminaba con estas palabras:

»El cariño que profeso á mi hija menor me ha hecho conocer que tampoco podia olvidar impunemente á su hermana: ambas han hallado vida en mi seno, y olvido que la una me ha traido la desgracia.

»Adios Berta: y si alguna vez piensas en mí con amargura, acuérdate de que soy desgraciada, acaso más que cuando tu generosa bondad me acogió en tu casa: el matrimonio me ha traido nuevos y más crueles sinsabores: es un lazo odioso que detesto, y que considero como una pesada cadena que comprime todos los afectos más nobles del corazon.

»Tal vez tu pura moral hallará absurda esta opinion mia: ya sé que para tí es sagrada la palabra matrimonio: yo creo que el género

humano seria mucho más dichoso si se aboliese.

»Florestan no me ama ya: yo á él le profeso una cosa muy parecida á la aversion; y sin embargo, henos aquí perdidas las ilusiones de entrambos, y atados con unos lazos que solo puede desatar la muerte.

»Perdóname, Berta, y compadece esta naturaleza fatal que he debido al cielo: esta imaginacion que todo lo vuelve sombrío: esta alma enferma, que se alberga en un cuerpo jóven y lleno de vida: esta sed insaciable de mi espíritu, que busca algo, y no sabe lo que es.

»¡Si pudiera rezar! pero la oracion se escapa fria de mis lábios: todo lo que he visto y tocado es lodo, menos tú y Modesta, que sois dos flores delicadas: más ¡ay! de qué os sirve vuestros aroma y pureza! solo de recrear á vuestros esposos, hombres llenos de defectos y que seguramente valen mucho ménos que vosotras!

«¡Berta! ¡me canso de vivir! y no me doy la muerte, porque la voz de mis padres, tan veneranda para mí, resuena en mis sueños, y me dice,—¡vive! ¡esa es tu expiacion! ¡ese es tu deber!

«Quiero ver si la inocente sonrisa de mi hija desterrada, calma este huracan desolador, que brama y se enfurece en el fondo de mi alma: ¿no te acuerdas, cuando éramos las dos niñas, el pavor que nos causaban los dias que el viento azotaba los cristales? ¡pues este pavor es el que

hiela ahora á todas horas mi espíritu! ¡qué horrible torbellino hay dentro de él! ¡Este París con su oropel, con su galantería, con sus diversiones, es un terrible desierto para mí; en ninguna parte hallo la santa verdad, el amor, el entusiasmo, la fé, que se albergaban en mi corazon en dias más bellos, y que tan temprano me arrebató la traicion de un hombre: todos los afectos que mi belleza inspira son impuros: venga, pues, mi hija, y tal vez sus inocentes abrazos traigan la paz á mi alma: dos años mayor que su hermana, ya sabrá sonreirme. Berta, mis hijas son el pedazo del cielo azul de esta noche horrible que me envuelve.

«Cómo he llegado á caer en este marasmo moral, es cosa que no sé: á fuerza de verlo todo pequeño, á fuerza de despreciarlo todo, todo lo he aborrecido; y es que en mi carácter duro, violento y dominante, que mi pobre y santa madre conocia tan bien, no hay ni un átomo de indulgencia: si en el cielo se puede llorar, yo creo que allá arriba llorará tambien, al verme envuelta en tan terrible naufragio.

«Adios, Berta: mi destino se va ennegreciendo cada dia más: solo hay aquí una débil luz, que aún me enseña el buen camino: una pobre viuda, tan grande, tan noble como yo soy pequeña y miserable: ¿por qué no puedo imitarla? ¿por qué me pesa tanto la cruz de la vida, que Dios quiere que lleve sobre mis hombros? No lo

sé, ni lo adivino en las meditaciones de mis largas noches sin sueño. ¡Dios mio! ¡tan marchita á los diez y ocho años! solo arde en mi corazon una llama que anima mi vida: ¡el deseo de la venganza!

Dolores.»

Esta carta pinta, mejor que todas las explicaciones, el estado moral de Dolores.

Tal vez los lectores inocentes, aquellos cuya juventud conserva aún todas sus ilusiones, me acusen de haber creado un tipo que no existe; pero no es así: existe, y de ello responde la autora de este libro.

De aquel temperamento fatal, solo se podia culpar á la desgracia: si Dolores hubiera seguido viviendo al lado de sus buenos padres, si no hubiera sido ultrajada, vendida en su primer amor, si se hubiera casado con el Conde, ó con otro jóven de posicion más modesta, jamás hubiera faltado á sus deberes, pues su alma era noble y generosa.

Pero la mano aleve de Doña Angustias la precipitó desde el luminoso centro de amor y de ternura en que vivia, á un abismo de tinieblas: la muerte le arrebató á su padre, víctima de la vergüenza de su falta: la desesperacion hizo presa de su madre; su amante se casó con otra; ella misma, sintiendo ya su corazon helado por el dolor y el desengaño á la edad en que

el de otras mujeres aun no ha empezado á animarse, se unió á un hombre que no amaba, y este hombre se fué despojando del barniz de amor y de distincion que le hacia tolerable á sus ojos, y quedó en la desnudez de sus vicios y de su prematura decrepitud, del mismo modo que un pordiosero arroja el manto recamado de oro, que robó para cubrirse, y muestra sus andrajos y sus llagas.

Hasta despues de casada con aquel hombre, no se habia sentido Dolores verdaderamente degradada á sus propios ojos. Y este odioso lazo solo podia desatarle la muerte.

Aunque no amase á su marido, quiso saber al ménos la causa de su desvío, segura de que procedia de una mujer: ya no era el amor, sino el amor propio herido lo que en ella se sublevaba y gritaba enfurecido: indagó, y á través de los desórdenes de la vida de aquel viejo y atildado Florestan, descubrió su pasion por la Condesa de Elven.

La que le habia arrebatado á su amante, le arrebataba tambien á su marido, quien, ya olvidadas esas consideraciones que pueden llamarse *el pudor del matrimonio*, la trataba de la manera más brutal.

Ciegamente enamorado de los mimos, de la languidez y del aspecto dulce de Rita, todo en Dolores le parecia odioso: su naturalidad le irritaba; su belleza le parecia dura; su elegancia

vulgar; y muchas veces, despues de un altercado, se permitió decir á su mujer:

—Eres mi esclava, y yo dueño absoluto de mis acciones: yo te rehabilité y te dí una posicion casándome contigo, pues estabas perdida á los ojos del mundo.

Dolores devoró estas ó parecidas injurias: sola, en aquella inmensa ciudad, donde á nadie conocia, siempre sola con sus sombríos pensamientos, se preguntaba algunas veces si estaba tan destituida de mérito que así la despreciase un hombre tan abyecto en lo moral y en lo físico como su marido.

¡Desgraciada! no sabia que para tales hombres cuanto más grande es la perfeccion, más la detestan siendo suya la mujer que la posee!

Su primer impulso fué ir y llenar de injurias á la Condesa; pero echó una mirada sobre sí misma, y retrocedió llena de amargura.

—¡No! dijo: no quiero ponerme delante del marido de esa mujer que tanto me ha afligido y ultrajado: ¿acaso es el amor de Florestan un bien que merezca disputarse? Busquemos distracciones por otra parte.

Dolores se abonó en el mismo dia á la ópera, aceptó algunas invitaciones de comidas y *soirées* y se mandó hacer algunos trajes nuevos y elegantes, que no pudo pagar, porque su marido no le daba ya ni la más pequeña cantidad para alfileres.

Contentóse, pues, con encargar á la modista que llevase la cuenta á su marido.

Florestan frunció el ceño de un modo terrible, al ver aquel documento, y llamó á su mujer.

—Dolores, le dijo: á consecuencia de algunas empresas desgraciadas, mis haberes se han reducido mucho: te lo advierto para que no contraigas más deudas, que no podré pagar: toma esta cuenta, que tengo que devolverte insolvente.

—Pero, caballero, repuso la jóven con indignacion: ¿no se considera Vd. en el deber de vestir á su esposa?

—Mi esposa no necesita por ahora de esos trajes.

—¿Y de dónde quiere Vd. que yo los pague ya que están hechos?

—Es cosa en la cual nada tengo que ver.

Lágrimas de despecho brotaron de los ojos de Dolores: quiso hablar, y la cólera anudó la voz en su garganta.

Tuvo, pues, que contraer una deuda de ocho mil francos, que una de sus amigas le prestó al instante.

Era aquella una de esas aventureras que, bajo las formas de la más perfecta elegancia, viven de esplotar á los incautos, y la única mujer que visitaba á Dolores con alguna asiduidad.

Se llamaba Coralia, y se decia viuda de un general muerto en una de las campañas de Napoleon; pero nadie habia conocido jamás á Mr. de Senanges, que era como ella nombraba á su difunto marido, y cuyo apellido conservaba.

A pesar de sus treinta y seis años, Coralia era aún admirablemente hermosa: bien es verdad que el tocador tenia mucha parte en su belleza.

Sus cabellos negros y sus ojos azules formaban un precioso contraste: tenia la boca graciosa y fresca, y el talle elegante y lleno de distincion.

Sus maneras eran exquisitas: su talento penetrante, y su poética manera de expresarse prestaban un encanto indecible á su conversacion: era algo melancólica y no poco estudiada en todas sus palabras y ademanes; pero este estudio estaba teñido, por decirlo así, de una gracia tan delicada y seductora, que se la admiraba tal como era, y no se la deseaba de otro modo.

Mme. de Senanges conoció bien pronto con su gran talento cuánto partido podria sacar de Dolores y de qué modo podria empujarla hácia el abismo de la perdicion en que ella habia caido desde hacia tanto tiempo.

El orígen de aquella vida de molicie y de placer habia sido el mismo; solo que Coralia era hija de padres humildes, y conoció á su seductor en el taller de una modista.

Abandonada por él, y sin hallar, como Dolores, una protectora como la Marquesa de Villaflorida, adulada, solicitada, buscada por cien adoradores, Coralia, que no tenia fuerzas para luchar, se dejó caer en los brazos del placer y en la vida cómoda, blanda, fácil y elegante con que se la brindaba.

Dolores la conoció por casualidad: en unas corridas de caballos tenian los asientos en la misma tribuna y muy inmediatos: hablaron durante el espectáculo: ambas se hallaron encantadoras y se separaron amigas.

Al dia siguiente, Dolores fué á visitar á madame Senanges, que la recibió con entusiasmo y la acarició con efusion.

Dolores se creyó dichosa con la adquisicion de aquella amiga, por la que olvidó casi del todo su reciente amistad con Margarita Warner.

Todas las buenas semillas que la mano de aquella habia depositado en el corazon de Dolores, fueron destruidas por el soplo abrasador de Coralia: eran el ángel bueno y el ángel malo de aquella jóven alma, que fluctuaba, enfermiza y triste, sobre los negros abismos de la duda.

CAPITULO XIV.

Cieno.

Serian las nueve de una serena noche de Mayo cuando Dolores, sola en un saloncito de confianza, donde tenia costumbre de estar, se hallaba jugando con su pequeña hija Luz, la que se reia sobre su falda.

La señora de Benavente habia comido sola: ya hacia muchos dias que le sucedia lo mismo, y si le hubiera dicho su marido que queria comer con ella, lo hubiera sentido mucho, pues preferia la soledad á semejante compañía.

La antorcha nupcial puede arder débilmente por poco tiempo: si no la reaniman el amor ó el sacrificio, se estingue por completo.

La habitacion estaba bien amueblada: los balcones, abiertos por sentirse ya una temperatura agradable, dejaban oir el continuo rodar de los carruajes y el tumulto de la calle Vivienne.

Del techo pendia una lámpara de alabastro

que daba una luz plácida y velada, y sobre una consola habia un candelabro dorado cargado de bugías.

Un criado alzó de pronto la cortina de seda, y anunció:

—La Sra. Vizcondesa de Senanges!

Tras el anuncio, entró Coralia en el salon.

Su traje de seda lila era de una sencillez encantadora: un sombrerito, de blonda blanca, dejaba ver las masas de sus soberbios cabellos negros.

En sus rosadas orejas brillaban dos diamantes de cuatro mil francos cada uno.

Era de estatura casi igual á la de Dolores, y delgada, por la que su aspecto era tan juvenil como lleno de gracias.

La doncella de Dolores acudió á recoger el sombrero de la Vizcondesa, pues ya sabia que, cuando iba á aquella hora, era para pasar largo rato al lado de su señora.

—¡Ay, querida mia! exclamó Coralia: muy mal has hecho en no venir á dar una vuelta al bosque: te has perdido un espectáculo divertidísimo: el de ver á tu marido solito con la Condesa, y al Conde á caballo siguiendo la carretela de su mujer con una mirada de fuego, y no atreviéndose á llegar hasta ella por no faltar á las leyes del buen tono.

Al hablar así Mme. de Senanges jugaba con la rica cadena de su reloj, y manifestaba la

misma ligereza é indiferencia que si hablase á Dolores del asunto más trivial.

Esta, por su parte, hizo tambien un gesto de suprema indiferencia.

—Pues sábete, dijo Coralia respondiendo á aquel gesto, que todos te compadecen.

—¿Por qué? preguntó Dolores admirada: lo que me sucede á mí es demasiado comun para que se fije la atencion en ello.

—Te equivocas: es muy comun, en efecto, que los maridos gusten más de las esposas ajenas que de las suyas propias; pero lo que no se ve es que las esposas abandonadas hagan lo que haces tú! ¡que se metan en el rincon de su casa! Todos creen que sientes con un dolor de muy mal gusto la conducta de tu marido y que te pasas la vida llorando: por eso dicen: "¡Pobre jóven."

—No he salido contigo, dijo Dolores, porque no me sentia buena hoy.

—Escucha, amiga mia, dijo Coralia tomando la mano de Dolores en tanto que la pequeña Luz se iba durmiendo tranquilamente sobre las rodillas de su madre: me han dicho que haces visitas á una pobre mujer de la vecindad... á no sé qué viuda... que vive de bordar... ¿es eso cierto?...

—Sí, respondió Dolores como ruborizada de esta confesion: solo hace tres meses que la conozco... me dijeron que era muy desgraciada... y quise socorrerla.

—¡Ah, ah, ah! ¡la caridad! exclamó Coralia entre una carcajada: pobre niña, ¿no sabes que tal vez ella te ha enviado esos informes para explotarte?

—¡Si le daba dinero á cuenta de unos trabajos que le encargué y no lo admitió!

—Para engañarte mejor despues.

—¡No! exclamó Dolores: ¡es imposible! si tú la vieras...

—Renuncio á ello: la pobreza me causa horror y me da malos pensamientos: ¿á que ha sido esa mujer la que te ha inspirado la idea de que pidas á tu otra hija?

—No... ella nada sabe de mi triste historia; pero es verdad que, al verla tan feliz rodeada de sus hijos, tan dichosa en su pobreza, he pensado en reunir yo tambien á mis dos hijas en torno mio.

—¿Ya ha llegado la mayor?

—La espero mañana.

—¡Oh, qué vida te aguarda, pobre amiga mia! exclamó Mme. Senanges, uniendo las manos con terror: esclava para siempre de estas dos niñas y sacrificando por ellas tu juventud y tu belleza...

—¿De qué me sirven ni la una ni la otra? preguntó Dolores con amargura: una y otra se consumen en el tédio, y deseo darles alguna ocupacion.

—¡Pero qué terrible ocupacion! en fin, el mal

está hecho: has pedido á tu hija, y te la envian: ahora solo hay que mirar la cuestion por el lado bueno: tal vez la presencia de esta niña te dé la venganza de su padre.

Coralia dejó escapar estas palabras como al descuido y jugando con las cadenillas que pendian de su brazalete, rematando en preciosos dijes esmaltados de pedrería: por el contrario, al oirlas Dolores, dejó asomar á sus ojos toda su alma.

—¿La venganza? repitió con voz sorda y anhelante.

—La venganza más completa, querida Dolores: yo, si estuviera en tu lugar, haria pasar á la niña todos los dias por delante de sus ojos, y la enseñaria á que le llamase papá: verias la dengosa Rita, que te entretiene á tu marido, la cara que pondria.

—¿Y qué me importa que le entretenga? preguntó Dolores con triste indiferencia: ¿acaso le amo yo?

—Sin embargo, tu amor propio debe estar terriblemente lastimado, repuso la aventurera, que como un espíritu infernal se complacia en atizar el fuego de todas las malas pasiones de Dolores: esa mujer se casó con el Conde sabiendo que era tu novio, y luego, sin amar á tu marido, porque vale muy poco para su juventud y su belleza, juega con él como para decirte:—ya ves que siempre voy delante de tí.

—No, Coralia, repuso Dolores: no supongo en esa jóven tan depravadas intenciones: no dudo que ella sabia que Gonzalo debia haberse casado conmigo; pero creo que siempre ha ignorado la existencia de Lágrimas: ¡oh! ¡la causa de mi desgracia es el haber puesto mi primer amor en un hombre cuya clase era mucho más elevada que la mia! ¿por qué le traeria el destino ante nis ojos? ¿por qué no me ha cabido la suerte de unirme á un jóven modesto de la clase media, de la clase de mis padres y de la mia? ¡aquel se hubiera honrado llamándome su esposa: este creyó honrarme eligiéndome para su querida!

—¡Magnífica suerte es la que echas de ménos! exclamó Coralia riendo á carcajadas ¡la clase media! ¡bella sociedad! ¡bellas costumbres! ¡vida agradable!

—¡Mis padres fueron en ella muy dichosos! dijo Dolores en voz baja y enjugando una lágrima que pendia, como una gota de rocío, de sus largas pestañas.

—Pero, querida mia, eso no es decir que tu puedas serlo, repuso Coralia dejando su tono zumbon por otro sério, pues aquella peligrosa mujer sabia cambiar de expresion con la más rara facilidad: yo respeto mucho la memoria de tus padres y creo que su modestia y sus virtudes les haria fácil una existencia pobre, ignorada y oscura: desgraciadamente los hijos no

nos parecemos casi nunca á los padres, y cada nueva generacion aspira á más: por eso adelanta la civilizacion; de lo contrario, el mundo estaria estacionado: vamos, por Dios, Dolores, no te desanimes! ¿tu marido te ultraja? ¡véngate de él!

—¿De qué manera?

—¿No está ahí lord Sheridan? ¿no está ahí el Conde, que asi que vea á su hija volverá á tus piés?

—¡Lord Sheridan! repitió Dolores como admirada.

—Lord Sheridan que te ama, que está loco por tí! Si fueras libre, bien pronto serias una de las más grandes señoras de la orgullosa Inglaterra.

El ruido de un carruaje y la campanilla del portero, que anunciaba una visita, suspendieron en los lábios de Dolores la contestacion que iba á dar.

Un instante despues se oyó el llanto de una criatura pequeña.

Dolores, que habia depositado á su hija menor dormida sobre los cojines del sofá, se levantó como movida por un resorte.

—¡Aquí está ya mi hija! dijo, y por un movimiento irresistible se lanzó á la puerta al mismo tiempo que alzaba un criado la cortina.

Un caballero jóven, seguido de una criada que llevaba en los brazos una criatura como

de dos años y medio, se detuvo en ella y saludó á Dolores.

—Caballero, dijo ésta invitándole á ocupar un asiento: no esperaba á mi hija hasta muy tarde esta noche, ó mañana de madrugada: por eso no me ha encontrado á la llegada de usted para recibirla.

Al decir estas palabras, recogió á Lágrimas de los brazos que la conducian, sentóse y la colocó sobre sus regazo, abrazándola con melancólica ternura.

La niña estaba, en efecto, desconocida: sus negros ojos hacian olvidar su nariz algo levantada y su tez morena por la intemperie y embastecida por la vida del campo: su boca era bonita, y una hermosa cabellera negra se rizaba sobre su frente y sienes.

Lágrimas, si no era una niña hermosa, era una criatura llena de gracia.

—Hemos tardado, en efecto, ménos de lo que esperábamos, dijo su conductor, y ahora que ya dejo á la niña en poder de Vd., señora, le pido el permiso de retirarme.

Levantóse dicho esto y saludó á Dolores con alguna frialdad: era que conocia á Coralia, pues habia pasado largas temporadas en París.

Dolores, á un tiempo admirada y ofendida, no quiso dirigirle ni una palabra de cortesía y se limitó á saludarle con la misma glacial espresion que él habia usado.

La pequeña Luz se habia despertado á la llegada de su hermana.

Luz, al ver á la otra niña, acalló el llanto y se puso á jugar con ella: era la primera vez que veia á otra criatura de aquella edad cerca de ella, y su aspecto la llenó de alegría haciéndola prorumpir en ruidosas carcajadas.

En cuanto á Lágrimas, se inclinó sobre el rostro de su hermanita, y lo besó tiernamente dos ó tres veces, quedándose despues meditabunda y pensativa.

CAPITULO XV.

El padre.

Algunos dias despues de la llegada de Lágrimas, se hallaba Dolores sola, como de costumbre, y lánguidamente reclinada en un sillon.

Su actitud era la de una persona que sufre uno de esos dolores sordos, lentos, que no tienen ni el consuelo de las lágrimas; hacia ya mucho tiempo, mucho, que Dolores no sabia llorar.

Milord Sheridan la asediaba más cada dia: era un hombre gallardo, jóven, elegante, algo frio, y que la amaba con la caballerosa ternura que es el *non plus ultra* de la pasion en la nebulosa Inglaterra.

Delante de Dolores habia un velador; y sobre él, un vaso del Japon, de forma artística, sostenia un soberbio ramillete de camelias y violetas de Parma.

Tendidas sobre unos almohadones morunos, riendo y gorjeando como dos pájaros, se hallaban Lágrimas y Luz.

El ramo era regalo diario de milord Sheridan, que lo enviaba cada mañana con su lacayo.

Eran las seis de la tarde. Dolores dejaba resbalar por sus cabellos un rayo ya débil del sol, y ataviada con un precioso traje de raso carmesí, adornado de encajes negros, se asemejaba á una bella estátua de la melancolía.

De cuando en cuando, empero, se volvía para echar una mirada sobre las dos niñas, que iba á caer sobre Luz empapada de ternura.

Las dos criatura se hallaban vestidas de blanco y con igual primor.

El criado de la antesala alzó la cortina y envió al gabinete de su señora, con su campanuda voz, este anuncio:

—¡El Sr. Conde de Elven!

Dolores se levantó quedándose lívida: un rayo, que hubiera caido á sus piés, la hubiera petrificado ménos.

El Conde entró llevando el sombrero en la mano, y se inclinó ceremoniosamente delante de ella.

Luego dejó su sombrero en un sillon y, arrodillándose en la alfombra, tomó á Lágrimas entre sus brazos y cubrió de besos su carita morena.

Ante aquel espectáculo, Dolores sintió que su corazon palpitaba aceleradamente.

Gonzalo sabia que aquella era su hija: iba á verla... ¡y quién sabe si á llevársela!

Este último pensamiento cambió el curso de las ideas de la jóven.

—¡Oh! ¡Coralia tenia razon! pensó: esta niña trae á su padre á mis piés.

Tiró del cordon de la campanilla y se presentó el lacayo de la antecámara.

—Que venga el aya, dijo con voz breve y helada.

—¡Qué, señora! exclamó Gonzalo levantando la cabeza y dejando de nuevo á Lágrimas en el sitio que ocupaba: ¿no quiere Vd. darme el placer de que abrace á mi hija?

—No comprendo á Vd., caballero, respondió Dolores midiéndole con una ojeada de profundo desprecio; y viendo el aya que entraba, añadió:

—Querida miss Ofelia, suplico á Vd. que se lleve á mis hijas.

La inglesa obedeció como un autómata, llevándose á las dos niñas.

El Conde y Dolores quedaron solos y frente á frente en un terrible y amenazador silencio.

Ella fué la primera que halló fuerza para hablar.

Volvióse en su sillon y miró al Conde durante algunos minutos con atencion.

Gonzalo hubo de inclinar los ojos ante aquella mirada amenazadora.

—Señor Conde, dijo ella con voz lenta y dejando caer una á una sus palabras: le estoy á usted mirando de esta suerte para ver si siento levantarse en mi pecho un movimiento de

humanidad, un recuerdo solo de aquella ternura que le dediqué á Vd... y nada... nada... mi corazon está muerto... y muy muerto por la mano de Vd!..

—¡Perdon, Dolores! exclamó el Conde con voz baja y trémula, y uniendo las manos.

La jóven se levantó y dió algunos pasos muy despacio hasta llegar á él: entonces le puso la mano sobre el hombro y murmuró con lentitud:

—¡Perdon! ¿quieres que te perdone, feliz esposo de la bella y opulenta Rita Ponce de Leon? ¡devuélveme la fé, el amor y la virtud que me quitaste! ¡devuélveme los padres que me has robado! ¡mi inocencia que has marchitado para siempre! ¡mi castidad ultrajada! ¡el pudor cuyos restos te arrojé á la cara al marcarte mi mano el dia de tu boda! ¡mi libertad encadenada para siempre á un hombre indigno! ¡devuélveme todo eso... haz que yo sea lo que era... y te perdonaré!..

El silencio siguió á estas palabras.

—¿A qué has venido aquí, ilustre Elven? prosiguió Dolores separando la mano de la espalda de Gonzalo y cruzando sus brazos sobre el pecho, con una amargura helada, mortal por decirlo así: ¿á qué has venido? ¿á ver á tu hija? ¡ya lo has conseguido... más por última vez! la deshonra de su nacimiento ha caido sobre mí... sobre mí sola... tú has quedado siendo el noble, caballeroso y opulento Conde de Elven: esa

niña, pues, es mia: bien cara la he comprado, y no te cederé ni un instante de su vida!

—Dolores, exclamó el Conde, óyeme y no me condenes así sin escucharme! ahora he venido, es verdad, porque sabia que estaba aquí nuestra hija: esta hija que yo sabia que existia... comprendo tu amarga risa, ante lo que llamarás, y con razon, monstruosa indiferencia... pero, ¿qué quieres? yo no me atrevia á verte: sabia que te habia ofendido cruelmente... pero anoche supe que habia llegado á tu casa una niña de dos años, criada bajo el amparo de Berta... supe que esta niña habia venido á tu lado... y ya lo vés, pasando por todas las consideraciones, sin pensar en tu justa indignacion al verme... ¡aquí estoy!...

—¿Y qué quieres? volvió á preguntar Dolores.

—¡Mi hija! ¡dame á mi hija! ¡tú tienes otra... á mí me ha negado el cielo la dicha de ser padre!

—¡Sí, te ha negado la dicha de tener esos hijos que el mundo llama legítimos, que la sociedad acoge bajo su amparo! ¡ha castigado bien la cobarde crueldad que has usado conmigo! ¡pero te lo repito, esta niña es mia! ¡tú renunciaste á ella... no esperes, pues, que te ceda ni una sola de sus miradas! se llama Lágrimas, ¿comprendes? ¡así la llamó mi pobre madre! ¿para qué quieres tú que ese triste nombre altere tu dicha doméstica?

El Conde guardó silencio: todas las heridas

de Dolores se abrian para dar paso á aquella facundia amarga que brotaba de sus lábios, y él, mudo de vergüenza y de dolor, no sabia articular un solo acento.

Dolores, fatigada de su propia emocion, pues aquella alma de hierro tenia por cárcel un cuerpo harto frágil, se sentó de nuevo y cruzó sus dos brazos sobre su pecho para comprimir su agitacion.

Estaba verdaderamente hermosa: sus mejillas pálidas hacian parecer más grandes y más brillantes sus rasgados ojos negros: algunos rizos de sus cabellos, de un castaño óscuro y sedoso, se deslizaban por sus hombros, destacándose admirablemente sobre el color subido de su traje: su pecho agitado se levantaba en tumultuosos movimientos de ira, del mismo modo que el mar se agita en tanto rueda el trueno por los cielos: temblaban sus rosados lábios como tiemblan las hojas de una flor batidas por el viento, y de cuando en cuando levantaba el superior una sonrisa convulsiva enseñando sus menudos dientes.

No, no hubiérais podido reconocer en aquella hermosa mujer indomable y fiera á la casta y suave Dolores, que tres años antes amaba á Gonzalo con tan entusiasta ternura: Dolores habia muerto con sus padres: la esposa de Florestan en nada se le parecia.

—Dolores, dijo el Conde, debo darte alguna

excusa por débil qué sea: cuando yo vine de Sevilla, ni era lo que mi madre creia ni lo que parecí á tus padres: la riqueza, las malas compañías, los desórdenes, en fin, habian estragado mi buen natural, y no creia en la virtud de las mujeres: despues de aquella malhadada cita, pensé en que tú eras una mujer como todas, en que no merecias más que otras, que habian corrido tu misma suerte: además, todos mis amigos, jóvenes, ricos y disipadores, se burlaban de mis amores y de mis compromisos contigo... para ellos, el casamiento era un negocio; el amor un placer: dije á mi madre que no te amaba y que queria casarme con Rita, á la que ya conocia desde Sevilla, y que era la sola mujer que habia hecho impresion en mi alma: mi madre me hizo mil reflexiones; pero uno de mis amigos de allí se encargó de convencerla de que tú amabas á otro, y de que este matrimonio debia hacernos igualmente desgraciados... ello es que yo me ví casado casi sin saber que iba á casarme... despues, mi buena madre descubrió la verdad, y el pesar de tu desgracia y el abandono en que yo te habia dejado, ocasionaron su muerte!

Soporté esta pérdida con una resignacion de que en otra ocasion no me hubiera creido capaz: yo amaba á Rita: por un amargo sarcasmo de la suerte, la amaba más desde que era mi mujer; la amaba más cada dia: la posesion ha-

bia apagado siempre mi amor, la posesion lo avivaba entonces: ¡no hubiera sido así si Rita me hubiera amado á mí!

Como sucede comunmente, el amor ahuyentó todos los malos pensamientos, y trajo todos los buenos: volví á ser justo, tierno y generoso: Rita me manisfestó desde luego algun despego, y creí vencerlo á fuerza de amor y consideraciones... ¡vana esperanza!... Dios, siempre justo, me castigó con los mismos tormentos que yo habia ocasionado: Dios tenia decretado que nunca seria feliz!

Mi mujer tuvo mil adoradores: su gracia, su perfecta educacion, su extrema juventud, su elevada clase, todo atraia en derredor suyo á lo más escogido de la alta sociedad: la traje aquí, y aquí sucedió lo mismo.

Mil veces pedí al cielo un hijo para mi consuelo y compañía: el cielo me lo negó siempre.

Las relaciones más durables en mi mujer han sido las de tu marido: he llegado hasta á olvidar todos los preceptos de la dignidad de esposo, quejándome á Rita de su intimidad con Benavente; pero ella me ha respondido como siempre:

—¿Crees tú que yo puedo amar á semejante hombre? hazme más favor.

Pero su intimidad sigue, acaso por uno de esos caprichos femeniles que forman el carácter de Rita, acaso porque sienta un afecto verda

dero por ese hombre: no la creo culpable: su corazon es demasiado frio para eso: es una niña que ve en cada hombre un juguete, y que gusta más del que más la halaga: pero yo estoy solo y triste: en vano he procurabo volver á mi vida de disipacion y de aventuras: nada llena el inmenso vacío que deja en mí la indiferencia de esa mujer.

Berta, cuando nos ha escrito, jamás nos ha hablado de esa niña que se criaba bajo su proteccion: su delicado corazon creyó deber ocultar á su hermana el triste secreto de su nacimiento; pero yo he sabido, porque tu marido lo dijo á Rita, que ibas á traerte á una niña hija tuya, y que ya tenias al casarte con él: Rita me lo dijo á mí: mi corazon me avisó y he venido para decirte:—Dolores, tú tienes dos hijas! dame pues la mia, para que me vengue de los martirios de mi matrimonio, y para que acompañe mi soledad!

—Y yo, repuso Dolores, te respondo:—Gonzalo, jamás te cederé la hija que abandonaste y que yo recogí: quítamela si puedes!

—¡Oh, si pudiera! exclamó el Conde levantándose con los mejillas teñidas con la púrpura de la cólera: si pudiera justificar que esa niña era mia, te la quitaria y huiria con ella!

—Lo sé, y te desafio á que lo hagas.

—Dolores, repuso el Conde, veo que eres mi enemiga mortal, y, sin embargo, quiero confe-

sarte que pensé hallar aun vivos en tu corazon los recuerdos de lo pasado: y qué, ¿será posible que me engañe? ¿tres años han podido cambiarte de una manera tan radical y tan terrible? ¿aquel corazon tierno y todo mio, se ha petrificado de tal suerte que nada pueda ablandarlo?

En aquel instante, el tapiz de una puerta situada á espaldas del Conde, y que comunicaba con las habitaciones interiores, se agitó produciendo un leve ruido; pero ni Gonzalo ni Dolores lo advirtieron.

—Observo, caballero, dijo la jóven con helada é hiriente sonrisa, que á pesar de sus protestas de enmienda, no se ha hecho Vd. mejor de lo que era, y que aun ha ganado algunos pasos en el terreno del mal: viendo que con la verdad no puede engañarme, acude á la mentira: ¿va Vd. á decirme ahora que aun podrá amarme? ¡seria gracioso!

—¿Es acaso imposible que así suceda? preguntó el Conde tomando una mano de la jóven que halló helada: ¿crees que los recuerdos no tienen ningun poder sobre mí?

—Lo creo así.

—Pues bien: oye lo que voy á proponerte: huyamos con mi hija y con la tuya: yo la acepto tambien: nos fijaremos en cualquier rincon del mundo: me bastará la más modesta existencia al lado de mi hija... procuraré olvidar del todo á Rita, y tú volverás á ocupar mi corazon! sí!

no lo dudes, nuestros recuerdos nos ayudarán para formar de nuevo el lazo de nuestro amor! cede, Dolores! cede, y todo, todo lo abandonaré por tí!

Un grito de la jóven siguió á estas palabras: de entre los pliegues del tapiz de seda, habia visto salirá la amenazadora y sombría figura de su marido.

El Conde, siguiendo la direccion de la mirada de Dolores, se volvió para ver quién causaba su terror: pero en el mismo instante sintió en su mejilla la huella de una mano que descargaba sobre ella una terrible bofetada.

Loco de furor, fué á arrojarse sobre Florestan: pero este le presentó con la otra mano una tarjeta.

—Lea V. eso, le dijo señalando un renglon escrito con lápiz que se veia debajo de su nombre, y salga alinstante de aquí: ya lleva Vd. señaladas las dos mejillas: la una por la mano de mi mujer, el dia de su casamiento: la otra por la mia, al quererla arrancar de su casa y del lado de sus hijas, llevando ya mi nombre.

Gonzalo dió algunos pasos hácia la puerta, siguiéndole Dolores con una mirada, en la que brillaba un triunfo salvaje.

—¡Dios es justo, asesino de mis padres! le gritó con voz ronca y agitada: Dios es justo y morirás á manos del amante de tu mujer!

El Conde salió de la estancia: la jóven iba

á desaparecer tambien por la misma puerta que habia dado entrada á su marido, cuando éste, tan tranquilo como si acabara de despedir cordialmente á su mejor amigo, le dijo con voz serena y afectuosa:

—Espera, Dolores: tenemos que hablar.

CAPITULO XVI.

Despedida.

—Siéntate, prosiguió diciendo Florestan señalando á su esposa el mismo sillon que ella habia ocupado durante su entrevista con el Conde: siéntate y hablemos.

Dolores se sentó.

Su marido se sentó tambien, y luego continuó tranquilamente:

—El renglon escrito con lápiz, que recomendé al Conde que mirase en mi tarjeta, solo dice estas palabras: *Mañana, al amanecer, detrás de los Inválidos con un testigo.* Es indudable que irá, y es seguro que uno al ménos de los dos, ó los dos quizá, quedaremos allí: si yo soy el solo que muere, tanto mejor: tengo sobre mí muchas culpas, pero ningun crímen: si sobrevivo, no me será tampoco sensible, pues la suerte tal vez me tendrá aun guardados algunos dias hermosos: pero que muera ó sobreviva, no volverás á verme en el segundo caso, sino despues de mucho tiempo, porque tendré que espatriarme: la causa de este duelo, ya la sabes, ó tu penetrante talento la adivina: amo á Rita con

toda el alma, con un amor devorador, como se ama á los cuarenta y cuatro años: es decir, con el último amor de la vida: ¿por qué? no lo sé: acaso si lo supiera, no la amaria tanto: la pasion es tanto más vehemente y más ciega cuanto tiene ménos razon de ser: ello es que la idolatro, que detesto á su marido... y como además me ha inferido este la injuria de quererte arrancar de mi lado y de llevarse tambien á mi hija, quiero matarle.

Dolores hizo un gesto de asentimiento, como si se tratase de la cosa más sencilla.

—Ahora bien, Dolores, prosiguió Benavente: yo no he sido para tí lo que hubiera debido ser... no... no he mirado ni aun por mi hija, y eso que la quiero con todo mi corazon: á mi muerte, ó á mi expatriacion, es decir, mañana, os vereis en la miseria... anoche perdí el último dinero que me quedaba... y tengo además tantas deudas que el mobiliario se venderá para pago de acreedores y aún quedarán muchas insolventes: Dolores, cerca ya de la muerte, conozco lo culpable que he sido contigo y con mi hija, por la que tampoco he mirado como era mi deber.

—¡No lo siento por mí, repuso Dolores con una voz que, á pesar de su fortaleza, alteraban las lágrimas: lo siento por ella, y por ella no puedo perdonarte! ¡ella es inocente de mis extravíos y de los tuyos: ni tú ni yo debiamos

obligarla á comer el pan de la infamia... héme aquí sola de nuevo sobre la tierra, sin recursos, sin amigos... y además, madre de dos hijas! ¡oh, Florestan! ¡vas á responder, delante de Dios, de haber enlazado mi destino con el funesto tuyo! porque si yo me hubiera unido á otro hombre, las manchas de mi frente se hubieran lavado y hubiera podido rehabilitarme á mis ojos y á los de la sociedad entera.

—¡En tanto que ahora, dijo Florestan como para completar el razonamiento de su mujer: en tanto que ahora caerás en el abismo á donde te arrastrarán la pobreza, la juventud, la belleza, y las seducciones de los placeres y de la opulencia! ¡lo sé Dolores, y eso es lo que lloro amargamente! ¡para olvidar la fatal pasion que la Condesa me habia inspirado, pasion devoradora como un incendio, he jugado, y he perdido; me he lanzado á todos los desórdenes que hacen olvidar, y sin embargo, su imágen está aquí, exclamó golpeándose fuertemente el pecho con su mano, y solo saldrá con mi último suspiro!

—Acabemos, Florestan; dijo Dolores con salvaje orgullo: creo que no me has hecho detener para que escuche la pintura de tu amor por la Condesa: ¿qué es lo que tenias que pedirme?

—¡Que eduques á mi hija bajo las leyes de eso que se llama virtud! exclamó aquel hombre

desalmado uniendo las manos con fervor: ¡que no la dejes penetrar en tu vida, si es, como no podrá dejar de serlo, culpable y sombría! ¡Dolores, un presentimiento me dice que voy á morir, y te hablo como un moribundo: en esta hora suprema, lloro amargamente el no haber sido hombre honrado, buen esposo y buen padre!.. ¡yo corro hácia el suicidio, porque este duelo debe hacer para mí las veces de tal: he provocado al Conde, porque no puedo vivir sin el amor de su mujer, ni puedo vivir tampoco pobre, lleno de deudas, arruinado y escarnecido de mis compañeros de desórdenes y de los que han ayudado á perderme: pero hoy quisiera ser jóven, y en vez de esa senda del vicio, cubierta de flores, quisiera emprender la senda escabrosa de la virtud!

—Lo creo! respondió Dolores, cuyo sombrío enojo habia dado lugar á una expresion indecible de tristeza: lo creo, porque yo daría tambien la mitad del tiempo que me queda que vivir, por hallarme hoy al lado de mis pobres y ancianos padres: aun no tengo mas que diez y nueve años, y á esta edad se casan muchas jóvenes honradas. ¡Oh, qué eternidad de tormentos he probado en los tres últimos años de mi vida, es decir, desde que ellos me faltaron! Recogida por caridad, casada despues sin amor, y solo por salir de aquel estado de dependencia, he ido deslizándome por la rápida pendiente que con-

duce al desórden, y he renunciado á la estimacion de las gentes honradas! Hoy tengo deudas, Florestan! debo á Coralia diez mil francos, y, para pagarlos, no sé á qué recurso apelar!....

—Pero, ¿y tú dote que hicistes asegurar?

—Le he gastado en un aderezo, que ya he vuelto á vender.

El silencio siguió á estas palabras: el esposo culpable, con la cabeza inclinada, no hallaba acentos en aquella hora suprema: la esposa callaba tambien.

¿Pensaba en los ultrajes que habia recibido de aquel hombre?

¿Pensaba en el dolor de la pérdida que iba á experimentar?

Ni uno ni otro: aquel corazon frio solo podia latir por la ira: y hasta la ira se apagaba pronto en la helaba superficie de su alma.

Levantóse, tiró de la campanilla y ordenó al criado que se presentó:

—Diga Vd. á miss Ofelia que traiga á mi hija menor.

Un instante despues, entró la niña en los brazos del aya.

—Gracias: llamaré dentro de un instante, dijo Dolores, al aya, que se retiró al oir estas palabras.

—Aquí está tu hija, Florestan, observó la jóven poniendo á Luz sobre las rodillas de su padre: ora mueras, ora salgas ileso, la expatria-

cion ó el sepulcro te apartarán de ella; dále, pues, el último adios.

Florestan inclinó su marchito semblante sobre la rubia cabeza de Luz, y de sus ojos se desprendieron dos gruesas lágrimas.

—Dolores, dijo, devolviéndosela un instante despues: no le digas lo culpable que fué su padre para con ella, y edúcala en la virtud, para que rece alguna vez por mí! Y ahora adios!... adios para siempre! perdonadme, pobres criaturas, y no maldigais mi memoria.

Florestan se lanzó fuera del aposento, cubriéndose el semblante con su pañuelo para ahogar los sollozos que se escapaban de su pecho.

STANFORD LIBRARY

CAPITULO XVII.

Otra despedida.

Dolores, despues de dejar de nuevo á Luz en poder de su aya, permaneció algunos instantes silenciosa.

Luego se echó un chal sobre los hombros, y salió sola de su casa para dirigirse á la de madame Warner. Necesitaba respirar una atmósfera mas pura, porque la de su casa la ahogaba.

Dejémosla en aquel tranquilo hogar, á donde iremos á encontrarla en breve, y volvamos al Conde, quien, despues de recibir el terrible bofeton de Florestan, se fué á su casa, como para ocultar su vergüenza y su desesperacion.

Halló á su mujer en el pequeño y lindo saloncito que ya conocemos, rodeada de tres ó cuatro de aquellos adoradores á quienes tenia el poder de volver locos con sus mimos y sus gracias, y á los que jamás concedia el favor más insignificante.

Aquella bella estátua de cera, blanca y de color de rosa, no concedia á ninguno de los que

le atribuian por amantes ni el favor de besar las puntas de sus lindos y sonrosados dedos.

Concedia algunas dulces miradas; algunas encantadoras sonrisas: la distinc'on de cogerle el pañuelo cuando se le caia, de llevarle al teatro el ramillete y los gemelos, de regalarle dulces perfumados: nada más, y aun esto, se lo concedia á los más favorecidos.

Su gracia hechicera y mimosa hacia esperar nuevas concesiones; pero estas concesiones no llegaban nunca, y, cansados de esperar, habia algunos que de amantes, se convertian en enemigos suyos. Estos eran los que la calumniaban, alabándose de preferencias que jamás habian podido obtener.

Al ver á su marido, se volvió lánguidamente, pues para él era para quien especialmente reservaba su coquetería, y le dijo alargándole la mano:

—¡Ah! ¡tú por aquí, amigo mio! ¿de modo que hoy vas á darme el gusto de comer conmigo? ¡si vieras cuánto me alegro!

—Rita, repuso el Conde sin tomar la mano que aquella le ofrecia: tenemos que hablar.

Era exactamente lo mismo que Florestan habia dicho á Dolores. *Tenemos que hablar*. Los cuatro almibarados visitantes dejaron sus sillas, y se despidieron de la Condesa al verse asi despedidos por su marido.

—¡Dios mio! ¡qué habrán dicho esas gentes, Gonzalo! exclamó Rita cruzando las manos y di-

rigiéndose al Conde; eso ha sido casi despedirlos.

—Ha sido despedirlos positivamente, repuso el Conde.

—Pero ¿qué es eso? ¿tienes que decirme algo en secreto, Gonzalo?

—Sí, Rita: óyeme con atencion: mañana, al amanecer, tengo un duelo.

—¡Un duelo! repitió la Condesa.

—¡Sí, un duelo á muerte... y por tí! me voy á batir con Benavente.

—¡Gran Dios! exclamó la jóven levantándose pálida y demudada, porque en realidad no tenia mal corazon: ¡un duelo con Benavente... y por mí!...

—Sí, tus coqueterías le han vuelto loco... ha buscado un pretexto, le ha hallado para provocarme... me ha insultado, me ha herido el rostro... y mañana nos batimos: Rita, esta misma noche déjalo todo aquí, y vete á Madrid al lado de tu hermana... en donde permanecerás hasta que vuelvas á casarte honradamente.

—¡Qué dices! exclamó la Condesa, ¡que te deje!.. no, no Gonzalo... ¡yo te amaba hasta el punto de casarme contigo sabiendo tus compromisos con otra mujer... hoy al ver en peligro tu vida, siento renacer aquel amor... el primero de mi vida y el último!

Rita hablaba estrechando las manos de su marido y anegada en lágrimas.

—¡Pobre niña! murmuró el Conde: ¡que ex-

traño es que te hayas dejado deslumbrar por la lisonja si aún no tienes diez y ocho años! ¡no llores así, porque necesito conservar todo mi valor para vengar mi injuria y tú me lo quitas; yo te amo con pasion, con la única pasion verdadera de mi vida, y moriré amándote!... ¡ay! ¡en nuestra clase parece ridículo el tener corazon, y por lo mismo nos está vedada la dicha del hogar doméstico! pero los instantes son preciosos y no debo pasarlos en ociosas lamentaciones: oye, para que no te juzgues tan culpada y para que cumplas un encargo mio.

Mis compromisos con esa jóven que tú acabas de nombrar iban mucho más allá de lo que tu supones: poco despues de nuestro enlace, dió ella á luz una niña... tu hermana la ha criado.

—Berta no me ha dicho nada nunca, observó Rita enjugando sus lágrimas.

—Lo sé; tu hermana es demasiado generosa para afligirte inútilmente: esta niña ha sido reclamada hace poco por su madre: cansado yo de la soledad moral en que tu género de vida me dejaba, fuí esta misma tarde á pedir mi hija á Dolores... y se la pedí de rodillas... pero me la negó... en esta humillante postura me sorprendió su marido, y me insultó... de un modo que solo se puede lavar la mancha de esta afrenta con su muerte!... Tal vez yo seré el que muera, y ya sea así ó ya sobreviva y tenga que pasar á país extranjero, te suplico, Rita,

que hagas lo posible por arrancar á esa niña desgraciada del poder de su madre.

—Te lo ofrezco, dijo la pobre Rita, cuya ligereza se habia fundido en un inmenso dolor: ¡quiera Dios dejarte vivir para que yo pueda reparar mis faltas contigo! ¡pero sea cualquiera tu suerte, tu hija será como si fuera la hija de los dos!

—¡Gracias, Rita! respondió el Conde: ¡nunca he desconfiado de tu generosidad; pero esa mujer no te la querrá dar... esa mujer no tiene corazon... su alma está petrificada, y soy yo quien la ha hecho dura como el mármol! ¡era un ángel, y yo la he convertido en un demonio! ¡si no te la da, vela al ménos por ella!

—Haré todo lo que pueda, y no dejaré de trabajar hasta lograrlo.

—Nada más te encargo, prosiguió Gonzalo: nada más si no que, si te casas, te fijes mucho en la eleccion: no dés con un hombre indigno de tí, mi pobre Rita... esa seria la mayor de las desventuras... esa ha sido la perdicion de esa pobre mujer, esa es la desgracia de muchas infelices criaturas que el mundo juzga y abruma con su execracion. Ahora adios, Rita, prosiguió el Conde procurando dar alguna firmeza á su voz: parte á Madrid esta noche misma... yo creo que Dolores marchará tambien, puesto que su separacion de Benavente es irremediable: si permanece aquí, reclámale á mi hija

desde allí... y haz todo lo que esté en tu mano para lograr su tutela.

—No, dijo Rita: ¡nada haré, Gonzalo, hasta saber cuál ha sido tu suerte en ese duelo fatal que quisiera evitar á costa de mi vida! ¡déjame quedar aquí, en tanto que tú haces tus preparativos, para rogar á Dios por tí!

El Conde, sin responder, abrazó á su mujer y se retiró á su cuarto para arreglar sus papeles y disponerse á fin de estar con su testigo en los Inválidos al rayar el nuevo dia.

CAPITULO XVIII.

El duelo.

Dolores halló á Margarita trabajando entre sus dos hijos, segun costumbre.

Una pequeña lámpara de cristal con pié de bronce ardia sobre una mesita cubierta con un tapete; y alumbrada por aquella dulce claridad, Margarita bordaba una exquisita pieza de batista; era una camisa de mujer, adornada de preciosos encajes: Dolores echó sobre ella una mirada distraida, y vió que Margarita terminaba la última letra del nombre de *Coralia*.

Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios, y brotó en su corazon un pensamiento más amargo todavía.

—Hé aquí, pensó, esta noble criatura trabajando para una mujer perdida! Aquí está ella consumiendo su frágil existencia en adornar á esa mujer que pasa su vida en la opulencia comprada con la deshonra! ¡y esta es la justicia del mundo!...

—Amiga mia, la veo á Vd. muy triste, dijo

Margarita á Dolores: ¿le sucede á Vd. alguna desgracia!

—Sí, respondió la jóven: esta es para mí una noche horrible, Margarita! quiero pasarla aquí á su lado, porque, si no, me volveria loca!

—Veamos ¿qué sucede? preguntó Mme. Warner clavando la aguja en su bordado: ¿está mala algunas de las niñas?

—No, mis hijas están buenas, Margarita, y duermen tranquilamente.

—Voy á acostar á Ida, dijo Mme. Warner y despues podremos hablar: amiga mia, confíeme Vd. lo quela atormenta: yo soy una pobre mujer que todo lo ignora en el mundo: mis dolores son y han sido siempre sencillos, como mi vida y mi condicion; pero sé sentir, y, aunque otra cosa no sea, las penas que se comparten pierden la mitad de su amargura: acostaré á los niños, y luego, amiga mia, nos iremos á su casa de usted para que no oigan lo que Vd. me confíe.

Dolores se sentó y tomó sobre sus rodillas á la pequeña Ida, empezando á desnudarla en tanto que Margarita persuadia á su hijo de que debia acostrase, á lo que Frantz accedia de bastante mala gana.

Poco despues, ambos niños se hallaban en sus lechos.

—Vamos, dijo Margarita tomando una bugía para alumbrar á Dolores.

—¡No! repuso ésta; Margarita, no vayamos á

mi casa, porque me horroriza esta noche: hay en ella una cosa que me hiela! se respira allí un hálito de muerte... huyendo de allí, he venido á refugiarme al lado de Vd... no, no quiero volver!

—Bien: aquí nos estaremos, repuso la viuda: hablando á media voz, Frantz no se enterará de nada, y se dormirá al instante: ¡valor! ¿qué sucede?

—Mi marido se bate al amanecer.

—¡Cielos! exclamó la alemana palideciendo: ¡eso es horrible! ¿con quién? ¿por qué causa?

—Su adversario es el Conde de Elven: de la causa poco puedo decir, porque está enlazada con la historia de toda mi vida... historia de lágrimas y desesperacion!

—¡Pobre jóven! murmuró Mme. Warner: ya habia yo leido en su semblante que era desgraciada: pero nada me diga Vd.: no haga mayores las heridas de su alma!... quiero consolarla y no agravar su dolor... ¿no hay algun medio de evitar ese duelo? ¿no puede haber avenencia?

—¡Ninguna!

—¿Quiere Vd. permanecer aquí al lado de mis hijos, y que yo vaya á su casa para ver lo que sucede?

Dolores iba á responder: pero en aquel momento se oyeron en la escalera pasos precipitados, y el roce de un traje de seda.

Un instante despues, sonó la campanilla, agitada, al parecer, por una mano trémula.

Margarita abrió, y una jóven pálida, con la cabeza descubierta y el cabello descompuesto, se precipitó en la estancia.

—La Condesa de Elven! exclamó estupefacta Margarita, que conocia á la jóven, porque habia ido muchas veces á encargarle bordados.

—Señora, balbuceó: hay aquí una señora de esta vecindad que se llama...

—Dolores Herrera de Benavente: aquí está, dijo la esposa de Florestan adelantando algunos pasos.

—¡Ah, no me han engañado los criados! exclamó la Condesa: aquí está! bendito sea Dios!

—Señora, siéntese Vd., porque no se puede sostener, dijo Margarita aturdida con aquella visita á las diez de la noche, y acercando una silla á la Condesa, que se dejó caer desplomada en ella.

—¡Es verdad! yo me siento morir, dijo Rita con voz trémula, y pasando por su pálida frente, que bañaba un sudor frio, su pañuelo de batista: luego, volviéndose hácia Dolores, exclamó juntando las manos:

—¡Piedad!

—¡Piedad! repitió Dolores, cruzando sus brazos sobre el pecho y con una risa sardónica, porque adivinaba á lo que aquella mujer habia ido allí: ¡piedad! ¿y de quién?

—De mi marido! Vd., señora, puede evitar ese duelo fatal haciendo que el suyo le dé una satisfaccion del insulto que le ha inferido!... Dolores, amiga mia, déjeme Vd. darle este nombre ya que lo ha sido de mi hermana! vengo de su casa de Vd., á donde he ido para arrodillarme á sus piés y decirle:—¡Perdon para mi marido! él la ha hecho desgraciada! pero yo, ¿qué culpa tengo?

—¿Pues por quién, si no por tí, criatura miserable, soy yo infeliz? exclamó Dolores, fijando en la pobre Rita una mirada enfurecida: ¿por quién me abandonó Gonzalo? ¿qué es lo que ha causado mi desgracia sino este infausto casamiento? ¿no recuerdas el dia que salias de la iglesia, cómo la desesperacion trastornó mi juicio y que herí á tu marido en el rostro? pues en aquel instante dejé de ser lo que siempre habia sido, la niña tímida y pura, y me convertí en una mujer vengativa y fiera! tú, entre el oro y la seda de tu palacio, al lado del hombre á quien tanto amaba yo, entre el incienso de la lisonja, eras dichosa, mientras yo devoraba los ultrajes de un hombre á quien no amaba, y que se casó conmigo solo por satisfacer un capricho de los sentidos! á tí te rodeaba la ventura por todas partes! á mí la desgracia! tu destino era alegre y rosado! el mio triste y sombrío! y sin embargo tú has sido mil veces más culpable que yo! con tus coqueterías, que la sociedad en que vives

y hasta tu mismo marido llamaban inocentes, has hecho tu presa del hombre á quien yo estaba unida, y cuyo escaso mérito ni aun bastaba á atenuar tu falta!

—Pero, dijo Rita alzando su rostro bañado de lágrimas, Vd. sabe que mi marido no fue á hablarle de amor, sino á pedirle su hija!

—¿Y por qué fue? ¿acaso se hubiera acordado jamás de esa hija desgraciada si hubiera sido feliz contigo, si hubiera tenido hijos legítimos? ¿y pensaba que le iba yo á dar esa hija de su crímen y de mi vergüenza? Antes le quitaria la vida yo misma! Señora, prosiguió Dolores con creciente exaltacion y tomando la mano de Margarita, que, retirada en un ricon, escuchaba, trémula de asombro, aquellos sombríos misterios de la vida: Vd. que tiene una alma pura, venga Vd. y sea juez en esta contienda: yo era aún una niña, y un hombre me engañó, me abandonó despues y el dolor de esta desgracia mató á mis honrados padres: tuve una hija y mi seductor, sin pensar en ella, se unió á esta mujer, á la que amaba tanto como habia fingido amarme á mí: ella le olvidó bien pronto por ese comercio escandoloso de miradas y sonrisas que algunas damas del gran mundo creen que á nada compromete, y una de las víctimas de su coquetería fué mi propio marido: este, desesperado por no poder poseerla, quiere morir, en vez de suicidarse, despues de haberme dejado en la

miseria: pero quiere morir vengándose y matando al que es su legítimo dueño: en una palabra, quiere probar á dejarla viuda para ver si se puede casar luego con ella, porque sin duda la sociedad autoriza todo esto: ahora bien: debo yo compadecerme ni de ella ni de ninguno de esos dos hombres? el uno es el que me perdió, el verdugo de mis padres: el otro es el que de desórden en desórden y, para poder olvidarla, ha olvidado tambien que era esposo y padre, y quiere morir ó matar: ¿quién es aquí la más desgraciada? ¿quién es la mas culpable?

—Aquí está la desgracia, dijo Margarita con voz triste y profunda, extendiendo al mismo tiempo su blanca mano hácia Dolores: aquí la culpa! y señaló á Rita, quien, anonadada ante aquella fatal sentencia, dejó escapar un grito lastimero, y se cubrió el semblante con las manos. Empero no hay desgracia que no se pueda aliviar, ni culpa que no pueda borrarse. Dolores, mi pobre y desgraciada amiga, el deber de Vd. es el de ir á ver si puede evitar ese duelo fatal: el deber de Vd. es el mismo, Sra. Condesa: ¿no ha de verificarse al amanecer, detras de los Inválidos? pues cuando no se pueda evitar de otro modo, las dos deben ir al lugar del combate y deben procurar poner paz entre esos dos hombres, que son ahora dos enemigos mortales.

—Ir allí! evitar que se batan esos dos hom-

bres que me han ultrajado, desdeñado y herido! exclamó Dolores: no, no haré jamás semejante cosa!

—Yo sí! repuso Rita levantando su bello rostro: yo suplicaré á mi marido, le rogaré que no se bata, al ménos, por mí! oh, Dios mio! en qué he pensado que antes no lo he hecho! que antes no le he rogado con más empeño, con más calor!...

—Aun es tiempo, señora, observó Margarita: aun podrá evitar quizá que su marido muera... vamos, yo acompañaré á Vd.; no quiero dejarla sola en tan amargo trance!

Las dos mujeres se lanzaron fuera de la estancia. Dolores quedó sola, muda y sombría en aquella habitacion, en la que únicamente se oian su oprimida respiracion, y el dulce rumor del aliento de los niños que dormian tranquilamente. Eran las dos de la mañana.

Dolores permaneció mucho rato inmóvil, y como entregada á una especie de sonambulismo.

Pasaron las horas. La primera claridad del dia empezó á teñir de rosa y grana el horizonte, y penetrando por la ventana hizo palidecer la luz de la lámpara, que, falta de vida, fué poco á poco extinguiéndose sin que Dolores se apercibiese de ello.

Un pequeño ruido que oyó en la cerradura de la puerta de la habitacion la sacó de aque-

lla dolorosa soñolencia y la hizo extremecerse: levantó su dolorida cabeza y vió entrar á madame Warner.

—Qué hay? le preguntó.

—Se han batido, respondió Margarita.

—¿Y mi marido?

—Ha muerto!

—¿Y el Conde?

—Ha huido!

Dolores no añadió una sola palabra, y salió de la habitacion con lento paso.

PARTE TERCERA.

AURORA DE CONSUELO.

CAPITULO I.

El aya.

Eran las once de una fria noche de invierno, y la lluvia, que empezaba á desprenderse en gruesas gotas de negros nubarrones, anunciaba que iba á descargar un violento temporal, cuando dos jóvenes, que aun podian llamarse dos niñas, se hallaban sentadas ante un velador maqueado, que sostenia una lámpara y un servicio de té, de plata cincelada, para tres personas.

Empezaremos por el fondo del cuadro antes de delinear las figuras.

Era una estancia grande, y caldeada agradablemente por una chimenea elegante, en la que ardia un alegre y abundante fuego.

Los muebles eran cómodos, pero modestos,

si bien de graciosa forma y positivo valor: la caoba tallada hacia allí el papel más importante, unida á una tapicería de lana y seda de grandes dibujos: pero todo esto se hallaba cuidadosamente cubierto con unas fundas de percal francés, de cuadros blancos y azules, en las que resaltaba una limpieza escrupulosa.

Sobre la chimenea, un hermoso espejo reflejaba la graciosa y artística forma de un reloj de bronce oscuro, cuya magnífica esfera blanca señalaba las horas: dos candelabros, de bronce tambien, y compañeros del reloj, sostenian ocho bugías con arandelas de cristal tallado y sin empezar, cuya circunstancia las constituia en un adorno más.

Mas allá de los candelabros y guardando perfecta simetría, dos copas de porcelana ostentaban dos ramos de flores de estufa, que si no derramaban más que un perfume muy escaso, alegraban los ojos con sus bellos colores.

Seis cuadros al óleo, encerrados en marcos muy sencillos, representaban la pura infancia y la santa adolescencia de la Vírgen María.

La gracia risueña, la hermosura celestial de la Madre de Dios, estaban retratados en todos aquellos lienzos, obra, á no dudarlo, de un gran pintor: una imaginacion jóven y fresca habia poetizado hasta lo ideal la encantadora y sublime belleza de la elegida para reina del cielo.

Al pié de cada uno de aquellos magníficos

lienzos, se veia esta firma con letras modestas y pequeñas:

Frantz Warner.

Las personas que á la sazon se hallaban en la estancia, eran tres.

Las dos jóvenes de que hablé al empezar este capítulo, y una señora de cabellos blancos. cuya alta y desgarbada estatura, extrema delgadez, y gran cofia de batista, la daban á conocer por una juiciosa *miss* inglesa.

Era de fisonomía grave, pero llena de bondad, y en la que resplandecia una inocencia enteramente monjil.

Miss Ofelia era una criatura verdaderamente angelical.

Muy fea y muy pobre, solo habia tenido un novio, grueso y acaudalado comerciante de la Citté, en Lóndres: pero ella era delicadísima en todos sus gustos y pensamientos, y se dijo, no sin razon, que no podria ser feliz al lado de aquel hombre, y que tal vez el perpétuo sacrificio de sí misma no bastaria á conquistarle la paz doméstica, que era lo que más apreciaba en este mundo.

Cerca de treinta y seis años tenia ya cuando perdió á su madre, que era, desde hacia largo tiempo, su única familia: desposeida completamente de recursos, pero contando con esa perfecta ilustracion que es el mejor y mas sólido patrimonio de las mujeres inglesas, resol-

vió dedicarse á la educacion de señoritas, y logró, por medio de sus muchas relaciones, colocarse en casa de una dama que tenia una sola hija, enferma del pecho, con la que iba á hacer un viaje.

La pobre madre, creyendo que la distraccion hacia bien á su hija, eligió Paris para residencia, y marchó con ella y el aya, que se esmeraba de un modo admirable en descansarla y prodigarle consuelos.

Dos años llevaba miss Ofelia en compañía de aquellas señoras, con las que viajó mucho, cuando la jóven enferma pasó á una vida mejor en Paris á la vuelta de un viaje á Niza: la modista de aquellas señoras lo era tambien de Coralia, la Vizcondesa de Sennanges, y le rogó que buscase una colocacion para la pobre inglesa entre sus numerosas relaciones.

Coralia la propuso á su amiga Dolores, que desde luego la aceptó para el cuidado de sus hijas, no obstante ser la una de algunos meses y la otra de dos años y medio.

Al ver aquella sencilla mujer, con su vestido negro, su papalina blanca, y su grave fisonomía, Dolores, que hacia largo tiempo que, á fuerza de haber llorado mucho, no lloraba ya, sintió que sus ojos se inundaban de lágrimas.

Miss Ofelia le recordaba á su madre.

El aya fué muy modesta al fijar sus honorarios; se avino á cuanto se le exigió, y pareció

alegrarse mucho de hallar en sus educandas dos niñas muy pequeñas.

—Yo creí, dijo la señora de Benavente, que esto seria un inconveniente para Vd.

—Al contrario, señora, repuso el aya, que hablaba muy bien el español: así las niñas me tomarán más cariño, y tengo ademas la seguridad de que estarán educadas por mí sola.

—Pondré á la disposicion de Vd. los criados de interior que juzgue necesarios, dijo Dolores, que sabia cuán exigentes son las ayas inglesas.

—Solo juzgo precisa, señora, una niñera para la niña mayor: la otra irá en los brazos de su ama.

—¡Cómo! exclamó Dolores sorprendida: ¿no necesita Vd. doncellas para las niñas?

—Las considero inútiles, señora.

—¿Ni una sola?

—Ni una: yo las vestiré, y en ello tendré un gran placer: conforme vayan creciendo, las enseñaré á servirse por sí mismas, porque algun dia lo pueden necesitar.

—Señorita, dijo Dolores, que se habia extremecido al escuchar estas últimas palabras, usted previene todos mi deseos: quiero, para estas niñas, una educacion modesta, porque nada tienen; cristiana... para que sepan soportar la adversidad, que tal vez las aqueje algun dia... me han dicho que es usted católica, y esta ha sido para mí la mejor recomendacion: pero aho-

ra veo que tiene Vd. otras muchas: á pesar de la modestia que deseo para mis hijas, y que usted profesa como principio, tendrá Vd. una niñera, lo nodriza de la menor, un criado, y una camarera; estos cuatro sirvientes se hallarán completamente á las órdenes de Vd. y se mudarán cuando su servicio le disguste: estarán dedicados solo á complacer á Vd. y á mis hijas.

Miss Ofelia se inclinó con reconocimiento.

—Tambien tendrá Vd. un carruaje para el servicio de mis hijas y el de Vd., añadió Dolores: solo tengo uno, pero yo salgo muy poco y eso poco á pié.

—Yo ando mucho, señora, y acostumbraré á mis educandas al saludable ejercicio corporal, dijo el aya: por mi parte, á nadie conozco aquí, y solo iré alguna vez á casa de mi hermana.

Algunas lágrimas cayeron de los azules ojos del áya, y su semblante expresó un agudo dolor.

—Yo creí que era Vd. sola, observó Dolores: así me lo habian dicho.

—Señora, respondió el aya, tengo una hermana: mi madre estuvo casada en primeras nupcias con un inglés, y de este matrimonio nací yo: casó despues con un aleman, y tuvo otra hija de este nuevo enlace: su segundo esposo murió muy pronto, y la niña que dejó fué recogida por sus abuelos paternos y criada en Alemania, donde se casó: yo seguí al lado de mi madre, con ella volví á Lóndres, y con ella

viví hasta que Dios se dignó llamarla á sí: mi hermana vino á Paris con su esposo, que perdió tambien la vida, quedándose sola en la tierra para amparo de sus dos hijos... ¡Pobre Margarita! Dios sabe que si sufro en el mundo es solo por ella y por sus niños!

—¿Qué dice Vd., se llama Margarita? preguntó admirada la señora de Benavente.

—Ese es su nombre.

—¿Cómo era el de su esposo?

—Frantz Warner.

—Conozco á esa noble jóven, dijo Dolores tras algunos instantes de silencio: no podia Vd. tener mejor recomendacion para mí, señorita, que ser hermana suya.

—Es la misma virtud, repuso Ofelia con un entusiasmo de que no se la hubiera creido capaz: cuando ella vino á París, aun me hallaba yo al lado de nuestra madre: á pesar de su pobreza, que aumentó con la larga enfermedad de su esposo, nos llamaba á su lado: venid, nos decia: lo pasaremos mejor todos juntos, y me ayudareis á cuidar de mi pobre Warner. Ya estábamos decididas, cuando murió Warner, y poco despues le siguió mi madre.

—Siento anunciar á Vd., querida miss Ofelia, observó Dolores, que va Vd. á separarse de nuevo de ella: acabo de enviudar, y dentro de algunos dias salimos para España.

—Hágase la voluntad de Dios, dijo la inglesa,

si ella es que yo viva lejos de Margarita: cuanto tenga, señora, y deba á la generosidad de usted, será suyo y de sus hijos: mis necesidades son pocas: habiendo renunciado al mundo y á sus vanidades, de las que, por otra parte, he vivido siempre muy separada, me basta un modesto traje, y solo apetezco el retiro, que para mí estará embellecido por la presencia de mis dos niñas.

Pocos dias despues de esta conversacion, salió para Madrid Dolores con sus dos hijas y el aya.

Ofelia fué á despedirse de Margarita, y la instó á que partiese tambien á Madrid para vivir cerca de ella.

—Eso es imposible por ahora, hermana mia, respondió Margarita: siempre he mirado en tí á una madre buena y amorosa: pero hoy debo hacerte reflexiones, de las que sin duda reconocerás la justicia: no perdonaré ningun sacrificio para que mi hijo sea un gran pintor: y ya que no pueda enviarle á Italia, deseo que por ahora estudie con alguno de los maestros que dán honra á la Francia.

—Está bien, dijo Ofelia: ¿pero si tu hijo pudiera ir á Italia, vendrias tú cerca de mí con tu hija?

—Tal vez sí, contestó Margarita: á tu lado seria mucho ménos desgraciada.

—Pues bien, hermana mia, dijo la inglesa

estrechando afectuosamente la mano de la alemana: desde hoy todos mis esfuerzos irán encaminados á lograr que tu hijo vaya á Italia, y que tú vengas cerca de mí: quiero educar á tu hija y aliviarte al ménos de ese cuidado: Margarita, yo he prometido á la señora de Benavente acompañarla; pero ahora se despedaza mi corazon al pensar en que debo separarme de tí.

—¡Cómo! exclamó Margarita: ¿la casa donde has entrado de aya es de la señora de Benavente?

—Sí: ella me ha dicho que te conoce.

—En efecto: me ha dado bordados alguna vez. Ofelia, la bondad divina es la que te lleva á su casa, como el ángel guardian de sus pobres hijas! ¡es una mujer desgraciada y quizá culpable: pero sé poco de su vida, y eso poco ni yo te lo debo decir, ni tú querrias escucharlo... Contentémonos con compadecerla, y no penetremos en las profundidades de su existencia: sus dos niñas ya no me parecen dignas de lástima, pues que te tienen á tí, mi buena y santa hermana! ¡parte, y que Dios te ayude en tu noble tarea!

Ofelia partió, pues, para España con Dolores y sus hijas, á las que tomó desde luego un cariño entrañable.

CAPITULO II.

Contrastes.

Las niñas eran encantadoras: Lágrimas no era hermosa, pero era imposible defenderse del admirable prestigio de su viveza y de su gracia: dos ojos grandes y negros alumbraban su carita morena y dulce: su nariz, muy pequeña, era levantada: su boca, pequeña tambien, de lábios finos y acarminados: su dentadura, sin ser perfecta, era muy blanca: su frente, cargada de cabellos negros, era quizá la más encantadora de sus facciones: dos espesas trenzas, que bajaban desde sus sienes, guarnecian su rostro oval, dulce y expresivo.

Su estatura, pequeña y llena de gracias, era ya airosa: sus piés y manos eran diminutos: adoraba á su hermanita, y le cedia sus dulces, sus juguetes, y todo lo que poseia, colmándola de caricias.

Luz era el ideal de la belleza infantil: pero de esa belleza que promete crecer en vez de ir á ménos, y cuya perfecccion se adivina para más tarde, como se adivina el brillo de un rico diamante á través de un ligero velo.

Más robusta que su hermana, era al propio tiempo más delicada en su tipo: era tan fina su tez, que se veia sin trabajo circular la sangre bajo su blanca epidermis: sus cejas, cabellos y pestañas, sin ser negros, tenian un oscuro y sedoso color que se podia llamar castaño subido: sus ojos eran dulces y tristes, y á la más leve emocion se arrasaban de lágrimas.

Tan fácil era para Luz ponerse pálida, como sonrosearse vivamente, y estos dos matices de su rostro dependian de la variedad de sus impresiones.

Su boca, de lábios más gruesos que la de Lágrimas, se asemejaba á una fresa en su cándida y hechicera forma y su encendido color: hubiéránse podido equivocar sus dientecitos con esas menudas perlas de Oriente que llevamos engastadas en los brazaletes ó en las sortijas.

Tenia la nariz pequeña y del más puro dibujo griego: era ménos delgada que su hermana, y se parecia á esas vírgenes del inmortal Murillo que nos sonríen en medio de grupos de ángeles.

Tal eran las dos hermanas: en su parte moral habia tambien algunas diferencias; pero servian solo para hacer resaltar las perfecciones de entrambas.

Era Lágrimas más viva y Luz más dulce: esta más meditabunda, aquella más alegre: Luz sentia más; Lágrimas era más acariciadora; pero

las dos estaban unidas por un cariño tan vivo y tan tierno, que parecian un solo ser en el que el cielo habia reunido, con mano pródiga, todo el tesoro de sus gracias y de su belleza.

Una vez instaladas en Madrid en una casa espaciosa de la calle de Atocha, la señora de Benavente reiteró á miss Ofelia todos sus encargos.

—Quiero, le dijo, que se eduquen en la modestia y en la sencillez; que las haga Vd. humildes y cristianas, laboriosas é instruidas, para que sean buenas hijas primero, y luego buenas esposas y buenas madres.

En tanto que así miraba por la verdadera felicidad de sus hijas, Dolores, desposeida de todo recurso sobre la tierra, se dispuso para la azarosa vida que debia costear la educacion cristiana y el bienestar modesto de las dos niñas.

Iba á vivir como una aventurera: pero por extrañas bien comprensible contradiccion de ideas, queria que sus hijas viviesen muy léjos del teatro de sus desórdenes, y que las rodease tanta pureza como á ella iba á cercarla cieno y miseria.

Por esta causa, la parte de la casa destinada á las dos niñas y á su aya, se hallaba tan distante de la otra parte habitada por su madre, que no podia llegar á ella el más leve rumor.

La habitacion de la madre era una maravilla de lujo voluptuoso.

La de las hijas respiraba inocencia, modestia, y ese perfume doméstico, tan suave y encantador, que habla al alma el dulce lenguaje de la virtud.

Las niñas dormian en dos camitas blancas y sencillas, entoldadas de muselina, y veladas por la dulce imágen de la Vírgen de la Esperanza.

El lecho de la madre era un suntuoso mueble de cedro y nácar, cuyos cuatro piés, muy bajos, representaban cuatro silfos, y cuyo cortinaje de gasa, bordado de seda de colores, sostenia un cupido de alabastro.

El cielo de este lecho era un soberbio espejo rodeado de flores. Todo guardaba la misma proporcion.

Este arreglo interior necesitaba sumas enormes para ser sostenido. Dolores nada poseia y le era forzoso hacérse célebre para atraer á sus redes alguno de esos hombres que pagan un capricho ó una pasion con montes de oro.

Dolores no tuvo que esperar largo tiempo. Lord Sheridan, informado por Coralia de la posicion de la jóven viuda, y verdaderamente apasionado de ella, la sigió á Madrid, y la misma Coralia, que ya empezaba á no estar de moda en París, le prometió pasar largas temporadas en la corte de España, y al lado de su amiga.

Un año hacia que esta y sus hijas se hallaban en Madrid, cuando Margarita, vencida al

fin por las instancias de Ofelia, salió tambien de París para venir á su lado.

Frantz, cuyo génio para la pintura se levantaba ya á una altura inmensa, habia hallado un protector que le habia propuesto llevárselo á Italia.

Era el Conde Guido Soranzo, jóven señor romano, que habia visto un cuadro de aquel artista niño, que figuraba en la Exposicion de París, y que representaba la oracion del huerto.

Debajo decia en pequeñas letras:

Frantz Warner: de edad de 11 *años y* 7 *meses.*

Ante aquel lienzo, en la fisonomía bella y expresiva del Conde Guido apareció el más vivo entusiasmo: se informó del domicilio del jóven pintor, y fue á su casa.

—Señora, dijo á su madre: aquí hay diez mil francos. *La oracion del huerto* es mia: parto á Roma y se la regalaré á mi madre: ¿quiere usted dejar á su hijo que me acompañe? Será para mí como un hermanito jóven, y en tanto permanezca allí para su educacion artística, acompañará á mi madre en la soledad de su castillo situado en la encantadora isla de Ischia: quiero ser su protector, y sé que aprovechará mi proteccion, porque un gran artista debe tener el alma noble.

Frantz, el pobre Frantz besó llorando la mano del Conde.

¡Iba á Roma, y, gracias á él, dejaba pan para su madre y su hermanita!

Dos dias despues partieron, y Margarita fué á consolarse de aquella dura separacion al lado de su hermana.

Ida, que tenia unos siete años más que Luz y cinco más que Lágrimas, se hizo la mejor amiga de las dos niñas y compartió todos sus estudios bajo la direccion de su tia.

Modesta iba tambien á ver á Dolores con su hermana Cesarina; pero así que se apercibió del género de vida de su antigua amiga, rehusó verla, y solo se ocupó de sus hijas, y de Ofelia y Margarita.

Vamos ahora á encontrar de nuevo á las dos educandas con su aya, al derredor del velador donde humeaba el té, colocado junto á la chimenea.

Las dos hermanas tenian todas las gracias que su infancia prometia: Lágrimas era más pequeña y más delgada que su hermana; su carita era preciosa: su risa llena de encanto.

Luz era más alta y más torneada: era dulce, triste, poética en sus pensamientos y ademanes: el eco de su voz dejaba en el oido una música deliciosa.

Vestian muy sencillamente unos trajes de merino azul oscuro, cortados y hechos por ellas mismas.

Las dos llevaban cuellecitos lisos á la ingle-

sa, y bajo estos una corbata pequeña de raso color de cereza.

Miss Ofelia llevaba su invariable traje negro, su gorra de batista con bonitos encajes de hilo, y sus bucles, que ya principian á encanecer.

Sobre un costurero, al lado del velador donde se tomaba el té, habia dos bordados y un libro.

Las dos hermanas bordaban y leian alternativamente durante la velada.

Sentadas junto al velador, Luz iba tomando el té, á pequeños sorbos: Lágrimas le movia lentamente con la cucharilla, conociéndose que tenia muy poca gana de tomarlo.

—Hija mia, dijo miss Ofelia dirigiéndose á Lágrimas: no sé, en verdad, cómo infundir á usted más fortaleza para los pequeños reveses de la vida: ya he agotado las reflexiones y los ruegos: crea Vd. que soy desgraciada al verla padecer tan sin razon!

La jóven no contestó; pero dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos, y á no haberlas recogido con su pañuelo, hubieran caido en el té.

—¿Ahora llanto? exclamó Luz: á bien que parece que tu nombre lo pide; pero le justificas de suerte, que lloras por la cosa más insignificante!

—¿Por qué dijo que vendria? exclamó Lágrimas á media voz y con acento doloroso.

—Pero, ¿no sabes que ha llovido, que llueve? Además, Ida no acaba de conocer cuál es tu genio: si lo conociera, no aventuraria promesas que no sabe si ha de cumplir.

En aquel instante se oyó un paso rápido y el roce de un traje de seda.

—Vamos, aquí está mamá, dijo Luz, serénate: ¿qué dirá al verte así?

Apenas habia acabado de decir estas palabras, la puerta entornada se abrió del todo, y una mujer, que podia pasar por un modelo de gracias y hermosura, entró en la sala.

Era Dolores.

Contaba entonces treinta y tres años, y su belleza era tan admirable y de un género tal, que el ánimo se quedaba suspenso al contemplarla.

Toda su antigua dureza, toda la expresion sombría que antes resaltaba en sus facciones, habia desaparecido.

Pero, en cambio, una expresion tristísima de desaliento, de fatiga, de dolencia moral y física, daba á su rostro y á toda su persona un aire, á la vez dulce y melancólico que la hacia doblemente interesante.

Su tez era blanca como las azucenas: sus ojos, negros y grandes, parecian á veces tristes y llenos de pensativa ternura, y otras llenos de espanto y de fatiga: su cara estaba marchita, sin que por eso hubiera perdido su encantador

dibujo: sobre su frente se dividian dos hermosas bandas de cabellos que se habian vuelto negros y sedosos, y en los que la luz del quinqué reflejaba como en un cristal.

Estaba vestida con una bata de merino blanco, forrada de tafetan azul, y que se abria sobre una enagua ricamente bordada y ornada de volantes: esta bata estaba ceñida á su delgado talle por un largo cordon, de seda azul, que remataba en dos borlas.

Sobre sus cabellos llevaba una toquilla blanca de encaje, por debajo de la cual se escapaban algunos gruesos rizos, negros como la endrina.

Su cuello, un poco largo, redondo y blanco como el marfil: sus manos perfectas, blancas, algo prolongadas y de uñas de color de rosa: su pié estrecho y arqueado, que asomaba por debajo de los pliegues de su bata, calzado con una chinela de raso azul, bordada de plata: su delicado talle, la elegancia de todos sus movimientos y la distincion de sus maneras, hacian de aquella mujer un tipo encantador.

Entró rápidamente, y llegando á donde estaban las dos jóvenes, asió sus manos y las besó en la frente una tras otra con íntima ternura.

—¡Gracias á Dios que me veo entre vosotras! exclamó sentándose en una silla y haciendo colocar á las niñas á su lado.

—Ya creiamos que no venias, mamá, dijo Lágrimas.

—¿Acostarme yo sin veros? repuso Dolores: eso no podia ser! ¿acaso, señorita mal pensada, lo he hecho yo alguna vez? Pero ¿qué es eso, Lágrimas? ¡estás triste, parece que has llorado!

Esto diciendo, acercó Dolores, con un movimiento lleno de cariño, la blanca y fresca carita de su hija á la luz del quinqué.

—¡Pero si llora por todo! observó Luz: lloraba cuando has entrado tú, porque Ida dijo anoche que iba á venir hoy y no ha venido.

—¡Vaya un motivo grande! exclamó Dolores: hija mia, no ofendas al cielo derramando tus lágrimas, ese rocío del alma, por tan insignificantes motivos: miss Ofelia, suplico á Vd. que tire de la campanilla.

El aya obedeció, y un criado se presentó al momento.

—Vaya Vd. al instante á casa de la señora Warner, y pregunte Vd. el motivo de no haber venido esta noche.

El criado salió.

—Y bien, dijo Dolores cuando volvieron á quedarse solas: ¿no podré yo ver las labores de Vds., señoritas? Hoy es sábado y dia de examinar los adelantos.

A una señal de su aya, las dos jóvenes se levantaron y entraron en un gabinete inmediato.

—Creo, dijo miss Ofelia, que la señora quedará muy contenta esta semana. Lágrimas ade-

lanta de una manera prodigiosa en la pintura... y á propósito quisiera hablar á la señora dos palabras, pero no ahora, sino despacio y á solas: ¿podrá concederme media hora despues que se acuesten las señoritas?

—No... esta noche no puedo, querida Ofelia, respondió la señora de Benavente un poco turbada: pero será mañana, á la hora que usted quiera.

Las dos jóvenes, que volvian, llamaron de nuevo la atencion de Dolores.

Traia la una en la mano un precioso bordado blanco, casi concluido.

Luz conducia un lindo almohadon de tapicería, terminado ya y graciosamente adornado de borlas en sus extremos.

—¡Oh, qué bonitas labores! exclamó la jóven madre con entusiasmo: ¿de dónde ha salido el maravilloso dibujo de este pañuelo de batista? preguntó tomando en la mano el bordado de Lágrimas.

—Es obra de la señorita, respondió miss Ofelia.

—Pero le ha enviado el boceto Frantz, objetó Luz aturdidamente.

Un subido carmin vistió las lindas facciones de Lágrimas al oir el nombre de Frantz, y se pintó en ellas una emocion tan viva que su madre la miró llena de asombro.

Pero deseando interrogarla más despacio,

nada quiso decir, y tomó la tapicería de su hija menor.

—Este paisaje está copiado de uno pequeñito que el Sr. Federico Benavides ha enviado dentro de una carta, observó miss Ofelia, siempre atenta á hacer resaltar los talentos de sus educandas.

Entonces fue Luz la que se puso colorada hasta el blanco de sus ojos, cuya sensacion tampoco se escapó á la perspicaz mirada de su madre.

—¡Es un admirable paisaje! dijo contemplando ambas labores con una delicia que nada tenia de fingida: ¡qué árboles! ¡qué yerbas! ¡es imposible imitar mejor á la naturaleza! Lágrimas, tu bordas lo mismo que mi madre, á la que te pareces en el cuerpo y en el alma; del mismo modo que Luz se parece á mi padre. ¡Ah! ¡cuánto os hubieran amado vuestros abuelos si la muerte no me los hubiera arrebatado!

Dos lágrimas brotaron de los ojos de Dolores: aquella herida no se cicatrizaba jamás.

Las jóvenes, afligidas por el dolor de su madre, guardaron silencio.

—Vamos, hijas mias, os entristezco, murmuró la señora de Benavente: ¡queria yo tanto á aquellos dos nobles ancianos! ¡ah! los dias de mi infancia, aquellos hermosos dias bañados de sol, me han dejado recuerdos muy dulces, pero tambien muy dolorosos! ¡hijas mias! todo se

vuelve á encontrar en el mundo otra vez... todo, ménos unos buenos y amorosos padres! Pero vamos, os voy á poner tristes, y no quiero que esto suceda... Señoritas, que vea yo alegres esos hermosos ojos y sonreir esas lindas bocas! este almohadon me lo llevo ahora mismo á mi gabinete, y quiero saber cuándo podré usar ese pañuelo, al que se pondrá un rico encaje.

El pañuelo estará dentro de dos dias, mamá, dijo Lágrimas.

—Mira, mamá, observó Luz: el almohadon está bien relleno para que lo pongas delante de tu reclinatorio y te arrodilles en él para rezar: para ese objeto lo he hecho.

Dolores pasó la mano por su frente, que habia cubierto un doloroso rubor, y miró con ternura á su hija: ¡ella altar y reclinatorio! ¡ella que no pisaba el templo! su altar era la habitacion de sus hijas.

El criado que habia ido á averiguar por qué no habian ido Margarita y su hija entró en aquel momento.

—Madame Warner me ha dicho que la señorita Ida se ha acostado con jaqueca, dijo: pero que espera que no será cosa de cuidado y que mañana vendrán: al mismo tiempo debo advertir á la señora que la espera en el salon madame de Senanges, hace ya un rato.

Al oir esta última noticia, palideció Dolores y se levantó presurosa.

—Mamá, dijo Luz: siempre que te dicen que ha venido esa señora, parece que sufres... ¿por qué la recibes?

—Anda mamá, que la despidan, por hoy, al ménos, y estáte aquí con nosotras, añadió Lágrimas.

—Imposible, hijas mias, respondió Dolores; es una señora que no puedo excusarme de recibir.

—¿Pero por qué no entra aquí? preguntó Luz.

—Viene á hablarme de negocios...¡Ea! adios, ángeles mios! hasta mañana: rezad vuestras oraciones y acostaos: ¡la noche está muy mala! ¿deseais algo?

—Yo, dijo Luz, un sombrero de terciopelo azul turquí.

—Yo, opinó su hermana, una cartera de cuero de Rusia.

—Lo tendreis mañana; y lo tendriais hoy si las tiendas estuvieran abiertas.

—¡Qué buena eres, mamá! exclamó la niña mayor abrazando á Dolores.

—¡Oh, si! ¡qué buena, qué cariñosa! añadió la otra: ¡mamá mia eres un ángel!

Y abrazó á su madre llenando de besos su frente y sus mejilllas.

Una emocion extraordinaria se pintó en las facciones de Dolores, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Hijas mias! exclamó conteniendo con pena los sollozos: ¿me amareis así siempre?

—¡Siempre, siempre! respondieron las dos niñas.

—¡Si perdiese vuestro cariño, me moriria, porque soy muy desgraciada! ¡Oh si! ¡vuestro amor es mi vida!... ¡pero os estoy afligiendo! ¡Vamos, está visto que esta noche tormentosa me ataca á los nervios! ¡adios, adios, hijas mias! dormid bien y hasta mañana.

Dolores, presa de una terrible agitacion nerviosa y ahogada por su emocion, se lanzó fuera del modesto y tranquilo saloncito de labor.

—¡Dios mio! ¡qué tendrá mamá! exclamó Luz muy pensativa: estaba triste, y en extremo conmovida...

—¡Sí, parecia muy agitada! añadió Lágrimas: ¿tendrá algun disgusto?

—Nunca faltan desazones en la vida, observó con su sentenciosa candidez el aya: la señora tiene cuidados, señoritas, pues ella sola está al frente de la casa... pero vamos á rezar las oraciones y á acostarnos, que son cerca de las doce, y no me gusta que se recojan Vds. tan tarde: mañana iremos á ver á Ida.

Las dos jóvenes, seguidas de la metódica Ofelia, entraron en su dormitorio.

Era una sala con dos alcobas, que además les servia de cuarto de tocador.

Cada alcoba contenia un lecho virginal, entoldado de blanco.

Un hermoso tocador de caoba, dos cómodas

sencillas, y dos lavabos de mármol componian, con dos roperos y algunos sillones, el mueblaje de la sala.

En cada alcoba habia un reclinatorio á los piés del lecho, coronado por un Crucifijo.

Dentro de esta habitacion estaba la del aya, que constaba de un gabinete con alcoba, amueblado con sencillez, comodidad y buen gusto.

Las dos niñas abrazaron á miss Ofelia: luego la una á la otra se sirvieron de camareras, y ya envueltas en sus batas de noche y cubiertas las negras cabelleras con sus cofias de dormir, se dieron un tierno abrazo, diciéndose entre el rumor de un beso:

—¡Hasta mañana!

Cada una se arrodilló en su almohadon delante de su reclinatorio, y elevó al cielo las últimas oraciones de aquel dia.

Poco despues, las dos hermanitas dormian un sueño tranquilo é inocente, y la habitacion estaba solo alumbrada por la dulce claridad de la lámpara que pendia del techo en la sala del tocador, que precedia á las alcobas.

CAPITULO III.

Esclavitud.

Sigamos á Dolores al salon donde, segun habia dicho el criado, la esperaba Mme. de Senanges.

Coralia no se atrevía á usar el título de *Vizcondesa* desde que habia llegado á España, donde por otra parte le iba tan bien como suele suceder á todas las personas de su clase, pues es sabido que nuestra patria acoje y proteje con cariño á las gentes de esta calaña, si traen el diploma de extranjeros.

Coralia se puso de moda al llegar: su belleza, su talento para la intriga, sus modales escogidos, eran á propósito para seducir y cautivar: dotada de un carácter flexible, que sabia revestirse de extraordinaria dulzura, y que ocultaba no poca energía, nada habia que se le resistiese, y fué al mismo tiempo dama de un personaje poderoso, corredora de empleos con enormes ganancias, y embaucadora de cándidos para proponerles negocios de mucha importancia.

En las grandes reuniones, en los teatros y en las *soirées* que daba en su propia casa (preci-

so es confesarlo, con exquisito buen tono), aquella *adorable* francesa desplegó tal elegancia y riqueza de detalles, que deslumbró durante un año aun á las personas de mas mundo.

Pero su moda pasó, porque la moda de esas sirenas pasa tambien, y quizá mucho antes que ninguna otra: cuatro ó seis fortunas consumidas le proporcionaron otros tantos enemigos implacables en los desposeidos, que fueron arrojados de su casa: los murmullos empezaron: su historia se sacó á luz, y fué comentada, aumentada y corregida: al llegar á este caso, ya se sabe, y los hombres lo saben mejor que nadie, que el crédito de los aventureros mengua un cincuenta por ciento.

El de Coralia menguó tambien, y á pasos de gigante. Los personajes fueron dejando poco á poco de visitarla. Ya no se imploraba su favor para tal ó cual alto empleo. Ya no se le enviaban magníficos regalos, ni soberbios ramilletes de á diez duros cada uno. Atreviéronse á solicitar el ser presentadas á ella algunas personas de posicion muy mediana. La *Vizcondesa* se sintió en extremo mortificada; pero se consoló diciéndose:

—Ya tengo hecha mi fortuna.

Sin embargo, como aspiraba á más, se fué por algunos meses al estranjero, y volvió con dos lindas muchachas, *sus sobrinas*, segun decia, que eran dos ángeles de belleza.

La una era morena y pálida, y se llamaba Esmeralda, como la gitana de Victor Hugo. La otra era rubia y rosada, y se llamaba Camila. Pero como ya eran conocidas las mañas de la *tiita* así la llamaban las dos jóvenes, acudieron pocos al cebo.

Coralia se hizo entonces prestamista; su primer negocio fué pedir á Dolores una prima por haberle proporcionado el conocimiento de Milord Sheridan, porque en su casa le habia visto en efecto.

Poco tardó la infeliz Dolores en caer bajo su poder: Lord Sheridan la amaba con aquella pasion inalterable y profunda, que le habia dedicado desde que la conoció, y llegó á ofrecerle su mano: pero Dolores la rehusó terminantemente.

—Amigo mio, le dijo: yo me he cansado ya de Vd.: es inútil que se lo oculte, porque su talento lo debe conocer: déjeme Vd. algun tiempo en la tranquilidad.

—Al ménos, permítame que siga enviándole algunos fondos, dijo el inglés.

—Eso seria una infamia, respondió Dolores: gracias; pero no acepto.

—Y entonces, Dolores, ¿de qué modo atenderá á su casa, á sus hijas?

—Eso es cuenta mia, respondió la jóven con altivez: déjeme Vd.; si quiero ser pobre, ¿quién tiene el derecho de impedírmelo? En nadie le re-

conozco, y le ruego que ni insista ni conserve esperanzas acerca de mí: todo ha concluido entre nosotros.

Milord Sheridan conocia demasiado el carácter de Dolores para insistir, y tenia además dignidad, por lo que se retiró, yendo á contar su pesar por este rompimiento á Coralia, á fin de que interpusiese toda su influencia con su amiga.

Coralia ofreció hacer todo lo posible por reanudar aquellas relaciones, rotas por el capricho de Dolores, y salió para ir á su casa.

—¿Qué has hecho? le dijo así que llegó: ¿sabes que Milord Sheridan queria casarse contigo?

—Lo sé mejor que tú, respondió la jóven, sonriendo con tristeza.

—¿Y rehusas ese partido?

—Ya ves que sí.

—¡Pero eso es una locura!

—¡Desde que he nacido, no he hecho otra cosa, impulsada por una fatalidad extraña!

—Esta fatalidad es ahora tu voluntad: ¿quién te obliga á que despidas á ese hombre?

—Nadie, es cierto: la fatalidad va conmigo misma, ó está en esta voluntad que no sé contrariar en nada: no amo á Milord Sheridan lo bastante para casarme con él, ni quiero dar á mis hijas un padrastro.

—¿Pero acaso se necesita amor para casarse?

—Creo que sí.

—¿No me has dicho mil veces que te casaste sin amor la primera vez?

—Por eso me fué tan mal. Coralia, es inútil que trates de convencerme: todo ha concluido entre Milord Sheridan y yo.

—¿Pero por qué razon?

—Porque me aburre: ha llegado á fastidiarme: no hay otra: hoy que me veo libre de su compañía y de sus dádivas, me parece que respiro mejor: quiero sacudir mis cadenas: quiero vivir á mi gusto por algun tiempo.

—¡Vivir! ¡ah! si no fuese el vivir más que cuestion de gusto! ¡de querer ó no querer! pero ¿de qué vas á vivir?

—Por lo pronto, tu me prestarás mil duros, y despues veremos.

—¿No tienes ahorros? ¿no tienes ningun dinero en tu casa?

—Ninguno: mis gastos son enormes: tú sabes lo que cuesta la vida en Madrid, y de qué modo vivo con mis hijas, á las que oculto todo lo que hay de triste y miserable en mi existencia.

—¡Oh, sí! exclamó Coralia rencorosamente: conozco tus ideas en ese particular! tus hijas son una carga para tí y debias educarlas de otro modo!...

—¡Qué estás diciendo! gritó Dolores impetuosamente: ¡si hasta el que tú las nombres me parece una ofensa á su pureza! Coralia, antes me moriria de hambre, antes las veria morir

de hambre tambien, que dejarles perder su virtud y el único bien positivo de esta tierra miserable, que es la tranquilidad de la conciencia! ¿qué sabes tú de esas cosas? ¿qué sabes lo que es ser madre?

—Está bien, repuso la cortesana: tú tienes tus ideas, y yo las mias: por de pronto, debo decirte que solo puedo prestarte quinientos pesos, en vez de los mil que me pides: y aun eso será firmando tú dos pagarés, á dos y tres meses: estoy escasa de fondos.

—Sea, dijo Dolores: desde que tengo á mis hijas, rezo algunas veces, y creo que Dios me abrirá algun camino.

—¿Caminos? ¿cuál ha de abrirte, si tú te cierras el mejor, el más ancho? Amiga mia, en tanto que una mujer tiene esa pureza que te empeñas en conservar en tus hijas, se le presentan varios caminos: el de trabajar para una tienda, el de ponerse á servir, el de hacerse actriz, y el que hemos elegido tú y yo: pero si entra en este último, todos los demás se le cierran para siempre.

—¡Es verdad! murmuró dolorosamente la pobre madre: no puedo retroceder ya... y esta vida es la muerte para mí.

—Adios, dijo Coralia levantándose: me fastidian mucho las lamentaciones: esta tarde tendrás aquí los diez mil reales, y me firmarás los pagarés: pero antes de que se gasten, pro-

cura hallar otro adorador tan galante como ese pobre inglés, lo que me parece algo difícil.

La misma tarde, en efecto, Dolores recibió aquella pequeña suma y firmó los dos pagarés.

Eran las cadenas que le ataban á la voluntad despótica de madame de Senanges.

Durante algun tiempo, Dolores vivió lejos de toda clase de relaciones y en la más perfecta tranquilidad: pero la paz de que gozaba iba acompañada de un rápido y extraordinario decaimiento de sus fuerzas: la lucha moral á que estaba sujeta desde hacia largo tiempo, los disgustos que la habian atormentado contínuamente, habian acabado su salud y la natural robustez de su temperamento, antes privilegiado.

Los diez mil reales duraron poco más de dos meses; el primer pagaré se habia satisfecho: para pagar el segundo tuvo que recurrir á la generosidad de un general viejo y rico, que juraba y bebia rom, y que estaba prendado de Dolores.

¿Pero qué importaba aquel doloroso sacrificio? Lágrimas y Luz podrian seguir llevando su cómoda y tranquila existencia.

Dolores iba cada año á tomar las aguas á Francia ó Alemania: las dos niñas, con el aya, no salian nunca de Madrid.

La pobre mujer pasaba algunos meses de su vida rodeada de riquezas y de brillantes, y

otras temporadas cuando cansada y rendida de fatiga por la lucha que sufria su alma con las necesidades materiales, despedia al hombre opulento que la protegia, sostenia su casa vendiendo lo mismo que este le habia dado como premio de su esclavitud.

Tal era la vida de aquella mujer, cuya alma iba adquiriendo una dolencia incurable: hacia poco habia vuelto á contraer otro préstamo con Mme. de Senanges que no habia podido satisfacer, á pesar de los repetidos avisos y aun amenazas de ésta.

CAPITULO IV.

La madre.

Triste, muy triste es descender al abismo, despues de ver el sol, las flores y los verdes árboles de la pradera desde la colinita alfombrada de musgo á cuyo pié serpentea el agua diáfana de un arroyuelo.

Entonces parece más bello lo que se pierde y mucho más horrible lo que se encuentra: aquella oscuridad, aquel frio hielan el alma, y el terror y el hastío embargan los sentidos.

Semejante fué la impresion que sintió Dolores al entrar en su salon y hallarse cara á cara con su antigua amiga, despues de separarse de sus inocentes hijas.

Coralia estaba vestida de un modo deslumbrador.

Un traje de terciopelo azul descubria su garganta redonda y torneada y sus soberbios hombros, blancos ya por sí mismos, y cubiertos además, como su cara, de una magnífica capa de excelente blanquete.

Un collar de perlas finas, del que pendia una

rica cruz de perlas y brillantes, decoraba el escote bastante exagerado de su traje.

Vistosos brazaletes de subido precio adornaban sus brazos; y en sus cabellos lucia un precioso tocado, compuesto de blondas y de una pluma blanca que sostenia una abrazadera de brillantes.

La cortesana habia principiado á engruesar; pero parecia aún, con la ayuda del colorete y de los cosméticos, lo que se llama una mujer encantadora.

Cuando entró Dolores, se hallaba medio echada en un sofá, y tenia á su espalda su capa de raso blanco guarnecida de pieles.

Paseándose por el salon, en cuya chimenea de mármol ardia un abundante fuego, habia un jóven elegante y atildado, que no podia pasar de los veintidos años: su traje negro y corbata blanca decian que iba, como su compañera, ó más bien con ella, á alguna *soirée*.

Alto y rubio, habia en su fisonomía más estupidez que inteligencia: nada decian sus ojos, que ostentaban el claro color de la porcelana, y nada tampoco su boca caida y lacia como una flor marchita y sin brillo.

—¡Qué veo! exclamó Coralia cuando su amiga entró en el salon: ¿aún estas así?

—No salgo esta noche, contestó Dolores estrechando débilmente la mano que le ofrecia Mme. de Senanges.

—¡Como! ¿no te ha traido la modista tu traje? preguntó Coralia.

—Sí, respondió Dolores: está ahí en mi tocador.

—¿No te gusta?

—Es magnífico.

—¿Pues por qué no vienes?

—Hoy estoy mala... fatigada, dijo Dolores: voy á acostarme.

Coralia miró á su amiga por algunos instantes: y luego, tomándole la mano y meciendo la cabeza con una compasion burlona, le dijo:

—Querida mia, te veo casi aruinada, y acabarás de estarlo, si sigues con esas tendencias á la vida monástica... y á propósito, tengo que recordarte una cosa muy dolorosa: á pesar mio... no puedo esperar más que hasta el fin de esta semana para el reembolso de aquella suma..., ya sabes... tengo pagos que hacer.

Dolores inclinó la cabeza abrumada de desaliento.

—Querido Alfredo, prosiguió Coralia volviéndose al jóven, venga Vd. á ayudarme á convencer á Dolores de que debe de venir al baile que da ese opulento y mentecato brasileño: ¡con un traje tan magnífico! además, ¿no es cierto que va el Duque de H...?

—¡Ciertísimo! respondió Alfredo, acercándose y mostrando sus largos dientes, parecidos á piñones: me lo ha dicho esta mañana.

—Me consta que solo va por verte, continuó Coralia en voz baja: vamos, tén valor, ó más bien, toma la vida como es y como antes la tomabas... mañana vendrá á verte, y saldrás de todos tus ahogos.

—No, dijo Dolores: mañana venderé el aderezo grande, y te pagaré.

—¡Vender el soberbio aderezo que te envidian las más altas señoras! exclamó Coralia estupefacta y uniendo las manos: ¿no es el que te regaló el embajador de Rusia?

—El mismo.

—Pero, desgraciada, ¿qué harás á la vejez, si así te vas desposeyendo de todos tus recursos? Y además, ¿crees que te darán lo que vale, lo que costó?

—Ya sé que he de perder algo: pero no importa: te pagaré: satisfaré algunas otras deudas y tendré para vivir en paz dos ó tres meses con mis hijas.

—¡En paz, en paz! ¿estás acaso enamorada?

—¡Pluguiese al cielo! exclamó Dolores elevando sus negros ojos: no: prosiguió: lo que tengo es un cansancio profundo de la vida! ¡lo que tengo es EL ALMA ENFERMA!

—¡Dios mio, qué disparates!

—Señoras, dijo Alfredito: recuerdo que olvidé en casa el segundo par de guantes blancos, para cuando estos se ajen... voy á buscarlos, y volveré al instante: para entonces espero

que nuestra encantadora Dolores se haya decidido.

—Ya que ha tenido el buen gusto de dejarnos, dijo Coralia, permíteme, amiga mia, decirte que lo que haces no tiene sentido comun: ¿no piensas en el porvenir? ¿y tus hijas? Ya que tanto las quieres, reflexiona que, con un buen dote, las casarás tal vez: pero si no lo tienen, ¡imposible! Vamos, Dolores, ya que has aceptado esta vida alegre, sé razonable, y tómala por su lado bello, que lo tiene... deja á las pobres mujeres honradas la soledad y la insípida vida de familia: tú no puedes ser una madre como las demás... debes serlo de un modo en relacion con la suerte que has elegido: lo que en otra mujer seria laudable, en tí sería ruinoso: piensa en que pruebas mejor tu amor de madre siguiendo como hasta aquí, es decir, dedicándote á explotar tontos para educar á tus hijas, que se lo probarias siendo virtuosa y ejemplar.

—¡Es verdad! murmuró Dolores con acento sombrío: yo no tengo ya ni el derecho de ser buena... veo que tienes razon, Coralia, y voy á seguir tus consejos.

—¿Vas á venir al concierto?

—Sí.

—Así me gusta: ya sabes que hay dos ó tres grandes señores que suspiran por tu belleza... quién sabe si llegarás á ser esposa de alguno?

porque no creo que obres siempre del mismo modo que obrastes con Milord Sheridan!

—No quiero casarme, respondió Dolores levantándose para poner fin á una conversacion que evidentemente le incomodaba: voy á vestirme, continuó, y entre tanto puedes entretenerte hojeando esos albums de vistas que he comprado hoy, á no ser que prefieras acompañarme á mi tocador.

—Prefiero eso, respondió Coralia: me aburren los libros.

—¡Dios mio! ¡te compadezco! exclamó Dolores: toda mi vida he gustado con pasion de la lectura y, desde hace algun tiempo, no haria otra cosa que leer: vamos á mi tocador, que es muy tarde.

Media hora despues, las dos amigas entraban de nuevo en el salon, en el que ya se hallaba esperándolas el elegante Alfredo.

El jóven dandy era tan poco afecto á la lectura como su bella protectora, pues no le habia ocurrido ni siquiera tomar un album en la mano, y se paseaba bostezando estúpidamente, y tarareando una cancion de moda.

Dolores estaba deslumbradora de belleza: su traje de crespon rosa con grandes conchas de encaje blanco, decia maravillosamente con sus cabellos negros y su nacarada tez: dos cascadas de rizos descendian por su espalda, bajo una corona de rosas de musgo, mezcladas con

jacintos de perlas; las rosas estaban embellecidas por algunos diamantes, que figuraban gotas de rocío.

Entre las olas de blonda del traje, habia anidados ramitos de menudo follaje, sosteniendo gruesos diamantes.

Algunos hilos de perlas ceñian la esbelta garganta de Dolores: y sus brazos, modelados con la más rara perfeccion por la mano de la naturaleza, ostentaban brazaletes del más exquisito gusto.

—¡Oh, la más encantadora de las divinidades! exclamó Alfredito acercándose á ella, y haciendo monadas: qué ojos resistirán esta noche al brillo de esa hermosura realzada con tanta elegancia y con tan maravilloso buen gusto! cuántos esclavos...

—Es tarde, interrumpió Dolores bastante bruscamente; deje Vd. sus galanterías y sus lisonjas para otra ocasion más oportuna, amigo mio.

—Vamos, dijo Coralia un poco contrariada al ver el despego de Dolores con Alfredo.

—Mi coche nos llevará, dijo la señora de Benavente arreglando el abrigo que su doncella le echaba sobre su blanca y desnuda espalda: ya nos espera.

Volviéndose luego hácia la camarera, le dijo:

—Cuida de tener la bebida muy caliente, y

la cama caldeada. Elvira, creo que vendré mala: que enciendan además bastante fuego en la chimenea del dormitorio.

Las señoras de Benavente y de Senanges iban ya á traspasar el umbral, cuando una voz infantil gritó á su espalda:

—¡Mamá, mamá!

Esta dulce voz hizo palidecer á Dolores como si hubiera recibido un golpe en el corazon: se volvió, y vió á su hija mayor que salia por una puerta situada en un ángulo del salon y que comunicaba con las habitaciones interiores.

—Tú aquí, Lágrimas! exclamó.

—Sí, mamá, respondió la jóven: me dormí apenas acostada: luego me ha despertado un violento dolor de cabeza: vi luz en el salon por los cristales de la ventana de nuestro cuarto: me vestí sin despertar á Luz, y me dije.—Mamá está despierta tambien y levantada: me voy allá, y le haré compañía:—pero ¿á dónde vas así vestida? yo me creí que estarias leyendo, ó bordando.

—No, hija mia, repuso Dolores, iba á salir.

—A salir? á estas horas?

—Sí: á una reunion... á un concierto.... pero ya no voy.

—¡Cómo! exclamó Coralia: qué estás diciendo! ¿ya no vienes?

—No: me quedo con mi hija.

—¿Despues de vestida?

—No importa, me desnudaré.

—Me alegro, observó Lágrimas: sí, mamá, me alegro por dos cosas: la primera porque hace una noche espantosa: llueve mucho, tu llevas un vestido como de verano... ¿y qué, á los bailes se va así?...

—Sí, hija mia... ¿pero cuál es la otra razon por la que te alegras de que me quede?.

—La otra razon es porque tengo que hablar contigo á solas.

—Pues bien, ahora hablaremos: amigos mios, decididamante me quedo.

—¿Decididamente?

—Sí... no iba á gusto á esa funcion, y Lágrimas acaba de quitarme la poca gana que tenia.

—Dolores, exclamó Coralia acercándose al oido de su amiga: tu estás loca.... ¿olvidas á quien podrás ver allí?

—No, dijo la señora de Benavente: lo sé y renuncio á ello.

—Tén en cuenta que á fin de semana necesito la suma que...

—La tendrás: venderé mi aderezo grande.

—¿A ese precio pagas un capricho de tu hija?

—Sí... á ese precio compro una noche de felicidad!

Entretanto que las dos amigas cruzaban estas palabras, Lágrimas, para sustraerse á las miradas de Alfredito, que le incomodaban mu-

cho, se habia ido delante de un espejo, se habia quitado su gorra de batista, y atusaba sus hermosas trenzas negras con la palma de la mano.

—Adios, pues, dijo Coralia: vamos, Alfredo; y sin saludar á la jóven, salió del salon con visibles muestras de enojo, seguida del atildado dandy.

—Jesus! esa señora, por las trazas, debe tener muy mal génio, exclamó Lágrimas: y luego hay en su cara una cosa... así... que da miedo!

—Hija mia, pensemos solo en nosotras, dijo Dolores, en cuyo rostro brillaba la alegría de obtener aquella noche de libertad: voy á ponerme otra vez mi bata y volveré aquí, á tu lado; vé reuniendo en la memoria todo lo que tengas que decirme, pues no tardaré.

Salió, dicho esto, con paso rápido, y Lágrimas se quedó admirada contemplando el magnífico salon de recibo de su madre, en el que apenas habia estado seis veces en su vida.

CAPITULO V.

Confidencias.

Dolores volvió muy pronto.

Tenia puestas la misma bata, de merino blanco, y la misma toquilla con que la vimos entrar en el cuarto de sus hijas.

Mucho más bella estaba así ataviada que con su traje de baile: una alegría inefable destellaban todas sus facciones, y su cara tenia una expresion plácida y tranquila.

—Vamos á ver, señorita, dijo sentándose alegremente al lado de su hija: hable Vd., que ya la escucho: pero hable sin ocultarme nada.

—Pues bien, mamá, dijo Lágrimas: en primer lugar, hé aquí una carta.

Y sacó una del bolsillo de su traje, cuyo nema de lacre, abierto por la mano de la jóven, representaba una corona de Conde.

Dolores la tomó, y echó una mirada á la letra del sobre.

Una palidez mortal cubrió sus facciones, y se quedó contemplando la carta con desencajados ojos.

—Lágrimas, exclamó con voz anhelante dime al momento, pero sin mentir, quién te ha dado esa carta.

—¡Dios mio, mamá! te lo voy á decir, repuso la jóven un poco asustada: ¡me la dió un pobre que me pidió limosna!

—¡Un pobre!

—Sí: hace tres ó cuatro dias salimos á paseo por la tarde, y fuimos al Retiro: yo me separé algun tanto de mi aya y de Luz para coger flores de entre la yerba... y entonces se acercó á mí un pobre viejo y me pidió limosna... mientras que buscaba mi bolsillo, me enseñó la carta, y me dijo en voz baja:

—¡Tómela Vd., señorita... es de su padre! yo alargué la mano, sin saber lo que hacia, y asombrada al ver una carta de mi padre, cuando yo creia que habia muerto ya hacia mucho tiempo: así que la vió en mi mano, el mendigo añadió:

—¡Léala Vd. con el mayor sigilo, y no la enseñe á nadie! ¡á nadie! ¡ni aun á su madre! dicho lo cual y sin tomar la moneda que yo le daba, echó á corrér.

Yo, así que llegué á casa, la leí, y aunque el secreto me pesaba de un modo enorme, nada quise decir á mi aya ni á mi hermana: pero como miss Ofelia me ha dicho mnchas veces que á una madre no se le debe callar nada, me dije: á pesar de lo que el pobre aquel me encargó, se la enseñaré á mamá y despues ella me dirá si

la debo enseñar tambien á miss Ofelia y á Luz.

—¡No! ¡no! hija mia, respondió Dolores, ¡por ahora nada digas á nadie!

Dicho esto, abrió la carta con mano trémula y pasó por ella sus ojos extraviados: la carta decia así:

«Hija mia: sin saberlo tú, he velado por tí, desde hace catorce años: ausente en tierra extranjera, perseguido, expatriado, mi pensamiento te ha seguido siempre, y has sido la estrella á donde volvia mi alma fatigada con la oscuridad y las tinieblas del dolor.

«Yo soy tu padre; tu padre, que ha luchado desde hace mucho tiempo con un destino fatal, y que ahora, que ve aparecer la luz de la esperanza, vuelve á tí... ¿quieres dejar la casa de tu madre, de la que vives separada, por la de tu padre, de la que serás el ángel custodio, la dicha y la alegría? ¡dímelo, y la ley te sacará del lado de tumadre, con la que no puedo ni quiero vivir, porque no es digna de mi amor, ni es digna tampoco de tenerte por hija!»

El papel se cayó de las manos crispadas de Dolores.

Sus ojos se cerraron: su semblante de pálido se volvió lívido; sus lábios temblaron de un modo convulsivo.

—¿Qué te pasa, mamá? ¡yo nada de eso creo! exclamó la pobre niña corriendo hácia su madre y rodeándola con sus brazos: vuelve en tí,

que despues de eso te he de contar otra cosa mejor...

Dolores volvió á abrir los ojos por un esfuerzo sobrenatural, y tomó de nuevo la carta, prosiguiendo así su lectura:

«Poco más tengo que decirte por hoy, hija mia: solo que deseo verte y que lo deseo como el náufrago ansía ganar la orilla que le ofrece salvacion y descanso: dime dónde y cómo podré lograrlo... cuando te haya abrazado, ya no te quedará duda de que tienes un padre que te ama y que solo anhela tu bien: déjame ese supremo goce, por el que suspiro hace tanto tiempo, y por el cual sacrificaria gustoso la mitad de mi vida.

«Adios, hija mia: oculta esta carta, y escríbeme por el correo con este sobre y sin más señas:—«Al Sr. Conde de Elven.»

»Te abraza con toda la efusion de su alma y te bendice tu padre que te ama

Gonzalo.»

Despues de leer esta carta, Dolores quedó abatida, durante algunos instantes, como si hubiera recibido un golpe terrible.

Lágrimas la contemplaba tímidamente, esperando á que hablase, pero en vano; su madre parecia estar embargada por una espantosa agitacion.

—Mamá, se atrevió á decir la niña: ¿qué tienes? ¿por qué no hablas? ¿por qué te has puesto

tan triste? ¡yo no quiero separarme de ti... á tí te conozco y te amo... á mi padre no... y luego renunciar á la compañía de mi hermana, de mi aya y á la de él... jamás!

—¡El! repitió su madre alzando la cabeza: ¡él! ¿quién es él?

—De eso te iba á hablar despues de enseñarte esa carta, mamá; pero como te has quedado tan triste y tan callada...

—Es verdad, hija mia... vamos, olvida que has recibido semejante misiva... tu padre te abandona; solo conmigo puedes ya contar.... además, si te separases de mí, me moriria de pena!

—Y yo tambien: pero ¿quién piensa en eso? no, yo no me iré de aquí... guarda esa carta, y oye otra cosa que tengo que decirte.

Dolores guardó la carta en el bolsillo de su bata, y tomó entre la suyas la mano de su hija procurando serenarse.

—Vamos, dijo, ¿quién es él?

—¿El? es Frantz.

—¡Cómo!

—El hermano de Ida, el hijo de Mme. Warner; ya sabes que llegó hace poco de Roma y que venia á ver á nuestra aya... pues bien, le amo... y él á mí.

—¡Pero un pintor! ¡un artista! Hija mia, es un partido muy pobre.

—¿Y qué importa? ¿acaso es el dinero lo que

da la felicidad? Dice mi aya que la felicidad se halla mejor en una modesta medianía y que el que es bueno es siempre dichoso... ya ves cuán feliz es Modesta con sus dos niños y su marido, y, sin embargo, su marido es solo un abogado.

—Pero de un abogado á un pintor hay una gran diferencia... si Frantz fuese un abogado...

—¿Qué más da? Su padre era pintor tambien; y sin embargo, me enbelesa el oir la descripcion que hace de su vida de familia; los pobres; ¡ah! ¡qué dichosos son los pobres!

—Angel querido, dijo Dolores besando á su hija en la frente: hablas como una niña que eres. Felices los pobres, ¡ah! no sabes que la mitad de la felicidad es la riqueza... pero dejemos esto: meditaré acerca de lo que me has dicho... me informaré de las inclinaciones de ese jóven, al que conocí siendo niño, pero al que desde hace mucho tiempo he perdido de vista.

—Y ya verás como todos te hablan bien de él: solo le hallarás el defecto de no ser rico... pero como yo lo soy...

Dolores se extremeció al oir estas palabras: ¡rica su hija! ¡su pobre hija, mantenida, como su hermana, con el precio de su infamia!

—Mi querida niña, le preguntó con voz alterada, ¿crees tú en efecto ser rica?

—Ciertamente, mamá: aunque nosotras estamos educadas con sencillez, tú tienes carruaje, llevas brillantes, asistes á los grandes bailes:

en casa hay muchos criados... ¿cómo se hace esto sin ser rica? Por eso cuando Frantz me confesó que me amaba, yo le dije que tambien, y que podriamos casarnos: siendo tan buena madre, nos darás algo... lo mismo que á Luz cuando se case.

—Luz es aun una niña, observó la desgraciada Dolores queriendo separar la conversacion de aquel funesto terreno.

—Una niña, eh? pues tambien tiene novio, dijo Lágrimas.

—¿Que tiene novio?

—Y jóven é interesante.

—¿Quién es? ¿cómo se llama? exclamó la madre asustada acerca de la elecion que podia haber hecho su hija predilecta: pues si bien su aversion á Lágrimas se habia ido trocando en cariño, la adoracion que profesaba á la menor sobrepujaba con mucho á este sentimiento.

—Es, dijo Lágrimas bajando la voz, es profesor de música y se llama Federico.

—¿El hermano de Modesta?

—El mismo.

—¿Pero desde cuándo se aman?

—Desde hace tres meses: como él nos da á las dos leccion de música...

—¿Y así se han enamorado?

—Sin duda: mi aya estaba siempre presente, eso sí: ya sabes que jamás nos deja solas; Federico empezó á mirar á Luz y ella á él... luego ella empezó á ponerse triste... pero ya se le ha

pasado la tristeza, y solo sueña con la hora de la leccion: mi aya nos lleva á casa de Modesta como nos ha llevado siempre, por que á ella vamos con tu beneplácito: se está alli tan bien! yo no sé por qué no vienes tú: como dice la madre de Federico, allí nos reunimos una colonia de personas dichosas: Mme. Warner, Ida... y Frantz tambien iba cuando se hallaba aquí: Modesta, su marido y sus dos hijos. Cesarina y Federico con sus ancianos padres: y algunas veces una señora muy elegante, amiga y prima de Modesta, ó de su marido...

—¿Una señora muy bella?

—¡Sí por cierto! que se llama Berta... esta me abrazaba siempre y me colmaba de caricias: un dia dijo:

—No se parece á cuando era pequeñita, é iba yo á verla á casa de su nodriza.—Mamá, yo no sé por qué no has querido tú ir nunca á esa sociedad, que es la nuestra, y donde tan dichosas y tan queridas somos Luz y yo!

—Tienes razon, hija mia! repuso tristemente Dolores: debia yo no haberme apartado nunca de esas gentes, que os aman, y hubiera sido mucho mas dichosa!

—A tí no te conocen, no es verdad, mamá? nunca te nombran! lo mismo es para ellos que si no existieras y fuéramos nosotras huérfanas y ahijadas de miss Ofelia; esto nos pone muy tristes á mi hermana y á mí! es tan doloroso te-

ner madre á medias... á no ser porque tú vives entre otras gentes, ya hubieras visto de qué modo tan sencillo empezaron á quererse Federico y Luz.

—Cuéntamelo.

—Pues bien... nos conocemos, como tu sabes, de niños... es decir, él ya era grande cuando llegamos aquí, y, segun cuenta, jugaba con nosotras como con dos hermanitas... luego ya la queria á ella de otro modo: no la abrazaba, y al ir á hablarla se ponia colorado: así pasamos lo ménos tres años: cuando aquella enfermedad que tuvo, ya sabes...

—Sí, aquella fiebre intermitente.

—Justo: entonces, todas las mañanas, al abrir el portero la puerta de la calle, ya veia allí al pobre Federico, que estaba aguardando para preguntar por Luz: cuando encargaste á miss Ofelia que buscase un maestro de piano sobresaliente y de buena conducta para nosotras, ella dijo:

—Ninguno mejor que Federico.

En efecto, Luz y yo adelantamos con él tanto en un año, que tú misma te admiraste.

—Ciertamente: me sorprendieron vuestros adelantos.

—¡Ya lo creo! como que Federico no enseña como un maestro qualquiera! es tan ¡bueno! tan cariñoso! enseña con un tino y una delicadeza!....

—Esa es, á lo ménos, la opinion de Luz? preguntó sonriendo Dolores.

—Y la de todos: no puede nadie imaginarse un jóven mas distinguido y de mejores maneras.

—Pero acaso has visto tú muchos jóvenes, mi pobre Lágrimas? ¿con quién le puedes comparar?

—¿Y para qué conocer otros, mamá, si Frantz y Federico nos parecen tan amables?

—Es verdad, murmuró Dolores con amargura y hablando consigo misma: ¿para qué han de conocer más? Cada uno les haría perder una ilusion, y moririan, como yo, dudando que exista el amor!

—¿Qué dices, mamá?

—Digo que prosigas tu relacion.

—Pues bien: casi puede decirse que se confesaron su mútuo amor por medio de la música.

—¿De la música?

—Sí: cuando cantaban la palabra *amor* se miraban, y Luz creo que se ponia muy colorada: el corazon le palpitaba de un modo... en fin, Federico le escribió una carta diciéndole mil cosas bellas y cariñosas, hará como unos tres meses: Luz le contestó, y desde entonces se han escrito bastantes veces... tambien yo escribo á Frantz, aunque le he tratado ménos.

—¿Ya estás en esas alturas?

—Lo mismo que ella!

—Y vuestra aya ¿en qué piensa que nada me ha dicho como era su deber?

—¡Ay, mamá, no la riñas! si la pobre no sospecha nada; como que jamás ha tenido novio...

—Tú qué sabes?

—Ella lo ha dicho: preguntándole yo un dia que si habia amado á algun jóven, me dijo que jamás: ahora creo que ha sospechado algo, porque hace dos dias me sorprendió escribiendo una carta, y ya verás como mañana te lo viene á contar: he oido que te pedia una entrevista.

—En efecto.

—Por eso me he adelantado yo: y bien, mamá, ¿qué dices? ¿te han enfadado mis confidencias?

—¿Enfadarme? no por cierto, hija mia; al contrario: ellas me prueban que tienes confianza en mí, lo que es un consuelo para tu madre.

—¿Un consuelo? ¿acaso eres desgraciada?

—Sí, hija mia, y algun dia sabrás hasta qué extremo: pero basta ya: es preciso que te vayas á recoger: á tu edad, es el sueño muy precioso.. yo pensaré en todo lo que me has dicho, y en tanto que esto sucede, piensa tú en que solo deseo tu felicidad.

—Y la de Luz ¿es verdad?

—¿Puede ella dudarlo? Más ahora que recuerdo: ¿por qué no me ha dicho nada de sus amores con ese jóven? ¿acaso me teme?

—¡Oh, no! pero dice que da rubor confiar esas cosas.

—¡Pero á su madre!

—Si yo sé algo, es porque lo adiviné y no me lo pudo negar!.. es tan reservada... y tan tímida, mamá!.. yo, si quisieras separarme de Frant, me quejaria y tal vez me moriria... pero ella se contentaria con llorar en silencio.

—¡Es verdad! murmuró Dolores en voz baja: ¡se moriria! su naturaleza, débil y sensible hasta el extremo, no podria soportar ninguna contrariedad... no seré yo quien se la haga sufrir.

Estas palabras no llegaron á los oidos de Lágrimas, que se habia levantado para despedirse de su madre: esta abrazó á la jóven, la acompañó hasta la puerta del salon y volvió á la chimenea dejándose caer en un sillon al lado del fuego.

—Sí, dijo, debo dejar esta vida maldita, porque si no, ese hombre, que es como la sombra negra de mi destino, me va á quitar á Lágrimas... ¿y quién dudará que puede hacerlo? ¿no es la vida que llevo la de una cortesana? ¿el precio de la educacion, que doy á su hija , no es el de mi infamia? ¡Oh, Dios! tú me castigas cruelmente, no por mi falta primera, sino por las muchas que le han seguido! ¡no hay tanta culpa en caer, como la hay en no saber, ó no querer levantarse! ¡yo seré desdichada hasta que abrace la cruz del arrepentimiento! pero, Dios mio, si me retiro de esta vida de infamia y de baldon, ¿cómo mantendré á mis hijas? ¿de

qué podremos vivir las tres? de nuestro trabajo... ¡pero si yo no sé hacer nada... ni ellas tampoco! ¡ah, pobres hijas mias!

Dolores, al llegar á esta parte de su monólogo, dobló la cabeza y se deshizo en llanto.

Luego aquel llanto se estancó poco á poco, y sus amargas reflexiones parecieron embargarla más y más.

La luz del alba, penetrando por los cristales, halló á la pobre mujer con la cabeza doblada sobre el pecho, el rostro pálido y la mirada fija.

—Sí, dijo levantándose y saliendo de su doloroso estupor con los primeros ruidos de la casa: es preciso que case á mis dos hijas con esos dos jóvenes honrados que las harán dichosas: si sus familias oponen alguna repugnancia á su alianza conmigo, haré el último sacrificio: huiré de ellas, para llevar á pais extranjero mi vergüenza y mi desgracia: ahora valor, y vamos á escribir al Conde.

CAPITULO VI.

El retrato.

Una hora despues, cerraba Dolores la carta siguiente:

«Mi hija me ha entregado, Sr. Conde, la carta que Vd. ha hecho llegar á sus manos con tanto sigilo: no debe Vd. extrañarlo: la pobre niña no le conoce á Vd., al paso que yo no me he separado nunca de ella.

«Quizá por esta misma razon me ha encargado mucho le diga á Vd. que rehusa separarse de mi lado como no sea para casarse con el hombre á quien ama: para dar á Vd. los informes que indudablemente deseará tener, le diré que es un pobre artista, un pintor, hijo y amparo de una viuda, que tiene tambien otra hija, y á cuya familia conocí en París cuando llegó Lágrimas á mi lado.

»Lágrimas prefiere una madre que conoce, y un hombre que ama, á un padre á quien no ama ni conoce.

«Soy de Vd. con toda consideracion, señor Conde, S. S.

Dolores Herrera, viuda de Benavente.»

Esta carta fué llevada al instante á casa de Berta, para que esta la entregase en manos del Conde de Elven, viudo de su hermana, y con el que la unian las mejores relaciones.

Dolores, apenas remitida, se puso un traje negro, cubrió su cabeza con una mantilla, y salió á pié para ir á casa de Mme. Warner.

Vivia esta bastante lejos: aqüella mujer cubierta de luto, de aspecto doliente, pero cuya belleza brillaba á través del negro velo que la cubria como una estrella entre nubes, llamó la atencion de algunos transuentes, que la conocian y admiraban el carácter especial de aquella hermosura, que no podia equivocarse con ninguna otra.

Dolores era una de esas mujeres á la moda en el mundo del desórden, cuya boga duraba más que la de Coralia porque se habia prodigado mucho ménos: dotada la señora de Benavente de una distincion natural y de un exquisito buen gusto, aparecia pocas veces en el mundo, y estas con cierto decoro, aun en medio del fango en que vivia.

Mas de una persona volvió, pues, la cabeza para mirarla, al verla envuelta en luto y arrastrando un largo traje de seda negro, como si hubiera querido personificar la imágen de la soledad y del dolor.

Pero ella no se cuidaba del efecto que producia, y seguia su camino lenta y tristemente.

Llegó por fin á la casa que buscaba, y subió hasta el piso segundo.

Por una singular coincidencia, Mme. Warner, atendiendo á ideas de economía habia ido á habitar en el mismo barrio en que ella habia vivido cuando niña; su casa se hallaba situada al extremo de la calle Ancha.

Una criada abrió la puerta, y Dolores pronunció, con voz trémula, el nombre de madame Warner.

—Pase Vd. á la sala, señora, respondió la criada; voy á llamar á mi ama, y vendrá al instante.

Dolores se alegró de esta tardanza. Desde París, no habia vuelto á ver á la alemana: aquella mujer, cuya virtud era una formidable acusacion para su azarosa vida, le causaba un respeto medroso, y le imponia de un modo indecible.

Paseó su mirada por aquella modesta habitacion, donde todo respiraba el amor al órden y la más extrema pureza de costumbres, y la comparó amargamente con la opulencia que decoraba su casa, y que se le iba haciendo insoportable.

La sillería, que debia ser de buena tapicería, estaba cubierta cuidadosamente con una tela de Persia de flores muy vivas: una mesa de caoba ocupaba el testero principal: al frente habia un sofá bastante grande y compañero de las sillas.

Un espejo, cuadrado y pequeño, pendia sobre la mesa, sostenido con cordones de seda: un reloj y dos candeleros se ostentaban debajo del espejo.

Por último, cortinas blancas caian delante del único balcon, semicubiertas con otras de tela de lana floreada como las cubiertas de la sillería.

La riqueza de aquella modesta habitacion consistia en los cuadros que la decoraban.

Eran muchos y de gran mérito artístico, y todos llevaban la misma firma que los que adornaban la habitacion de las hijas de Dolores: esta firma decia: *Frantz Warner*.

Sobre el sofá habia tres magníficos retratos.

El del centro era el de Mme. Warner. Dolores reconoció la pura y sentimental belleza de Margarita, que los años no habian podido alterar, y que solo habia adquirido un carácter de mayor dulzura y de más completa tranquilidad.

A la derecha de éste, estaba el retrato de otra jóven rubia, pensativa é ideal: era el de Ida, y Dolores la reconoció tambien al instante.

El de la izquierda era el de un hombre muy jóven y dotado de una belleza tan expresiva, tan magnífica, que Dolores no pudo contener un grito de asombro.

Aparentaba aquel jóven de veinticuatro á veinticinco años, y el carácter de su belleza

era de esos que, una vez vistos en imágen ó en realidad, jamás pueden olvidarse.

Tez morena, ligeramente tostada por el sol de Italia: ojos azules, con el tinte sombrío de la pizarra: cabellos negros, magníficos, lustrosos, espesos, que se rizaban sobre la frente y sienes en grandes bucles naturales: boca delicada y triste, adornada por un fino bigote negro, y nariz griega: tal era en detalle aquel rostro, á un tiempo mismo varonil y encantador.

El conjunto causaba á la vista un efecto difícil, por no decir imposible de explicar.

Dolores, ante aquella pintura, sintió que sus piernas flaqueaban y se negaban á sostenerla: dos ó tres sonidos inarticulados se escaparon de su pecho: en sus mejillas se sucedian la palidez mas densa y el más arrebatado carmin.

Su corazon, helado é inmóvil desde hacia tanto tiempo, como un pájaro herido, se inundó de vida y de calor, y empezó á latir presuroso: miraba aquella noble frente de artista, de la que parecian salir rayos de luz, y creia que empezaba á vivir y que el sentimiento de lo bello se elevaba en su alma, dònde habia estado dormido toda su vida.

Dolores, extremecida, fascinada, palpitante, sentia que las negras nubes que habian envuelto hasta entonces su material y ruin existencia, huian presurosas: sentia el amor ideal, el amor noble, el amor puro cuya fuente está en el alma.

Aquella mujer, que tanto tiempo habia vivido agobiada bajo la mano férrea de la desgracia, bajo la garra acerada del vicio; aquella cortesana marchita, doliente, cuya alma enferma dormitaba ó gemia en el lóbrego calabozo de la materia: aquella pobre mujer, que no rezaba ni sentia, levantó al cielo azul, que se veia á través del balcon, una mirada ardiente y entusiasta, y gritó con voz sonora y fuerte:

—¡Gracias, Dios mio! ¡yo existo!

Luego, con las mejillas cubiertas con el sonrosado del entusiasmo, con los ojos brillantes y animados, llenos de dulces lágrimas, volvió enfrente del retrato, y se puso á contemplarle como si fuera el de una persona amada con pasion.

Entonces empezó con él un diálogo que no se exhalaba en voces: que no subia hasta sus labios; pero que sostenia su corazon.

—¿Dónde has estado? le decia: ¿dónde has estado que no te he visto, que nunca has pasado de los límites de mis sueños? Yo que he corrido ese vasto erial que llaman mundo; yo que he visto á mis piés tantos hombres, ¿cómo no he llegado á verte, desconocido mortal, y cómo la fama no ha traido hasta mí tu nombre, tu nombre que debe ser glorioso, esclarecido, tu nombre que está sin duda circundado de gloria?

Este soliloquio fué interrumpido por el ruido de unos pasos cercanos, y que, á juzgar por su ligereza, debian ser de mujer.

Un instante despues, apareció en la sala la persona cuyos pasos se oian.

Era Margarita Warner.

Dolores se levantó, cortada y confusa, lo mismo que si la hubieran sorprendido en una cita amorosa: lo mismo que si hubiera tenido solo quince años.

¡Tenia ménos aún! empezaba á vivir, porque sentia la primera emocion de amor!

Margarita era la misma mujer bella y apacible, tranquila de alma y semblante: vestia muy sencillamente; una gorra blanca, y de tul liso, parecida á una toca alemana, dejaba escapar algunos rizos de un hermoso color dorado.

Sus ojos azules eran brillantes, dulces, límpidos como el cielo: su cara, ovalada, tenia el matiz de las hojas de un azucena: su dentadura era blanca y perfecta.

Aquella mujer angelical tenia alguna semejanza con los dos retratos jóvenes que se elevaban encima del sofá: el de la bella niña parecia haber copiado su dulzura y su hermosa cabellera rubia: el del jóven la nobleza de su frente grave y serena.

Dolores era mucho más jóven que Margarita: apenas contaba treinta y tres años, y aquella había cumplido cuarenta y cuatro, y sin embargo, es tan cierto que una vida pura conserva la juventud y las gracias, que, á pesar de la extraordinaria belleza de Dolores, se advertia

en ella un sello de tristeza, de angustia y de sufrimiento, que alejaba toda idea de frescura y de juventud.

Margarita la reconoció al instante, y su primer movimiento fué retroceder dos pasos: pero luego, dominando su generosidad natural, la saludó efectuosamente, aunque sin tenderle la mano.

Dolores se sintió humillada, herida: no se habia escapado á su penetracion aquel primer movimiento repulsivo: lo esperaba, y, sin embargo, le hizo un daño horrible.

—Señora, dijo Dolores: veo que se acuerda usted de mí, y que sabe á quién hace hoy el honor de recibir en su casa.

—¿Y cómo pudiera olvidar á la mujer cuyo corazon noble y generoso me socorrió cuando yo sufria la proximidad de una miseria angustiosa? dijo Margarita: esas cosas, señora, no se olvidan jamás, y al ménos yo tengo la dicha de recordarlas siempre.

—Lo creo, repuso Dolores: creo que se acordará siempre del bien, y olvidará el mal; eso es propio de las almas generosas, y por eso vengo á hablarle confiadamente de un asunto que me interesa más que la vida, y en el que le suplico me diga la verdad, toda la verdad, señora.

CAPITULO VII.

Las dos madres.

Dolores, despues de pronunciar estas palabras con la vehemencia que era natural en ella, esperó la respuesta de Mme. Warner.

—Siempre he dicho la verdad, señora, repuso Margarita: ¿por qué, pues, no la habia de decir ahora? estoy pronta á contestar á todas las preguntas de Vd. con la más completa franqueza.

—Pues bien: mi hija mayor ama á su hijo de usted, segun me han dicho... ¿es eso cierto?

—Creo que sí, señora.

—¿Y él?

—El la corresponde del mismo modo: si usted repara bien esos cuadros pintados por la mano de Frantz, verá en todos ellos una figura que se parece á Lágrimas: la ama desde que vió un retrato suyo, hechó cuando apenas contaba Lágrimas doce años: lo tenia mi hermana, y se lo enseñó: desde entonces está Frantz enamorado de su hija de Vd.

—Y este amor ha crecido oculto, ¿no es verdad? ¿y no se ha contado con que pudiera desagradarme?

—Señora, respondió Margarita irguiéndose con altivez: mi hijo solo ha temido desagradar á una persona, y esa no es Vd.

—¿Pues quién es?

—Yo: á mí temia, y teme aún desagradar Frantz con la confesion de ese amor: en cuanto á Vd., creia que podria llamarse dichosa al darle su hija.

—¡Pues se ha equivocado Vd., señora! repuso Dolores impetuosamente, y ha olvidado que es el sobrino de la institutriz de mi hija.

—Es un hombre honrado, señora: y es además un hombre de génio: tiene, pues, dos aristocracias; la de la virtud y la del talento.

—Está bien, dijo la señora de Benavente reprimiéndose: tal vez pudiera arreglarse esta boda, si mi hija se empeñase en ello... Lágrimas tiene disculpa sin duda, si despues de haberle visto se ha enamorado de él... ¿no representa ese admirable retrato á Frantz?

Dolores hizo esta pregunta con la voz vacilante, y señalando al retrato colgado sobre el sofá.

—Ese es mi hijo: repuso Margarita.

—Ha conservado su hermosura de niño, observó Dolores fijando en la pintura una mirada ardiente, como si fuera la primera vez que la contemplaba: luego añadió con volubilidad para disimular sus impresiones:

—Aun voy á molestar á Vd. con otra pre-

gunta, señora, rogándole que me dispense si la fatigo tanto.

—Estoy pronta á responder á Vd.

—Mi hija menor ama á su vez y es amada de un jóven á quien conocí siendo niña: fuí vecina y amiga de su hermana Modesta: usted, señora, que es amiga, como mis hijas, de esas personas felices, ¿puede decirme la opinion de la familia de ese jóven, de sus padres, por ejemplo, acerca de ese amor?

—Los padres de Federico, señora, quieren tiernamente á Luz: eso me consta: su hija mayor Modesta la ama tambien, y lo mismo los parientes de su marido, que la conocen desde que Vd. la trajo de Francia pequeñita.

—¿Luego accederian al enlace de Federico con mi hija?

—Sí: pero con una condicion.

—¿Usted la sabe?

—Sí, señora.

—¿Puedo yo saberla tambien?

—No me han encargado el secreto: la condicion es que Vd. deje... se retire de la vida que lleva.

Margarita vaciló al pronunciar estas palabras: temia, de una parte, que no las hubiera comprendido Dolores: y temia tambien que las comprendiese con demasiada claridad.

Esto último fué lo que sucedió, pues un subido carmin vistió las pálidas facciones de la

pobre extraviada: pero su bello y melancólico semblante no demostró enojo ni ira: pronto aquella nube de vergüenza abrió su seno, dejando escapar el llanto del dolor y de la humillacion.

—Margarita, dijo tomando la mano de la madre del pintor; Vd. ha sido mi amiga: sabe de qué modo fuí arrastrada á la pendiente fatal de la culpa y de la infamia: sabe la desgracia que me sumergió en la viudez, cuando, por efecto de los desórdenes del hombre que fué mi marido, estaba ya envuelta en la pobreza; pues bien: ¿qué debí hacer entonces? ¿qué debo hacer ahora?

—Entonces, pobre mujer, contestó madame Warner, entonces resistir para no caer: huir de la infernal amiga que queria hacer de Vd. una infeliz como ella! Vd. habia cometido una primera falta, es verdad: ¿pero acaso el que cerca de un precipicio da un paso en falso, no procura asirse á las débiles ramas del camino para no hundirse en él? Porque se falte una vez á las leyes sagradas y austeras de la virtud, ¿hay que precipitarse en los abismos del vicio? Eso seria horrible, y desde luego es, si sucede, muy digno de censura.

—¡Ah, Margarita! ¡habla Vd. como la mujer fuerte que nunca ha caido ni ha faltado!

—¡Pero si hubiera caido, pobre Dolores, hubiera hecho todo lo posible para levantarme! y

eso es lo que Vd. debe hacer. Dios lo ha dicho: para el bien nunca es tarde.

—Pero, exclamó Dolores: ¿cómo subsistiriamos mis hijas y yo? ¡esta vida me agobia... me mata, Margarita! ¡esta vida es y ha sido siempre para mí un suplicio horrible! ¡oh! ¿hay algo comparable á estar incesantemente fingiendo amor con el corazon helado? ¡no sé si es mayor desgracia el estar rodeada de todos los refinamientos del lujo ó el carecer de todo en semejante situacion! ¡Margarita, déjeme Vd. que le trace, siquiera sea brevemente, el cuadro de mis desdichas, para que no me desprecie tan profundamente como lo haria de otro modo, para que me compadezca y vea que la desgracia ha tenido no poca parte en mi perdicion!

—Sí, dijo Margarita: ábrame Vd. su corazon, pobre mujer, y no tema confiarme todas sus desgracias.

—¡Oh, han sido tan grandes! murmuró la jóven: yo amaba... amaba con ese amor primero de la mujer, que si bien es flor de primavera, se convierte en árbol de ricos frutos si no le troncha la tempestad: el huracan se llevó las flores de mi amor, y le perdí: el hombre á quien amaba me dejó, se olvidó de mí y se casó con otra mujer á la que amaba, y la que jamás le amó!

El dolor de mi falta mató á mis honrados padres, y fuí castigada con la maternidad, cuando quedaba huérfana y sola en el mundo:

sentí que aborrecia á aquella niña, fruto de mi falta, y la alejé de mí... Recogida yo por caridad en la casa de una noble jóven, se presentó un hombre diciendo que queria casarse conmigo: yo no le amaba, pero acepté por salir de aquel estado de dependencia en que me hallaba: fuí madre de nuevo y me reconcilié con la suerte, sintiendo renacer en mi alma el amor hácia mi primera hija.

Mi marido amó tambien á la misma mujer que me habia robado á mi amante: era suerte mia el hallarla siempre en mi camino.., no la acuso... ha muerto ya, y, segun he podido comprender, la ha llevado á la tumba el pesar y el remordimiento de sus ligerezas.

Madre de dos hijas, viuda y sin recursos, hube de atender á sus necesidades: mi primer cuidado, mi mayor afan fué tenerlas separadas de mí: que no viesen la degradacion de su madre... hacerlas mujeres honradas, para que fuesen lo que yo nunca habia sido: ya sé que para esto era el medio mejor el haber imitado el ejemplo de Vd., Margarita: que debia haberme resignado á trabajar en la oscuridad de mi casa para mis dos niñas, como Vd. trabajaba para sus dos hijos... pero no tuve tanto valor: mi alma no era tan fuerte, y además era muy jóven y estaba rebosando de amargura, herida en el corazon, enferma de una manera incurable! tomé, pues, el partido más odioso, pero el

único que entreví para vivir con mis dos pobres hijas, víctimas inocentes de mis extravíos: pues bien, amiga mia, buena y noble Margarita, hoy daria todo lo que me queda que vivir, por haber hecho lo que Vd. hizo.

—Aun es tiempo, dijo Mme. Warner, enjugando algunas lágrimas que se desprendian de sus ojos: aun es tiempo, pobre madre. Felizmente sus dos hijas ignoran esos terribles misterios de su vida, ¿no es verdad?

—¡Oh, sí! esos terribles misterios, como Vd. los llama, jamás han llegado hasta ellas... no: los he guardado para mí, y ellos han desgarrado mi corazon ¡oh, si supiera Vd. qué crueles alternativas han sido las de mi vida! hoy, mantenida por un hombre espléndido y rico que me daba carruajes y joyas, pero al que yo no podia amar: mañana, alucinada por una sensacion pasajera creyendo amar yo misma á un pobre jóven al que tenia que mantener: otras veces ligada á un hombre de escasa fortuna, y obligada, para serle fiel, á contraer deudas: y enmedio de todo esto conservando el gusto por las artes, desarrollándose la inteligencia con el trato del mundo, obligada á tener buenos y elegantes modales, á emplear palabras cultas y sonrisas amables y seductoras, cuando tenia desgarrado el corazon, y el hastío me devoraba! ¿qué valen los sufrimientos, las privaciones de la esposa casta, de la madre honrada de fami-

lia, comparados con esta tortura moral, con esta soledad del corazon, con esta enfermedad del alma? ¿qué vale el trabajo contínuo, el cumplimiento de los más árduos deberes, comparado con este desprecio de sí misma, con esta profunda abyeccion, que todo lo vuelve negro en derredor nuestro!

—¡Oh, pobre mujer! exclamó Mme. Warner, que lloraba: ¡cuánto ha debido sufrir!

—¡Tanto, que la sola idea de aquellos dolores me extremece! Sí, he sido algunas veces bastante sorberbia para creerme con derecho á consideraciones, y hundida en el fango, todavía queria levantar la frente... perdon Margarita... ahora mismo, al hablarme Vd. con el severo lenguaje de la justicia y de la razon, me irrité como de un insulto... perdon, y oiga Vd. mi último ruego: consiga Vd. que Luz se case con el hermano de Modesta, de la que fué mi amiga.

—Señora, respondió Margarita con gravedad: me veo obligada á repetir lo que antes le he dicho: solo cuando Vd. deje esa vida de locura y de desórden que lleva, irá el anciano padre de Federico, el honrado artista, á pedirle la mano de Luz para su hijo: en esto no hay esperanza de que cedan.

—Pero yo no puedo por ahora dejar la casa en que habito; no puedo hacer mi retirada del mundo asi, de improviso... tengo deudas y no tengo medios...

—Dios los da siempre que se desea volver al camino de la virtud: su mano providente no nos desampara jamás: Vd., huérfana, desvalida, olvidada de todos, y sola como en un desierto enmedio de tantos como le compran su amor, pobre enmedio de la opulencia, triste enmedio del fausto y de los placeres; Vd. se halla así, porque se ha separado de él... porque no le llama, porque no reza... mi pobre amiga! Uno de los mayores beneficios de nuestro sexo es la oracion: es el medio de llamar á Dios, que responde siempre á quien le invoca.

Dolores quedó pensativa durante algunos instantes: de su semblante habian ido desapareciendo las negras sombras que le envolvian, conforme escuchaba aquel lenguaje de paz y de consuelo.

—Sí, dijo, veo que tiene Vd. razon: la oracion es la fuente inagotable de la esperanza... ¡qué dichosa era y ocuando rezaba! Sí, quiero volver al buen camino... al trabajo, á la paz... pagaré mis deudas con el producto de mi trabajo; me iré á vivir modestamente con mi hija á una casita pequeña... trabajaremos las dos... porque Luz se casará con Federico, ¿no es verdad?

—Sí, amiga mia: tan pronto como Vd. varíe de modo de vivir.

—Sí, eso es... sola yo con Lágrimas, nada nos faltará... Adios Margarita, adios...

Dolores se lanzó fuera de la estancia.

—Persevere Vd. en ese buen propósito, dijo Mme. Warner, saliendo tras ella; entonces todos serenos dichosos... porque Frantz, que va á llegar de Italia, podrá casarse con Lágrimas.

—¡Ah! va á llegar Frantz? preguntó Dolores deteniéndose cuando ya empezaba á bajar la escalera.

—Sí, va á llegar, para no separarse ya más de mi lado ni del de su hermana.

Dolores no respondió nada; acabó de bajar la escalera, y se halló en la calle trémula y pensativa.

CAPITULO VIII.

El padre y la hija.

Algunos dias despues, una venta pública tenia lugar en casa de Dolores de Benavente, una de las mujeres mas bellas y mas célebres de Madrid.

Se sacaban á pública subasta los caballos, los carruajes, el soberbio mobiliario, los suntuosos trajes y las ricas joyas.

Se vendia todo para pago de acredores, y por disposicion judicial alcanzada por la implacable Coralia de Senanges, antes su mejor amiga, y ahora su más despiadada acreedora.

Dolores, retirada en uno do los aposentos más lejanos del salon principal, donde tenia lugar la venta, oia con extremecimientos de ira la voz del tasador y las de los compradores.

La justicia no le habia dado lugar á retirarse de aquella vida de perdicion: Coralia, que no la perdia de vista, y á la que adeudaba una cantidad muy crecida, supo que trataba de enagenar lo que poséia, y creyó sacar mejor partido con aquella venta pública.

En tanto que Dolores, sombría y solitaria, se entregaba á la desesperacion, un caballero bajó de su carruaje, subió la escalera, y penetró en el peristilo, donde penetraba todo el mundo.

Su aspecto era noble y elegante: los criados le creyeron algun comprador, y le dejaron pasar.

—Yo no vengo á comprar, buen amigo, dijo á uno de los servidores: vengo á ver á la señorita Lágrimas, para la cual traigo un encargo de una de sus amigas.

—Eso es diferente, caballero, dijo el criado, que era uno de los pocos que habian quedado: tome Vd. ese corredor de la izquierda: siga por él y se hallará en las habitaciones ocupadas por las señoritas y por su aya.

El caballero dió gracias, y siguió la direccion indicada: halló una puerta entreabierta, que empujó, y penetró en el saloncito de labor de las dos jóvenes.

Estas se hallaban aturdidas por el bullicio que reinaba en la casa, y que aun no sabian de qué procedia: su actitud era la del terror: la del aya, la de un asombro que rayaba en idiotismo.

—¿La señorita Lágrimas? preguntó el recien llegado inclinándose.

—Yo soy, caballero, respondió la jóven levantándose.

—¿Me concederá Vd., señorita, media hora de conversacion? continuó el desconocido.

Lágrimas miró á su aya, confusa é indecisa.

—Comprendo esa mirada, dijo éste, que parecia poseido de una conmocion profunda: lo que tengo que decirle bien puede ser en presencia de miss Ofelia.

—¿Cómo, caballero? ¿Vd. me conoce? exclamó asombrada la inglesa.

—Tengo ese honor desde hace algun tiempo, mi apreciable miss, respondió el desconocido: dentro de pocos instantes, espero poder decir á Vd. mi nombre, y creo que no se admirará.

—Ya lo esperamos, caballero, dijo Lágrimas: lo esperamos con impaciencia, así mi aya como yo.

—Pues bien, señorita: el secreto que debo revelarle es de tal naturaleza que no puede oirle su hermana de Vd., y es forzoso que tenga la bondad de retirarse por algunos instantes.

—Vamos, hija mia, dijo miss Ofelia á Luz: venga Vd. aquí, al tocador, y al instante iré yo á buscarla.

La pobre Luz, atónita, se dejó llevar, sin objetar una palabra.

Miss Ofelia, así que la dejó, volvió al saloncito.

—Mi querida niña, dijo el desconocido tomando la mano de Lágrimas y mirándola con ternura y con una emocion que en vano trataba de reprimir: hace como un mes que recibió Vd. una carta?

—Sí, señor, respondió la jóven recapacitando un poco.

—¿De la mano de un mendigo?

—En efecto... añadió la jóven, que empezó á temblar, presa tambien de una agitacion violenta.

—¡Una carta! repitió el aya.

—Sí... una carta de su padre, dijo el desconocido: se le aconsejaba en ella el más profundo secreto... ahora bien, mi querida niña... ¿no le dice á Vd. nada su corazon... al verme llorar?... ¿no adivinas nada, mi querida Lágrimas?

—¡Padre! exclamó la jóven cediendo á un impulso irresistible y arrojándose en los brazos del Conde.

Este la estrechó en ellos, y durante algun tiempo, reinó un silencio interrumpido tan solo por los sollozos de la jóven.

—Sí, soy tu padre! dijo el Conde: tu padre que en vano ha intentado todos los medios posibles para verte y oirte... tu padre, que ha espiado todas tus salidas, sin atreverse jamás á llegar hasta tí, por el temor de asustarte y de provocar un escándalo... ¡cuanto he sufrido, hija mia, y cuánto he ansiado este instante que al fin me ha proporcionado el cielo! Sí, la confusion que hoy reina en esta casa me ha dado lo que en vano buscaba hace tanto tiempo... una ocasion favorable para verte!...

—Mi querida aya, dijo Lágrimas volviéndose con dignidad hácia miss Ofelia: pido á Vd. el favor de que me deje sola algunos instantes con mi padre: pronto la llamaré.

Miss Ofelia echó una mirada recelosa sobre el que se decia padre de su educanda: pero sin duda la convencieron la nobleza de su aspecto y aquellos cabellos que ya empezaban á blanquear, además de esa luz que se desprende siempre de la verdad, y salió.

—Hija mia, dijo el Conde así que desapareció la inglesa: es preciso aprovechar los instantes, y que te vengas conmigo... sí.., es preciso que huyas del lado de tu madre y que te pongas bajo mi amparo... perdona que no dé á tu inocencia ámplias explicaciones, y que solo te diga muy pocas palabras... no puedes seguir viviendo al lado de tu madre, sin menoscabo de tu honor.

—¡Dios mio! ¡qué escucho! exclamó la jóven: ¡señor, yo no puedo abandonar á mi madre!... todo lo haré ménos eso... ella es, para mi hermana y para mí, buena y generosa; nos ha colmado de cariño y de cuidados... ¡no, no puedo abandonar á mi madre!

—¡Pobre niña! ¡cómo haré yo para convencerte, sin apartar de tus ojos el blanco velo que te oculta tanto cieno! murmuró el Conde: una sola pregunta, continuó como herido de una idea repentina: ¿sabes el suceso que hoy tiene

lugar en esta casa, y que siembra en ella la confusion y el desórden?

—Sí... contestó Lágrimas: una venta de los muebles para pago de acreedores.

—¿Y eso qué te dice?

—Que mi pobre madre tiene deudas.

—¡No hija mia! ¡que vive entregada al más culpable desórden! ¡que ha sostenido vergonzosamente una opulencia que no podia pagar!...

—Padre mio, repuso Lágrimas, ¡no quiero saber las faltas de mi madre... más quiero creerla buena que culpable... yo te suplico que nada más me digas!

—¡Oh, fatal ceguedad! exclamó el Conde: yo te respeto demasiado, hija mia, amo demasiado tu inocencia para iniciarte en algunos terribles misterios... pero es preciso, porque yo he venido decidido á sacarte de aquí, y no me iré sin tí de esta casa que se cae al suelo... no, ¡antes sabrás toda la verdad! Escucha, hija mia... hay una clase de mujeres, oprobio de su sexo, que viven del robo disfrazado bajo el velo de la galantería... Lágrimas, tu madre, no ha sido jamás mi esposa... ¿lo oyes?... ¡esta suntuosa casa, estos criados, estos lujosos muebles, todo este fausto que te rodea, tu educacion misma, es el precio de la infamia!...

Un agudo grito siguió á estas palabras. Luz, temiendo por su hermana, y sintiendo hácia aquel desconocido una aversion mezclada de

terror, se habia ocultado tras los pliegues de una cortina de seda y habia escuchado aquella revelacion terrible.

La impresion que hizo en su corazon tierno fué tal, que la angustia y el terror le arrancaron aquel grito, cayendo despues desmayada en los brazos de su aya, que estaba leyendo en su cuarto y acudió á socorrerla.

Lágrimas, petrificada al oir aquellas terribles palabras, expresó su espanto por una inmovilidad completa: así quedan las flores en sus tallos al sentir rugir la tormenta.

—Ven conmigo, hija mia, prosiguió el Conde levantándose, asiendo la mano de la jóven y tratando de hacer que le siguiese: ven á la casa de tu padre, donde serás rica y honrada, ven á ser la dulce compañía de mi vejez, á que yo te dé el nombre que te falta, á que yo te elija el esposo que ha de hacerte dichosa... aquí he oido decir que te quieren casar con un pobre pintor... un hombre oscuro y sin porvenir: vén á ocupar el sitio que en la sociedad te corresponde...

—Padre mio, respondió Lágramas desasiéndose de la mano que oprimia la suya: repito lo que antes te he dicho: á mi madre debo todo lo que soy, mi bienestar, mi educacion: amo á mi madre... y no quiero dejarla.

—¡Cómo! exclamó el Conde de Elven: renuncias á la posicion que te ofrezco, á la posicion

que es tuya porque es mia, y que tantas te envidiarian?

—Jamás he deseado excitar la envidia de nadie, padre mio: tampoco he envidiado á nadie jamás: si el orígen de mi educacion es culpable, el fin santifica los medios: compadezco á mi madre y la perdono: no quiero el nombre ni la posicion que ha de separarme de ella... tú eres noble y rico... ella está pobre y arruinada... á su lado debo quedarme pues!

—¡Gracias, hija mia! dijo una voz triste y suave detrás de Lágrimas: ese sacrificio no quedará sin recompensa: porque mi buena y santa madre decia que Dios paga siempre con usura á los hijos que aman y consuelan á sus padres.

Lágrimas corrió á los brazos de Dolores.

—Señor Conde, dijo esta con una sonrisa á la vez desconsolada y amarga: ya lo vé Vd., mi hija no quiere dejarme... dentro de breve tiempo, tendré el honor de pedir á Vd. una entrevista para hablar de su porvenir, que me interesa tanto ó mas que á Vd. Ahora le suplico que tenga la bondad de retirarse y dejarnos solas.

El Conde envió una última, tierna y triste mirada á su hija, y salió de la habitacion.

CAPITULO IX.

La casa de la dicha.

En un cómodo y espacioso cuarto principal de una gran casa situada en la bajada de Santo Domingo, era donde habitaba, en la época que tenian lugar los sucesos referidos, el distinguido jurisconsulto, D. Luciano Ponce de Leon, que, jóven todavía, era tenido por una de las lumbreras del foro español.

Habia sido un jóven calavera hasta los veintiseis años de su edad; mas desde esta época (en la que se habia casado) se habia convertido en un modelo de esposos, y poco despues en el mejor de los padres, sin dejar de ser, por esto, un modelo de elegancia y distincion.

Su familia pertenecia á la aristocracia de Andalucía, y parte de ella residia en Madrid: y en la misma aristocracia se habia criticado, y no poco, su descabellado casamiento con una jóven muy pobre é hija de un pintor sin fortuna y sin gloria, aunque con mucho talento artístico, pues no siempre la fama es patrimonio del génio.

Pocos dias despues de la boda de Luciano,

tenia lugar un baile en casa de la Duquesa D... ligada á la familia de Ponce por vínculos de parentesco y de amistad.

Algunas jóvenes, elegantes y bellas en su mayor parte, se habian reunido en el hueco de una ventana, y hablaban prefiriendo los encantos de la murmuracion á la fatiga del baile.

—¿Sabeis quién se ha casado? dijo una, despues de haber referido algunas anécdotas del dia: vamos, de fijo no lo adivinais.

Una de las jóvenes mencionó dos ó tres casamientos efectuados en la última semana.

—No es ninguna de esas bodas á la que yo me refiero, dijo la que habia hablado primero: hablo de la de Luciano Ponce.

—¡Qué! ¡se ha casado! exclamaron todas las jóvenes, admiradas.

—Hace dos dias.

—Así... á la sordina.

—Sin decir á nadie una sola palabra, como no sea á sus primas hermanas.

—Sí, Berta y Rita.

—Justamente: esas parece que han aprobado la boda, á pesar de lo estrafalaria.

—¿Con quién se ha casado, pues?

—Con una jóven que bordaba para un almacen de la calle del Cármen.

Todas las señoritas soltaron una carcajada.

—¡Será posible! dijo una tras la pausa que empleó en reir.

—Pues yo, añadió otra, creo que Berta podrá haber aprobado esa boda, porque es casi démocrata... y de ideas caballerescas... pero lo que es Rita...

—Rita es la delicadeza misma; una mujer tan bella, tan distinguida... y tan intolerante en lo que toca á la ristocracia...

—Pues, amigas mias, á gusto ó á disguto de Rita y de su hermana, Luciano se ha casado con una bordadora.

—¿Y es bonita?

—Dicen que cuando él la conoció lo era mucho: pero que despues se ha embastecido y se ha afeado.

—Y sin embargo, se ha casado con ella?

—Ciertamente.

—¿Y la presentará en sociedad?

—¿Quién lo duda? bonito es él para no dar á su mujer el lugar que le corresponde! ya sabeis la entereza de su carácter.

—De poco le servirá, porque su mujer recibirá mil feos en la sociedad: ya veis qué alcurnia para penetrar en los salones!

—¡Callad! eso clama al cielo! los hombres no se quieren casar, y los pocos que piensan en hacerlo, van á buscar jornaleras... ¡qué horror!

—Pues esa jornalera, objetó otra de las jóvenes, vendrá á nuestra sociedad, y tendremos que alternar con ella, por humilde que sea su cuna, y que haya sido su condicion social: hoy

es ya la señora de Ponce de Leon, y el marido es quien levanta linaje.

—Pues lo que es yo, huiré su trato.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo tambien.

—Señoritas, dijo un elegante caballero situado á alguna distancia de las jóvenes: he oido la conversacion de Vds., porque hablan bastante alto: ¿me permiten Vds. que les diga mi parecer?

—Con mucho gusto, Vizconde.

— ¿No se enfadarán al oirlo?

—De ningun modo, supuesto que lo pedimos.

—¿Palabra?

—Palabra formal.

—Pues bien: no me admira el casamiento de Luciano y la preferencia que ha dado á esa jóven sobre todas las demás de su clase.

—¿Y podremos saber la razon, señor mio?

—Sí, señoras: la razon es que esa jóven sabrá cuidar de su casa, y ser buena esposa y buena madre, lo que pocas de Vds. pueden saber, porque no las educan para eso; y además ¿de qué le serviria á Luciano una jóven que le llevase veinte mil duros de dote y se los gastase de renta, exigiéndole modista, carruaje y servidumbre? Mejor le irá con esa muchacha modesta, que sabrá hacerse los vestidos, servirse y peinarse por sí misma: ¿no es esto lógico?

—¡No señor! respondieron las señoritas, amos-

tazadas: ¿y la diferencia de clases no es nada?

—No, señoras: puesto que la clase es el esposo quien la da como una de Vds. acaba de decir hace poco muy juiciosamente.

—Pero esa jóven será vulgar... horriblemente ordinaria.

—No tiene nada de eso, sino muy distinguida en sus maneras.

—¿Usted la conoce?

—Tengo ese honor.

—¡Honor invidiable!

—Dentro de poco me lo envidiarán algunos.

—Tendrá muy mala educacion.

—Ha recibido una educacion selecta, señoritas: sabe dibujar muy bien, la música con perfeccion, canta como un ángel, y habla inglés y francés: creo que esto basta para ser bien recibida en los salones.

Dicho esto, el Vizconde cambió de conversacion; pero las señoritas, irritadas, se separaron de él, llenas de enojo por sus alabanzas á la esposa de Luciano Ponce de Leon, á la bordadora, á la *jornalera,* como ellas la llamaban en su rencor.

Desde aquel dia, se esperó con una especie de ansiedad en los salones la aparicion de la novia; esta no tardó en darse á luz, pues su esposo no pensaba ciertamente en tenerla metida en un rincon.

La aparicion de Modesta fué en el salon de

la anciana Marquesa de M... Luciano buscó á aquella dama como una madrina para su esposa, y su casa como una sancion á su presentacion en el mundo: aquella noble señora era altamente considerada por las admirables prendas de su carácter, por su elevada clase é intachable virtud. Modesta, despues de penetrar en el anticuado y severo, pero apacible salon de la Marquesa de M... podia ya esperar ser recibida con benévola distincion en todas partes.

Su traje era sencillo, pero de un exquisito buen gusto: un vestido, de color claro, dibujaba su talle, de una elegancia extrema: la tela era buena, pero no costosa, y entre aquellas ondas de seda, de un tinte suave y abrillantado, la casta y pensativa figura de la jóven esposa parecia mucho más encantadora.

Modesta tenia los ojos de una dulzura y limpidez maravillosas: eran grandes, azules y rasgados: sus facciones no ostentaban ya la diáfana pureza de sus diez y seis años: otros dos años las habian alterado algun tanto: pero, sin ser una belleza, poseia lo que es mejor y más durable: una gracia suprema y una distincion llena de encantos.

La calma y dignidad de sus maneras eran incomparables: así es que su aparicion *hizo efecto,* y tuvo desde luego su *partido*, como hoy se dice.

Modesta, recogida en sí misma delante de los extraños (como toda persona muy sensible),

hablaba poco, pero siempre á tiempo: sus frases, todas escogidas, eran al mismo tiempe sencillas, nobles y dulces: jamás decia una palabra vulgar, gracias á lo mucho y bueno que habia leido, y sobre todo á su perfecto y delicado organismo, al que disonaba todo lo que era mezquino y ordinario.

Con tales dotes debia Modesta alcanzar más de un triunfo: la Marquesa la acogió con cariño y le tuvo mil deferencias encantadoras, pues la bondad es la coquetería de las canas.

La envidia y la maledicencia se estrellaron, pues, en la perfecta educacion de la jóven, y las señoritas, á las que aquel franco Vizconde habia dado tan buena leccion, hubieron de enmudecer, á pesar de sus vivos deseos de morder á la jóven señora de Ponce de Leon.

Otro apoyo, y por cierto muy eficaz, tuvo Modesta con la Marquesa de Villaflorida, prima de su esposo: Berta, con su amable carácter y sus generosos instintos, se declaró su amiga, y bien pronto le cobró realmente un cariño entrañable.

Modesta era lo que su nombre prometia: una de esas suaves criaturas, dotadas al mismo tiempo de talento y de bondad, y que embellecen, con esos dos tesoros, cualquiera posicion en que las coloque el cielo.

Su método de vida era el que siguen las inglesas, esas admirables esposas, esas madres

ejemplares, esas amas de casa, modelos de las demás naciones: se levantaba temprano y se ocupaba del gobierno de su casa y de todas las necesidades domésticas: cuando ya lo tenia todo ordenado, y siguiendo su marcha por sí solo, con el impulso de su voluntad y de su inteligencias, hacia su tocado y se ocupaba de esas labores que no desdeña ninguna mujer distinguida, que ocupan sus ocios y embellecen su casa, aunque sus medios de subsistencia sean muy modestos.

Luciano se distinguió bien pronto por sus admirables talentos de erudicion y de elocuencia: su clientela, que habia aumentado rápidamente, llegó en breve tiempo á ser inmensa, y á proporcionarle, con crecidas ganancias, una posicion muy cercana á la opulencia.

Modesta fué feliz, porque de esta suerte pudo proporcionar más comodidades á sus padres y una carrera á su hermano Federico: pero éste, artista de corazon, no quiso abandonar la música por ninguna ocupacion.

—Sé á lo ménos un pianista distingido, le dijo su padre: las artes son *nobles* por sí mismas, y puede ennoblecerlas más el talento de quien las cultiva: hijo mio, las enfermedades, los trabajos, ó tal vez la voluntad de Dios, no me han dejado salir de una medianía: sin embargo, siempre he creido que el artista debe cernerse en regiones sublimes. Listz, que llena hoy el mundo con su nombre, es solo un pianista: un

músico es el abate Vogler, y músicos no más han sido Bellini, Donizzetti y Weber: no está el mal ni la mengua de las artes en ellas mismas, sino en los que las cultivan si lo hacen mal.

Federico siguió, pues, sus estudios músicos: era un jóven de figura agradable y simpática, de un excelente carácter y de un talento brillante: rehusó enseñar, por aprender, y se dedicó á la composicion y á la armonía, en cuyos difíciles estudios hizo bien pronto rápidos progresos.

Sus ancianos padres y su hermana Cesarina recibieron en breve los frutos de su talento, pues la fama le obligó, al fin, á dedicarse á dar lecciones en las casas más opulentas de la corte, que las solicitaban para sus hijos.

Dolores misma le buscó para sus dos hijas, y de esta suerte brotó el amor en el corazon de Luz, niña tierna y poética, y digna de la pasion de aquel jóven y entusiasta artista, que veia en ella el ángel de su futura inspiracion.

Pensando en Luz, sus composiciones adquirieron un carácter de ternura que jamás habian tenido: era una vision celestial, y su dulce influjo se hizo sentir bien pronto en la música de Federico, que alcanzó mayores triunfos de los que jamás habia soñado, gracias á su tierno y apasionado amor.

Modesta contribuia tambien, por su parte, al bienestar de sus padres: se habia encargado

casi exclusivamente de su hermana Cesarina, y aunque la jóven no habia querido separarse de sus padres, de los que era la sola compañía, pues á Federico le detenian fuera casi todo el dia sus muchas ocupaciones, todos los gastos del tocador de Cesarina corrian de cuenta de su hermana.

Modesta, instada por su prima Berta y por su marido, tenia una pequeña reunion una noche á la semana durante los inviernos: allí, al calor de una alegre y bien provista chimenea, de diez á catorce persona tomaban té y hablaban de distintas cosas, reinando la cordialidad y la armonía, tan difícil de hallar en los grandes centros.

La esposa de Luciano era el alma de esta modesta y pequeña tertulia semanal, ya cantando con su melodiosa voz, ya promoviendo disputa sobre materias de arte, pues su educacion se habia completado de una manera encantadora al lado de su esposo: tenia conocimientos generales, adecuados y bastante profundos: y su amabilidad, digna y expresiva al mismo tiempo, la distincion de sus maneras, y las gracias de su conversacion, cautivaban á todos sus amigos, que acostumbraban á llamar á la casa de Luciano la *casa de la dicha* por el órden y la alegría que reinaban en ella.

Modesta, que á la llegada de Dolores á Madrid la visitó con sumo gozo, pues no podia olvi-

dar los dulces recuerdos de su infancia, se apartó de su trato así que supo la triste y borrascosa manera con que vivia: en vano Dolores iba á su casa, y trataba de obsequiarla de mil modos, para no dar lugar á que se desatase aquel dulce lazo que le recordaba los alegres dias de su infancia. Modesta, aconsejada de su marido y de la Marquesa, huia de toda confianza, si bien con sentimiento suyo.

Dolores hubo, pues, de alejarse de aquel trato encantador, y resignarse á perder esta amistad como habia perdido la de Berta, su antigua bienhechora, quien, mejor informada que Modesta de la vida de Dolores en París, no fué á verla á su llegada.

Sin embargo, aquella desgraciada mujer no quiso perder para sus hijas amistades tan nobles y protectoras.

—¡Ellas son buenas, se dijo, y son inocentes! nadie las rechazará, gracias á la educacion que reciben: pues bien, para mí las espinas y para ellas las flores; para mí el fango, para ellas el vergel! yo las enviaré á Berta con su aya: las enviaré á Modesta, y no las desairarán!

Dolores, que habia sido fiera y vengativa durante los primeros años de su juventud, iba haciéndose sufrida y resignada, á medida que avanzaba aquella terrible enfermedad de su alma dolorida y quebrantada por el culpable egoismo de los hombres, que todo lo materializa.

Las dos niñas fueron recibidas con amor: Berta colmó de caricias á Lágrimas, de quien por dos años habia sido cuidadosa y tierna madre: madre ella misma de un hermoso niño, todas las criaturas la interesaban, y colmó igualmente de cariños á la bella hermanita de su tierna protegida.

Del mismo modo acarició Modesta á las dos niñas, y encargó al aya que se las llevase con frecuencia, para que jugasen con sus hijos: así es que cuando Federico fué llamado para dar leccion, por el solo hecho de ser hermano de Modesta, ya hacia tiempo que él conocia á las niñas, que, por decirlo así, habian crecido á su vista.

De esta suerte, Lágrimas y Luz crecieron entre la familia de Modesta, la de Berta, y despues al lado de Mme. Warner y de su hija, quienes, como hermana y sobrina de su aya, les cobraron bien pronto un entrañable amor.

Frantz, en una pequeña escapatoria que hizo de Roma para ver á su familia, conoció á Lágrimas: la gracia dulce y poética de aquella niña cautivó su corazon, por lo mismo de ser tan opuesta á la fogosa y provocativa belleza de las italianas: habia en Lágrimas, como si fuese el sello de su destino, algo de triste y pudoroso, de vago misterio que la envolvia como un blanco y trasparente cendal, y que la hacia mucho más interesante aún que su misma belleza.

Empero si él se sintió inclinado hácia la jóven, esta sintió hácia él una pasion irresistible, que durante algun tiempo se escapó á la cándida mirada de miss Ofelia, pero que no pudo ocultarse á la perspicacia de Luz.

Lágrimas sentia con más vehemencia que su hermana: era, como decia su madre, la imágen fiel de su abuela, la activa y apasionada Doña Amparo: su hermana Luz era en carácter el retrato de su abuelo, el apacible, dulce y condescendiente D. Pedro Herrera.

Así se deslizó durante catorce años la vida de las jóvenes, pudiendo asegurarse que á la persona que ménos conocian de la sociedad que trataban, era á su madre, á la que, si bien es cierto veian cada noche, era por poco rato, no sabiendo por otra parte nada de su fatal vida, á causa del alejamiento en que vivian.

De esta suerte se hallaban las situaciones de los respectivos personajes de esta historia, cuando el Conde envió á su hija su carta, y cuando Coralia exigió, en union de otros acreedores, la venta judicial de los bienes de su amiga.

Volvamos ahora á tomar el hilo de esta historia para seguir á los personajes en su próspera ó adversa fortuna.

CAPITULO X.

Caridad.—Soberbia.

La misma noche del dia en que tenia lugar la venta de los efectos de casa de Dolores, y en que Lágrimas se negó con tan noble entereza á abandonar á su madre, la Marquesa de Villaflorida entró en casa de Modesta en ocasion en que esta se hallaba sola en su habitacion.

Luciano habia llevado al teatro á sus hijos, que contaban doce y trece años de edad.

Modesta, sentada al lado de un velador de palo de rosa, se ocupaba de bordar en una labor de tapicería, cantando una melodía sacada de una de sus óperas favoritas.

La bella niña se habia convertido en una elegante dama.

Su casa estaba decorada con el mismo exquisito gusto que cuando casó con Luciano, pero con mucha más ostentacion y riqueza; porque Modesta era de opinion de que una mujer debe cuidar ante todo de embellecer su casa y de hacerla agradable, por lo mismo que sale poco de ella.

Cuando su fortuna contaba ya con una base sólida, se habia desocupado el piso principal de

la casa en que habitaban un segundo, y Luciano le habia tomado.

Aquella habitacion era mucho más bella y más espaciosa que la anterior; constaba de muchas piezas hermosas, claras y perfectamente distribuidas, que Modesta habia sabido decorar y amueblar con tanta sencillez como buen gusto.

Su cuarto era el más elegante, por cuanto el cuidado de adornarle se le habia reservado su marido.

Constaba de un saloncito cuadrado, y dentro de aquel de una sala con espaciosa alcoba, cuya entrada estaba sostenida por delgadas columnas, cubiertas interiormente por una bella cortina de damasco. En el salon era donde se hallaba la hermosa y elegante señora de Ponce la noche de que hablamos.

¡Qué diferencia entre la existencia de aquella mujer, esposa feliz, madre afortunada, y la de Dolores! ¡la paz de una conciencia tranquila se reflejaba en la dulce y bonita cara de Modesta, fresca y sonrosada como la de una jóven de veinte años, á pesar de contar ya treinta y tres de edad;

Un vestido de seda, de un lindo color de malva, dibujaba los graciosos contornos de su talle: la luz de la lámpara solar, colocada sobre un velador, daba de lleno en las sedosas trenzas de sus cabellos, recogidas detras de su cabeza con una sencillez llena de elegancia: sus gran-

des ojos azules, inclinados sobre su labor, daban á su fisonomía una expresion encantadora de gracia y de modestia: su rostro, ovalado y gracioso, estaba sonrosado y lleno de animacion: la costumbre de reir con franca alegría habia formado en cada una de sus mejillas un lindo hoyito que ostentaba una gracia enteramente infantil: un cuello blanco, bordeado de valenciennes, era el intermediario entre su nacarado cuello y la tela del vestido.

El saloncito era un digno cuadro de aquella suave y poética figura: estaba vestido de tela azul (color favorito de Modesta), y la tapicería era de igual color: algunas jardineras llenas de flores, y el dulce calor de una pequeña estufa mentian la grata temperatura y los perfumes de la primavera: sobre dos consolas grandes, lucian dos espejos de gran tamaño, y delante de ellos dos jarrones artísticos de mármol, con las asas de bronce oscuro, sustentaban dos hermosos ramos de flores de estufa, pagados por Luciano á subido precio, para que recreasen, con su belleza, los ojos de su esposa, amante hasta el delirio de esas hermosas hijas de la naturaleza.

Cuatro grandes cuadros ocupaban los cuatro lienzos mayores de las paredes de aquel lindo saloncito.

Dos representaban á los padres de Modesta; otro á la Vírgen María en el misterio de la

Anunciacion, y el cuarto á San José con el niño Jesús en los brazos.

Aquellos cuatro lienzos, pintados por Antonio Benavides y regalo de este á su hija, bastaban para darle á conocer como un artista de génio.

El velador, junto al que estaba sentada Modesta en un pequeño sillon, sostenia un libro, y los útiles de bordar, colocados en una linda cestita de plata.

Modesta bordaba pensando en sus hijos, que eran dos hermosos niños, y en su esposo: ella no habia querido ir al teatro por el deseo de concluir un precioso almohadon que estaba ya al terminar.

Oyóse llamar á la puerta de la habitacion, abrirse por la mano diligente del criado de la antesala, y poco despues este saludo respetuoso articulado por aquel:

—Buenas noches, Sra. Marquesa.

Modesta corrió á la puerta: la que llegaba era Berta: su amiga: casi su hermana.

La Marquesa venia preocupada y triste: sus mejillas pálidas y sus ojos encarnados decian claramente que tenia alguna pena interior.

—¡Oh, estoy muy triste! dijo dejándose caer en un sillon: Gonzalo acaba de contarme lo que le sucede á esa pobre mujer.

—¿Hablas de Dolores? preguntó Modesta con interés.

—¡Sí: de la desgraciada Dolores: ha quedado pobre y arruinada!

—¿Qué dices? Yo la creia rica, aunque no feliz.

—Todo se está vendiendo por la justicia para pago de acreedores.

—¡Será posible! exclamó Modesta uniendo las manos: ¿no podríamos hacer nada por ella?

—A eso vengo, repuso la Marquesa, y te confieso que contaba con ese arranque de tu generosidad: ¡sí! hagamos algo por esa desgraciada y por sus hijas: veamos si podemos arrancarla de esa vida desastrosa, y apresuremos el casamiento de Luz con tu hermano.

Modesta sacudió tristemente su bella cabeza.

—Mi padre es inflexible en esa parte, dijo: solo se avendrá al casamiento de Federico cuando la madre de Luz viva, si no como una mujer honrada, al ménos como una mujer arrepentida.

—Pues bien, repuso Berta: vamos á ver si conseguimos eso: yo le escribiré ahora mismo ofreciéndole una pension, aunque sea corta... no puedo extenderme mucho, porque mi marido no se aviene á ninguna idea de socorro para esa desgraciada... así son los hombres: culpan el vicio, pero tiene para ellos un atractivo fatal: la mujer extraviada les cautiva con una mágia irresistible; pero el dia en que aquella desea volver á la senda de la virtud, es cuando verdaderamente empiezan á despreciarla. Nues-

tra mision es en cambio el abrir á esas desgraciadas el camino de la luz y del perdon: nosotras, que somos generalmente las víctimas de sus extravíos, somos las destinadas por la Providencia para mostrarles el cielo y el camino del bien. Berta, me asocio á esa obra de caridad... escribamos dos cartas... cada una le ofrecerá en ella lo que pueda darle, ocultándose de su marido. Luciano, que seria feliz si gastase dos mil pesos en un traje, me culparia si supiese que enviaba dos mil reales á la pobre Dolores: tampoco transige con esas mujeres cuando quieren ser buenas... toma: aquí hay tinta y papel.

Las dos primas se pusieron á escribir cada una su billete.

Berta acabó la primera y esperó á que Modesta terminase: entonces le presentó el suyo diciendo:

—Lee.

—Hé aquí el mio, dijo Modesta presentándole á su vez la carta que habia concluido: decia así:

«Mi querida amiga Dolores: he sabido la desgracia que te agobia, y que en tu triste camino has hallado más abrojos que flores: era preciso que te hubieras levantado con valor de tu primera caida en vez de desmayar como lo has hecho; pero dejemos reflexiones tristes que á nada conducen ya, y pongamos remedio al mal presente.

«Mi hermano se casará con Luz tan pronto como tú dejes esa gran casa por otra más modesta, y cierres tu puerta á ciertas gentes. Dolores, sacrifica los restos de tu juventud y de tu hermosura al bienestar de tu hija, cuya suerte está en tus manos, y este sacrificio te traerá la paz de la conciencia: la suerte de tu hija mayor se fijará despues.

«Si para inclinarte á esta resolucion te falta algun medio material, acepta de mi amistad la cantidad de quinientos reales mensuales de mi bolsillo particular: ya sabes que cuando niña aceptaba yo las manzanas y las tortas que tu buena madre te daba para la comida de nuestras muñecas: entonces, amiga mia, eras tú más rica que yo: hoy me favorece á mí la fortuna más que á tí: á cada una llega su vez, y Dios tiene dispuesto en sus altos juicios quién ha de ser el ensalzado y quién el abatido, y cuándo nos conviene la prosperidad ó la desgracia.

«Dolores, acepta la oferta de esta amiga que te compadece y que te ama; es muy pequeña, pero está hecha con buena voluntad: sobre todo, piensa en tus pobres é inocentes hijas y admite por ellas lo que te ofrece tu amiga

Modesta.»

Modesta leyó á su vez el billete de la Marquesa, que era más lacónico y estaba concebido en estos términos:

«Querida Dolores: he sabido tu desgracia, y

es mi deber de cristiana y de antigua amiga el tenderte una mano salvadora: lo hago además con el mayor placer: acepta para tus hijas una cantidad mensual, que fijaré en seiscientes reales; si es bastante á tu parecer... no desoigas el ruego que te dirige la que se repite tu amiga

Berta.»

Estas dos cartas fueron remitidas inmediatamente á Dolores.

El mensajero trajo otras dos iguales, cada una de las cuales fué entregada segun decia el sobrescrito.

El contesto de ambas era exatamente igual, y decia asi:

«Gracias, señora y amiga mia: antes que la limosna, están el trabajo, la paciencia... y la muerte!

Dolores.»

—Alma indomable! murmuró Modesta tristemente: qué fatal soberbia es la que no deja ver, ni se digna admitir la caridad!

—Paciencia, repuso Berta: hagamos ahora todo lo posible para que tu hermano se case con esa desgraciada niña: es el último servicio que podemos hacerle.

Dolores, en efecto, era una alma indomable: la desgracia, al pesar sobre ella, en vez de abatirla, le hacia levantar la cabeza con más altivez.

CAPITULO XI.

La huida.

Algunos dias despues, sentada Mme. Warner en su cuarto, y al lado de su hijo que habia vuelto de Roma acabados definitivamente sus estudios, hablaba con él de algun asunto grave y sério á juzgar por la expresion de sus fisonomías.

Frantz era más hermoso en su persona que en su retrato: su belleza varonil tenia al mismo tiempo esa expresion dulce y encantadora que subyugaba el corazon á primera vista.

La fuerza de carácter del hombre valeroso se hermanaba en él á la dulzura inteligente del artista.

Era un modelo de elegancia, de distincion, de grave y mesurada gracia.

—Madre, decia, es en vano que te canses: amo, adoro á esa mujer: yo no sé más que lo que ella me ha dicho: que es viuda y pobre... que se casó muy jóven y que ha sido desgraciada...

—Pero Frantz, ¿y el amor que tenias á Lágrimas? ¿y lo que te ama esa pobre niña?

—Otra impresion mas fuerte ha venido á borrar aquella... ¿tengo yo la culpa de que así suceda? Seria infame casarme con Lágrimas sin ofrecerle un corazon completamente suyo: yo le diré la verdad: es mas noble decírsela que casarme con ella amando á otra.

—¿Dónde me has dicho que has visto á esa mujer? preguntó Mme. Warner muy pensativa.

—En el baile de máscaras de antes de anoche ví una mujer cubierta con un dominó negro que me miraba mucho: le dirigí algunas palabras, y el eco de su voz me fascinó ya, y me encantó: ¡tanta ternura revelaba! luego me dijo que me conocia, y me refirió algunos detalles de mi vida privada... tarde ya, conseguí que se descubriera... madre mia, jamás he visto nada tan bello como su rostro, y al mismo tiempo que sea tan triste y melancólico: es la aparicion de una misteriosa enfermedad del alma, bajo las formas más bellas que puede tomar una mujer! la pregunté dónde podria verla, y me señaló una casita de campo situada muy cerca de Madrid y medio perdida entre una alameda á orillas del rio.

—¿Fuiste á verla?

—Fuí... y debo confesarlo, salí más enamorado que antes: en aquella soledad, despojada del traje de máscara y vestida muy sencillamente, me pareció más hermosa que en el baile.

—¡Pobre hijo mio! murmuró Mme. Warner, ¡quién sabe si habrás hallado en tu camino á una aventurera!

—¡No, madre mia! es imposible hallar un carácter más encantador que el de esa mujer, una conversacion más variada, un entendimiento más cultivado; no es una aventurera: pero parece que la desgracia la persigue y pesa sobre su cabeza: una tristeza profunda la envuelve como un sudario, y solo se reanima al hablarle yo de mi cariño.

Ahora, continuó Frantz, perdona que te deje, madre mia: ella me espera.

Margarita dejó escapar un suspiro sin pronunciar una palabra.

Frantz, que habia dado algunos pasos para salir, volvió hacia atrás y tomó tiernamente las manos de su madre.

—¿Por qué te afliges así, mi buena madre? le dijo: si pudiera, ya que tanta pena te cuesta, no volveria á ver á esa mujer; pero hoy es preciso... le he dado mi palabra... es preciso que vaya...

—¿Cómo se llama esa mujer? preguntó madame Warner como asaltada de un pensamiento repentino.

—Se llama Dolores,

—Dolores.. ¡gran Dios!... seria.... ¿te ha dicho su apellido?

—No, madre mia.

—Pregúntaselo hoy.

—No te doy palabra de hacerlo, porque la amo demasiado para dejarle suponer que desconfío de ella: pero si la ocasion se presenta, yo se lo preguntaré.

Frantz, dichas estas palabras, salió, pero tan preocupado, que no echó de ver la agitacion de su madre.

Dejémosle ir en pos de los sueños de su imaginacion, y penetremos en casa de Dolores en ocasion en que ésta tampoco se hallaba en ella.

Eran las dos de la tarde. Miss Ofelia y Lágrimas habian salido para dar un corto paseo, y Luz habia pretextado un fuerte dolor de cabeza para quedarse en casa.

No bien se vió sola, entró en su cuarto de dormir, vistióse de negro, se puso una mantilla, y se arrodilló en medio de la estancia.

—¡Adios! dijo: adios asilo donde tantas alegres horas he pasado al lado de mi hermana y de mi querida aya! tú no participas de la infamia de las paredes malditas que guardan á mi madre! yo no sé si soy culpable abandonándote... solo sé que no puedo vivir más aquí... Federico tiene razon... al lado de su anciana madre hallaré un asilo tranquilo... salgamos, salgamos de esta casa, donde desde que sé quién es la mujer á quien debo el ser, me ahogo... vamos!

Luz se levantó, y se lanzó á la escalera sola

y como quien huye de una espantosa guarida.

Cruzó una porcion de piezas grandes y desmanteladas, pues todo el mobiliario se habia vendido, y se halló en el peristilo,

A la sazon subia un hombre.

—Una pregunta, señorita, dijo cortésmente y con aquel acento que revela el trato de mundo: ¿está en casa la señora de Benavente?

—No... no, señor, respondió Luz que temblaba.

—¿Vendrá pronto?

—Lo ignoro... no sé...

—¿Podré esperarla?

—Sin duda... perdon, caballero: me esperan á mí...

Luz se lanzó á la escalera.

El caballero que la habia interrogado siguió adelante y atravesó algunas piezas magníficas, pero desiertas.

Ni un solo criado habia en aquellas antesalas, llenas antes de servidores.

Reinaban en ellas el frio del invierno y ese ambiente glacial y penetrante que se siente en las ruinas.

El Conde, pues era él, se sentó en un sillon olvidado en un ángulo del salon: apoyó la frente en la palma de la mano y quedó pensativo.

—Sí, dijo: es preciso: debo casarme con esta mujer: debo imponerme este penoso sacrificio por mi hija! y, sin embargo, qué desgraciado

voy á ser, y cómo llena mi alma de amargura el tener que dar á esta mujer el rango que tanto ha ambicionado, y que yo le rehusé, para dárselo á mi pobre Rita! Rita, tú que no me amaste jamás, poseiste toda mi ternura... y ella... ¡oh qué abismo es el corazon humano!

En tanto que el Conde de Elven se abismaba en estos pensamientos, que debian ser muy tristes, á juzgar por el abatimiento de su fisonomía; en tanto que repasaba con una mirada desolada las páginas del libro de su vida, sigamos á Luz en su camino.

Un coche estaba parado á la puerta, y el escudo blasonado de la portezuela decia que pertenecia al Conde de Elven: un poco más allá habia detenido otro curruaje, que, por su pobre aspecto, se conocia que era de alquiler.

Al llegar Luz al umbral, un jóven sacaba por la décima vez la cabeza por la ventanilla.

Al verla, él mismo abrió la portezuela, alargó la mano á la pobre niña, que temblaba, y la ayudó á subir diciéndole en voz baja algunas frases de cariño.

Luz se dejó caer sollozando en uno de los asientos del carruaje: el joven sacó de nuevo la cabeza por la ventanilla, y dijo al cochero:

—¡A escape!

Luego tomó las dos manos de Luz, que no dejaba de llorar, y le dijo con una ternura respetuosa y profunda:

—Luz mia, por Dios, cálmate! mi buena madre te espera... ya eres su hija desde hoy, y dentro de un mes estaremos unidos para siempre.

—¡Ah, Federico, es que yo queria mucho á mi madre! exclamó la pobre niña: ¡qué horribles dias he pasado desde aquella fatal revelacion! ¡cuánto he llorado! ahora mismo, al verme aquí, mi corazon se desgarra, y creo que soy muy culpable, porque mi madre no se oponia á nuestro casamiento!

—Pero tú, pobre ángel mio, no podias ni debias ya permanecer á su lado despreciándola, respondió el artista: hubieras sufrido un martirio cruel junto á ella... por otra parte, te lo confieso... yo deseaba con ánsia verte lejos de esa casa, cuya fama vergonzosa conoce todo Madrid...

—Dios mio! Dios mio! murmuró Luz redoblando sus sollozos.

—No eres tú quien castiga á tu madre huyendo de su lado, prosiguió Federico, es Dios: Dios, que castiga siempre la vida mala y desarreglada. No hay fatalidad, mi adorada Luz; el que se excusa con este miserable pretexto, no merece ser creido. Mis buenos, mis honrados padres, nos han educado á mi hermana y á mí con esas sanas máximas que el mundo llama antiguas, y nos han hecho ver que Dios da á las criaturas el libre albedrío para que elijan entre

el bien y el mal: es cierto que cada uno de los mortales tiene sobre su espalda una carga más ó ménos pesada que llevar. Pero Jesús ha dicho: *el que me ame, tome su cruz y síqame:* se debe aceptar la cruz con resignacion y marchar valerosa y alegremente por el camino del deber.

Este noble y sincero lenguaje calmó gradualmente la afliccion de Luz, quien, al llegar á casa de los padres de Federico, ya no lloraba.

En lo alto de la escalera la esperaban dos ancianos y una jóven muy bella: eran los padres y la hermana de Federico.

—Bien venida seas á la casa de tus nuevos padres, hija mia, dijo Benavides, tomándola de la mano con aire paternal.

—Ya estás de nuevo en tu casa, añadió la buena Elena, que se habia convertido en una bella y magestuosa matrona, como las que nos pintan los cuadros flamencos: no llores ya, hija mia, porque aquí somos cuatro para amarte.

A los ojos de Luz acudieron nuevas lágrimas: aquella hechicera carita tan pura y tan linda, macerada por el dolor, movia á una tierna compasion. Elena, cuya maternal y santa bondad se habia aumentado con los años, se volvió hácia su hija, que miraba á Luz enternecida, y le dijo, presentándole á la jóven:

—Cesarina, hé aquí á tu hermana: llévala á tu cuarto, y consuélala: desde hoy tendreis una misma habitacion y os dedicareis juntas al

ajuar de la boda, porque tu padre y yo deseamos que os caseis el mismo dia.

Cesarina, que era una hermosa y alegre jóven de veintitres años, presentó á Luz su brazo y se la llevó á su cuarto, hablándole con ternura.

—No llores, le dijo: ¿por qué afligirte? nuestras madres eran amigas en su niñez, y siguen queriéndose: cada una ha seguido despues un camino diferente, es cierto; pero ya se encontrarán al fin de él, y todo se arreglará. Dios sabe lo que á cada uno conviene y nos abre muchos senderos en esta vida: cada uno sigue el suyo; pero todos se reunen en el gran camino de la vejez. Dentro de un mes, Luz mia, nos casaremos y tendremos sobre nosotras cuidados graves, que si hacen cavilar, en cambio dan la felicidad: la mision de la mujer es buscar la alegría, la paz y la dicha en el seno del dolor: todo se puede sobrellevar con una conciencia tranquila: no has dejado la casa de tu madre llevada de un capricho culpable, ó de un loco antojo: lo has creido un deber de conciencia, y mis padres y el hombre que has elegido para esposo te han dicho:—haces bien; ven, que te esperamos—tranquilízate, pues, que ya llegarán muy pronto mejores dias.

Hablando así, condujo Cesarina á su amiga á su cuartito de soltera, en el que habia dispuestos dos pequeños lechos, sencillos, pero blancos como la nieve: advertíase allí en los meno-

res detalles el esmero maternal: un Crucifijo de yeso enclavado en una cruz de madera negra, pero de bello y correcto dibujo, presidia la pequeña estancia: á sus piés, una Vírgen de talla, bajo la dulce advocacion de la Esperanza, iluminaba aquel casto nido con su radiosason risa: en la misma mesita pulimentada, que contenia á la Vírgen, dos jarros de loza azul sostenian dos lindos ramos de flores del campo, cortadas sin duda por Cesarina y Federico en el paseo de la tarde anterior, y destinados á alegrar los ojos de Luz: una cómoda contenia la ropa blanca de las dos jóvenes, una pequeña porcion del uso de Cesarina y otra cosida por ella para su jóven amiga y futura hermana, pues se habia aconsejado á Luz que saliese con solo lo puesto, no queriendo nada de la infame procedencia que tenia la fortuna y todos los medios de subsistencia de Dolores.

Luz se consoló pronto en aquel blanco y alegre cuartito: tenia poco más de quince años, y á esta edad, el dolor no fija por mucho tiempo en el corazon su garra destructora.

Media hora despues de haber entrado allí, Luz sonreia; Cesarina era la más feliz de las criaturas al lado de la hermana que tanto habia lamentado no tener: y las dos formaban mil risueños proyectos de esposas y amas de casa para el porvenir, que se les presentaba radioso y lleno de encantos.

CAPITULO XII.

Amor.

En una pequeña esplanada situada al lado de la histórica pradera del Canal, se elevaba, en la época en que tiene lugar esta historia, una casita blanca y verde, que se ha derribado despues para aprovechar el terreno en otras especulaciones.

Aquella casa, que habia sido habitada por un buen sacerdote que vivia con su madre, pasó á ser propiedad de Dolores, que la adquirió para ir á ella á descansar de cuando en cuando de las orgías y de los festines que incesantemente la fatigaban.

En su vida de desórden, habia deseado algunas veces la soledad: pero la paz y el silencio solo convienen á las conciencias tranquilas, y la de Dolores no gustaba de ninguna tranquilidad.

El tedio la siguió allí, como sigue siempre á las naturalezas viciadas en esa atmósfera falsa y emponzoñada, en que vivia Dolores: esta sabía música, pintaba y conocia perfectamente dos idiomas además del suyo; pero las artes ne-

cesitan, además de la soledad, de reposo y de la paz de la conciencia: una melodía triste le recordaba el venerable semblante de su anciano padre, á quien su falta primera habia precipitado en el sepulcro: una armonía tierna y sentida traía ante sus ojos la doliente figura de su madre: la palabra *amor* era fria en sus lábios: la palabra *perdon* le recordaba que ella no habia perdonado nunca: el amor materno, al ser expresado por una música patética, destrozaba su corazon, recordando el sacrificio horrible que sus hijas le imponian: en una palabra, el tedio, el dolor, la angustia de su situacion presente y la nebulosa oscuridad de su provenir, la asediaban de un modo tal, que solo pasó una vez dos dias allí, saliendo en seguida para no volver jamás.

Sus hijas no conocian aquella casita solitaria: Dolores la cerró, y al deslizarse el amor en su corazon como un dardo de fuego, volvió á pensar en ella, porque el amor puro, noble y desinteresado busca siempre la sencillez de la naturaleza, el césped por alfombra, y el azulado cielo por dosel.

Dolores amaba, no por la segunda, sino por la primera vez de su vida: la aficion que habia sentido hácia el Conde de Elven, era ese deslumbramiento de la primera edad, más completo cuando se posesiona de una niña criada en la sujecion y el aislamiento: no conociendo ninguna de las cualidades del Conde, no podia ser

una pasion séria y profunda la que sentia por él: los ojos pueden ser deslumbrados; pero la fascinacion completa es la del alma, y la que ejercen el ingenio, el talento, y las nobles prendas del carácter.

Dolores se acordaba de aquel niño de admirable belleza, que en París trabajaba al lado de su madre, pobre y honrada viuda, y cuyos negros cabellos habia ella acariciado tantas veces: habia reasumido, con sola una mirada, toda la historia de aquel niño, que ahora se presentaba jóven y gallardo en el camino de su vida: adivinaba el genio del artista, y su noble constancia en el trabajo: la tristeza del niño, separado de su madre y confiado á la proteccion siempre fria, aunque sea eficaz, de un poderoso bienhechor, que tiene la conciencia de lo que da, y sabe que nada recibe en cambio: en fin, su imaginacion, siempre poética y exaltada, se complacia en revestir á Frantz de toda la poesía del sufrimiento y del talento, de todos los encantos de que una mujer puede revestir al objeto amado.

En el baile de máscaras, le dió, pues, una cita para aquella casita, á la que el artista acudió deslumbrado y loco de dicha.

Era Dolores una de esas mujeres que ejercen una terrible, una fatal influencia en la fantasía de los jóvenes: pobres criaturas, arrolladas por el vendabal de su destino, y que van,

como débiles aristas que agita el viento, chocando con los escollos de la vida, é interesando por su misma desventura.

Aquella hermosura, que tenia mucho de dolorosa: aquel espanto de la vida, que se retrataba en sus ojos, sombríos como su provenir, y tristes como su presente: aquel talento lleno de poesía, que se exhalaba en frases sueltas, impregnadas de melancolía y de ternura: hasta la misma despedida de la juventud, que daba su último adios sobre la bella y doliente frente de Dolores, eran otros tantos motivos para seducir la imaginacion de Frantz, y para interesar su corazon.

Las pasiones más ciegas, más ardientes, más terribles, son aquellas que se fundan en la sinrazon: aquellas en que la compasion se mezcla á la admiracion; aquellas, en fin, que aman los defectos de la persona querida más que sus mismas perfecciones.

A este género pertenecia el amor del artista aleman: ante la imágen de Dolores, se borró la imágen de Lágrimas, y se borraron todas las demás imágenes de la tierra.

Mas como sucede siempre en cierta clase de pasiones, los celos penetraron en su corazon para aumentarla. Frantz sentia celos del pasado de Dolores y de su presente: desde que aquel amor ocupó su alma, se volvió sombrío, irascible y meditabundo: ansiaba el instante de te-

ner con ella la primera cita para pedirle explicaciones que se creia con derecho á exigir.

Dolores era más dichosa: así como el alma de Frantz se habia ido cubriendo de negras nubes, en la suya habian aparecido el sol de la dicha y una inefable serenidad: todo era alegre desde que amaba: todo radioso y bello.

¡Ultimo amor de la vida! tú eres como un bello dia de otoño, cuyo rojo sol parece reanimar á las marchitas flores! ¡como aquél, finges á los yermos campos del alma una nueva primavera! ¡mas, como aquél tambien, pronto dejas el sitio al aterido invierno!

Dolores corria hácia la blanca casita al trote de un fogoso caballo que tiraba de una pequeña y elegante berlina: ya no era su cómodo y espacioso coche; pero al buscar uno alquilado, le habia elegido de cierta poética forma, animada por su amor.

Ella misma abrió la puerta, cerrada tanto tiempo hacia, y subió la pequeña escalera de yeso blanco, pues las viviendas campestres no tenian entonces, por lo regular, el lujo que ahora ostentan.

Se componia aquel lindo y modesto retiro de tres piececitas, amuebladas casi con humildad: la primera tenia la sillería enfundada con una tela de algodon de flores, que le daba el más risueño aspecto: abierta la ventana, un rayo de sol fué á quebrarse en las mesas de caoba, y en

un espejo de una vara en cuadro, suspendido de la pared, por medio de cordones de seda azul: en el centro se veia un pequeño velador que sostenia libros, y un recado de escribir de porcelana.

En la sala inmediata habia un piano y un arpa: ambos instrumentos sabia tocar Dolores, pero ya hemos dicho que la música le causaba una impresion dolorosa desde hacia largo tiempo: el mueblaje era igualmente modesto, pero limpio y nuevo.

Por fin, la tercera estaba dispuesta para servir de dormitorio: una cama con colgaduras de muselina, un lavabo y un ropero grande constituian todo su ajuar con dos ó tres pequeños sillones diseminados por la estancia.

Dolores descolgó un plumero oculto tras la puerta de la antesala y se puso á quitar el polvo de los muebles con la misma serena alegría con que lo hacia diez y nueve años antes en casa de sus padres: cantaba una antigua y dulce balada conforme iba limpiando, y su corazon rebosaba júbilo y felicidad.

De repente se detuvo: una imágen doliente pasó por delante de sus ojos: era una jóven pálida y moribunda, en la que reconoció á su hija Lágrimas.

Dejó escapar el plumero de su trémula mano, y se apoyó desfallecida en el respaldo de un sillon.

—¡Ella le ama! murmuró: sí, le ama... y yo, que soy su madre, voy á privarla de su parte

de dicha!... á ella, la desgraciada hija de mi falta, privada ya por mi culpa de su nombre y su fortuna!...

Ocultó el rostro entre sus manos y gruesas lágrimas se deslizaron de entre sus delgados dedos.

—¡Pero ella tiene diez y siete años! dijo tras una pausa y levantando su pálido rostro, en el que habia escrito un agudo dolor: es la primera vez que ama: ¡cuántos amores se sucederán á esta naciente inclinacion! ella entra ahora en el camino de la vida, mientras que yo...

Volvió á detenerse, y elevó al cielo sus negros ojos con una expresion de dolor inmenso.

—¡Cuántas espinas he hollado ya! dijo con amargura: ¡cuántos abrojos han herido mis plantas! ¡cuánto he sufrido! si es que arrojo estas únicas flores, que he hallado en mi camino, he de decir: —¡muero sin haber amado!... ¡Oh! eso seria horrible, horrible. Con este amor veo la paz, la dicha, el hogar doméstico, el amor del esposo, la consideracion de la sociedad!... sin este amor, solo veo la muerte.

El ruido de un paso varonil en la escalera la sacó de sus reflexiones: levantóse, y fué ante el espejo para componer sus facciones pálidas y desencajadas, volviendo un instante despues con el rostro, animado por una sonrisa.

Ya era tiempo: Frantz se hallaba en pié detras de ella.

CAPITULO XIII.

La casita.

—Bien venido, amigo mio, dijo Dolores alargando graciosamente su mano al jóven: acérquese Vd. aquí y sentémonos.

El pintor obedeció á la indicacion, y ambos se sentaron en un pequeño canapé situado en un ángulo de la habitacion.

—Dolores, dijo Frantz con ternura: ante todo desearia conseguir una cosa: en las máscaras, nos hablábamos de tú: prosigamos aquí del mismo modo.

Una sonrisa fué la contestacion á estas palabras.

—Gracias, querida Dolores, prosiguió el artista: eres buena, y esto me dará confianza para hacerte una confesion: vamos á hablar de lo que nos interesa, porque esta entrevista, bien á pesar mio, tendrá que ser breve: mi madre me espera.

—A mí me esperan tambien en mi casa, dijo Dolores: así, veamos pronto esa confesion que parece costarte tanto trabajo.

—Pues bien, escucha: yo he amado... he crei-

do amar á una jóven, la que, por su parte, me profesaba y me profesa hoy una afeccion profunda... te lo digo por si alguno te lo va á decir tambien.

—Bien... nada te pregunto yo de tu pasado, dijo Dolores, que palideció al escuchar estas palabras, porque ellas le traian de nuevo la imágen doliente de Lágrimas.

—Es que yo te lo quiero dar á conocer, dijo gravemente Frantz, porque deseo á mi vez conocer el tuyo; ¿quién eres? ¿de dónde vienes? ¿cuál ha sido antes tu vida? Dolores, estoy celoso, y no sé por qué... hay en mi interior cierto aciago presentimiento que no me sé explicar, pero que me martiriza.

—Tranquilízate, y deja que á mi vez te interrogue, dijo Dolores, en cuyas facciones habia vuelto á retratarse una siniestra agitacion; luego te responderé yo... ahora dime... por qué no te casaste con aquella jóven que te amaba... y á la que amabas tú?

—Mi madre se oponia á esta union porque, aunque ella era un ángel de pureza, la suya era una mujer perdida,

—¿La conocias tú?

—Jamás la ví.

—Es extraño, murmuró Dolores mirando profundamente á Frantz.

—Esa mujer, repuso éste con tranquilidad, vive completamente apartada de sus hijas, pues

tiene dos: por una de las nobles resoluciones, propias de esas desgraciadas criaturas, y que son más comunes en ellas de lo que se cree, las hace pasar una vida del todo retirada, bajo la vigilancia de un aya rígida y virtuosa, que es hermana de mi madre: he visto poco á esas dos niñas, pues he vivido desde mi infancia en Italia: pero las veces que fuí á ver á mi tia, jamás vislumbré á su madre: ni siquiera ví un retrato de esa mujer, que dicen es aún jóven, bella y fatalmente famosa en la vida del escándalo.

Dolores bajó la cabeza, y pareció sumergida en hondas reflexiones durante algunos instantes.

—Frantz, dijo despues: ¿era solo la culpable vida de esa desgraciada mujer lo que retardaba tu union con su hija?

—No, respondió el pintor: era la oposicion de mi madre: de mi madre á quien amo, y á la que no quisiera disgustar por nada.

—Luego tú no harias reponsable á esa pobre jóven de la deshonra de su madre?

—¿Cómo pudiera tener semejante crueldad? exclamó Frantz: pero dejemos esto, Dolores, y hablemos de tí: el débil lazo de ese amor está roto por la pasion que me inspiraste... hablemos de tí, de tí... que es hoy lo que más amo en el mundo.

—¡De mí! murmuró la pobre mujer extremecida: Frantz, es preciso que pongas la planta

en el camino de mi existencia sin volver la cabeza atrás!

Frantz la miró atónito.

—¡Qué! exclamó. ¿Tantas culpas hay en él? ¿te mancha acaso algun crímen?

—No, respondió Dolores: solo es la desgracia la que ha llenado de sombras mi vida: el primer hombre que me dijo palabras de amor, me engañó cruelmente, Frantz... huyó de mí para casarse con otra; poco despues perdí á mis padres... un año más tarde, me casé, no por amor, sino por salir de la casa donde me daban el pan de la limosna: mi marido fué para mí más cruel y más indigno que aquel otro hombre que vendió mi cariño!... pero ya habrá dado cuenta á Dios de sus estravíos: yo le perdoné cuando supe que habia muerto: desde entonces, he podido volver á casarme algunas veces... pero cobré horror á ese lazo, que para mí fué un dogal... y rehusé todos los partidos que se me presentaron... tengo dos hijas, y á ellas consagré todo mi cariño... toda la ternura de mi alma! pero, al verte, Frantz, en un retrato que hay en casa de tu madre, sentí que mi alma se abria á la dicha, como la flor marchita y enferma, para recibir un dulce rayo de sol... te amé... y conocí que era con el primer amor de mi vida!

Frantz estrechó con pasion una mano de Dolores: absorto en la dicha que la confesion

del amor de aquella mujer derramaba en su alma, no reparó en aquellss palabras:—ví tu retrato en casa de tu madre.

Pero Dolores se encargó de aclarar la situacion de entrambos: aquellas reflexiones, á que se habia entregado con la cabeza inclinada, habian dado por resultado una resolucion suprema: la de decírselo todo á Frantz.

Su amor era verdadero, profundo: muchas mujeres mueren en la ancianidad más avanzada sin haber conocido el sentimiento que llenaba el corazon de aquella mujer desgraciada y sumida en la afliccion: ella lo conocia demasiado tarde, pero queria enaltecerlo tanto como le fuese posible, con una franqueza y lealtad absolutas, por más amargas que le fuesen.

—Frantz, continuó, fijando en el artista sus hermosos ojos, en los que brillaba una ternura infinita: yo te he amado antes de ahora... niño aún, en París.

—¡Cómo! exclamó Frantz: ¡en París! ¿has estado tú en París?

—¡Sí, hace catorce años: y he sido vecina y amiga de tu madre!

—Tambien la madre de Lágrimas lo ha sido, repuso Frantz, cuya voz temblaba con una emocion profunda: tambien ella vivia en París!

—Yo soy la madre de Lágrimas, dijo Dolores alzando al cielo la mirada, como para ofrecerle la inmensidad de este sacrificio.

—¡Tú!... murmuró el pintor.

—Yo, Frantz: solo el amor que te profeso me obliga á hacerte esta penosa confesion: me pedias confianza... te la doy tan completa como la pudieras desear... yo soy la mujer que tu buena y honrada madre desprecia con razon... yo soy la cortesana célebre por sus triumfos y sus desórdenes: yo soy aquella en cuyo salon se han perdido tantas fortunas: hoy estoy arruinada, perdida, enferma... y soy desgraciada como nunca, porque te amo y conozco hasta qué punto debes despreciarme.

Estas palabras fueron anegadas en llanto. Dolores, que se mecia en doradas ilusiones hasta llegar á aquella confesion, sintió, al hacerla, que alguna cosa se rompia dentro de ella misma: preferia la confesion de su vergüenza á la vergüenza de la mentira; pero aquel sacrificio, impuesto por un amor que tenia mucho de heróico, le desgarraba el corazon.

Frantz, con su penetrante talento, lo conoció así, y volvió á estrechar sus manos, movido á compasion: ya hemos dicho que la lástima entra por mucho en las pasiones que inspiran las mujeres de la clase de Dolores.

—No importa, dijo: tu pasado pertenece á la desgracia, y tal como ha sido le acepto: solo quiero que me pertenezca tu porvenir.

—¡Ay! dijo Dolores: ¡qué poco porvenir puedo esperar ya! sus puertas se abren de par en

par para tí: á mí se me cerrarán en breve; tú tienes veinticuatro años, yo treinta y tres; ¿por qué no retardó la Providencia el instante de mi nacimiento, ó adelantó el del tuyo?

—Mi querida Dolores, repuso el jóven, yo he pintado un cuadro que representa los amores de Mme. de Vilars con el caballero de Saint-Prieux: ella tenia veintisiete años: él diez y siete, y sin embargo, me pareció tan natural y tan lógico que se amasen, que supe dar á sus fisonomías la expresion de amor más verdadera y más entusiasta que se ha visto jamás: si entonces comprendia así el amor, juzga de qué modo lo comprenderé ahora que lo siento.

Dolores no respondió, pero su abatido rostro se iluminó con un rayo de esperanza.

—He oido decir á mi madre, observó él tras algunos instantes de silencio, que el Conde queria llevarse á Lágrimas: dásela: de esta suerte, el fausto y la riqueza que la van á rodear, la harán olvidarse de mí, y al lado de su padre hallará muy pronto un casamiento más ventajoso: á pesar de todo, he querido á tu hija, y desearia que su suerte fuese dichosa.

Extremecióse Dolores al escuchar estas palabras, eco fiel del remordimiento que destrozaba su corazon: pasó la mano por su frente para desterrar un pensamiento doloroso, y respondió:

—Lágrimas no ha querido abandonarme á

pesar de los brillantes ofrecimientos y de la ternura que le ha demostrado su padre: solo me resta probar un medio.

—¡Oh, sí! tú hallarás alguno de evitar su desgracia y de lograr que nosotros seamos dichosos! Mi pobre Dolores, yo quiero que conozcas la felicidad que solo viste imperfecta al lado de tus buenos padres, porque la dicha completa es el amor... nos uniremos con el lazo santo del matrimonio; iremos á vivir á Italia, el pais de los artistas: y allí tu alma, siempre jóven y entusiasta, sanará en breve de esa dolencia terrible que la amarga, y que es producida por el hastío del mundo y la carencia de todas las ilusiones.

—Tienes razon, exclamó Dolores con su bella fisonomía radiante de gozo: ¿por qué no puedo yo ser todavía dichosa? Rehabilitada por mi casamiento contigo, mi hija menor se casará con Federico, y Lágrimas volverá á amar con más entusiasmo que ahora: esta es su primera ilusion; yo sé cuán poco apegado estaba á mi alma aquel cariño primero que me inspiró su padre. Ahora adios, Frantz, prosiguió Dolores levantándose: hasta mañana: voy á trabajar por nuestra dicha, porque el Conde, á quien escribí anoche, me estará esperando: te avisaré cuándo nos podemos volver á ver.

Frantz salió el primero de la casita, y se alejó á pié y con paso presuroso: su corazon es-

taba henchido de dulces y alegres esperanzas.

Dolores le siguió poco despues: subió á su coche, y mandó al cochero tomar el camino de su casa.

Su corazon iba cantando un himno de alegría, desconocido para ella hasta aquel venturoso instante.

Pero á medida que se iba alejando del blanco y solitario asilo, la triste y pálida imágen de Lágrimas volvia á ocupar el cielo azul de su esperanza como una negra nube: y, al llegar á su casa, el manto de hielo del desaliento envolvia, como un sudario, su corazon abatido y doliente.

CAPITULO XIV.

¡Sola!

Dolores subió con lento paso la escalera de su casa.

Entre los pensamientos que bullian en su cerebro, se agitaba el de mudar de morada, pues le era ya imposible pagar aquella suntuosa casa.

Y además ¿para qué queria conservarla? En aquella vivienda habia adquirido la funesta fama de que gozaba.

Su mobiliario habia desaparecido: la fortuna dorada de la intriga le cerraba las puertas de su fantástico palacio: pero, ¿que le importaba? en cambio el amor puro, casto, legítimo, le mostraba un cielo esplendente de ventura.

Silvia, su camarera, y única que habia quedado á su servicio, le abrió la puerta y le dijo en voz baja:

—El Sr. Conde espera en el salon.

Dolores respondió con un movimiento de cabeza: dejóse desprender la mantilla y la manteleta por la mano de Silvia, y pasó en seguida al salon.

Hallábase el Conde sentado en un ángulo

de aquella espaciosa y fria estancia: un rayo del sol de la tarde entraba por las grandes vidrieras de uno de los balcones, é iba á bañar sus piés.

Oyó el ligero paso de Dolores, y se levantó inclinándose ante ella ceremoniosamente.

—Esta mañana, dijo, he recibido una carta de Vd., señora, en la que me decia que queria verme: hace hora y media que espero, porque vine al instante que la leí.

—Gracias, Sr. Conde, repuso Dolores aceptando el sillon que aquel habia ocupado y le cedia con una fria política: nuestra conferencia será mny corta, pero muy interesante para los dos, pues en ella va á tratarse del porvenir de Lágrimas.

¡De mi hija! exclamó el Conde: ¡oh, hable usted, señora, hable Vd.! no la he visto desde que estoy en esta casa: ¿está enferma? ¿qué sucede?

—Tranquilícese Vd., caballero, dijo Dolores: Lágrimas está buena: ha salido con su aya, segun creo, y pronto debe volver: ahora bien; el objeto de haberle citado aquí, es decirle que, atendida la triste situacion á que he llegado, creo de mi deber acceder á los deseos de Vd. y darle mi hija.

—¡Qué escucho! exclamó el Conde: ¿me cede usted á Lágrimas?

—Sí, Sr. Conde: Vd. la legitimará, y á su

lado de Vd., su posicion será tan brillante como mísera lo seria al mio.

—¡Quién lo duda! exclamó el Conde con un gozo delirante: á mi lado lo tendrá todo: riquezas, posicion, y se le presentarán mil brillantes partidos: ¡oh, señora, no sabe Vd. hasta dónde llegaré yo para indemnizar á mi hija... llegaré á todo, á todo... para que olvide el abandono en que la he tenido... llegaré á casarme con Vd., á fin de que nadie repare en que no tiene madre conocida!

—¡Cómo, caballero! dijo Dolores con amarga sonrisa: ¿llegaria Vd. hasta hacerme su esposa? ¿querria Vd. dejar al destino que nos uniese, del mismo modo que trató de hacerlo hace diez y nueve años, y cuando Vd. se enfadó hasta darle de puntapiés?

—Señora, por favor, dejemos la ironía cuando se trata de nuestra hija! yo he sido culpable, porque, la verdad, no la amaba á Vd. lo bastante para hacerla mi esposa: sí Vd. se arrojó por la pendiente de las malas pasiones, la culpa es acaso tambien tanto mia como de Vd... pero olvidemos lo pasado, ya que puedo repararlo; acepte usted mi mano hoy.

—Mil gracias, Sr. Conde, respondió la cortesana con despreciativa sonrisa.

—¿La rehusa Vd.?

—La rehuso: semejante sacrificio de parte de usted tiene poca influencia en el porvenir de

nuestra hija: por otra parte, yo no amo á Vd. ya desde hace mucho tiempo, y el título de esposa suya ni halaga hoy á mi vanidad, ni á mi corazon tampoco; pero digo como Vd., dejemos esto, y hablemos solo de Lágrimas: es necesario lograr que se vaya con usted... ya oigo su voz, prosiguió Dolores aplicando el oido: vuelve con su aya, con la que salió, segun yo me figuraba.

—¡Valor, señora! murmuró el Conde en voz baja; no desmaye Vd. en ese propósito de devolverme á mi hija.

—Tendré valor, Sr. Conde.

La puerta, que se abrió con violencia, cortó la palabra á Dolores; en su umbral, pálida y asustada, apareció miss Ofelia, que traia en la mano una carta cerrada.

—Señora, ¿dónde está Luz? preguntó dirigiéndose á Dolores: la he buscado por toda la casa y no parece; en cambio, he hallado esta carta sobre su mesa de tocador, con sobre para Vd...

Dolores alargó su trémula mano para tomar la carta: la abrió y leyó lo que sigue:

«Madre mia: huyo de tu lado porque ya no puedo estimarte... aunque te amo y te amaré toda mi vida.

»Te compadezco y quiero tranquilizar, en parte, tu inquietud, diciéndote donde estoy: me hallo en casa de los padres de Federico, que me

tratan como á su hija menor: dentro de un mes nos casaremos el mismo dia Cesarina y yo.

»Madre mia, vuelve al buen camino, para que halles en él á tu querida hija, que te abraza llorando.

Luz. »

En tanto que Dolores pasaba sus ojos desencajados por este billete, Lágrimas habia entrado en la estancia: al ver á su padre, su lindo rostro se demudó; pero aquella impresion se disipó con otra más fuerte, al ver vacilar á su madre y próxima á desplomarse despues de aquella lectura fatal.

El aya y Lágrimas recibieron en sus brazos el cuerpo de Dolores, rendida á un desmayo mortal.

Pero bien pronto la energía de su carácter dominó la perturbacion de sus sentidos, y se levantó pálida, pero tranquila é imponente.

—No hay que buscar á mi hija, dijo á miss Ofelia: sé donde está: suplico á Vd., mi querida miss, que nos deje solas un instante á mi hija y á mí con el Sr. Conde.

La inglesa se retiró estupefacta.

Dolores llevó la mano á su corazon que palpitaba penosamente, y tuvo que acudir á su frasquito de sales para no volver á desmayarse.

El abandono de su hija habia sido para ella un golpe espantoso.

Procuró, no obstante serenarse, y por medio de un heróico esfuerzo pudo conseguirlo.

Volvióse hácia Lágrimas, y le dijo con entereza:

—Hija mia: hé aquí á tu padre el Sr. Conde de Elven, que viene á buscarte para que vivas á su lado: si hace pocos dias admití con alegría y gratitud tu negativa á dejarme, hoy te suplico que accedas á su deseo y que le sigas, para ocupar en su casa el sitio que te corresponde.

—¡Dios mio! mamá, ¿qué es lo que dices? exclamó la jóven mirando á su madre con azorados ojos: ¿qué te he hecho para que así renuncies á mí? y ahora que mi hermana...

—¡Calla, hija mia! interrumpió Dolores: tu hermana no me abandona, no... no temas por mí... pero mira... no te lo oculto... debo buscarla... atraerla de nuevo á mi lado... y para eso necesito quedar libre, y dejarte con tu padre, con quien estarás mejor.

Lágrimas, sin responder, miró á su padre, y el dolor que vió impreso en su fisonomía la conmovió hondamente: aquella figura, aun noble y bella, pero abatida por la ruda mano de la desgracia, se habia aparecido muchas veces ante sus ojos, pidiéndole la parte que le tocaba en su corazon.

Sin embargo, no sabia qué responder, y sus labios se negaban á pronunciar un sonido: de

un lado su madre, pobre y sola, pero que le rogaba que la dejase, que la despedia por decirlo así: de otro lado, su padre, que la llamaba tendiéndole los brazos...

La pobre niña luchaba entre dos sentimientos opuestos, porque la voz de la sangre hablaba tambien en su corazon á favor de aquel padre que hasta entonces le habia sido desconocido, pero que la amaba tan tiernamente.

—Padres mios, dijo al fin: ¿por qué no sois los dos para amarnos á mi hermana y á mí? ¿por qué, para seguir al uno, debo dejar al otro? Yo veo que todos los hijos, que todas las jóvenes son dichosas á la sombra del amor protector de su padre, y del amor tierno y lleno de abnegacion de su madre... ¿no me es dado á mi gozar de esta felicidad suprema? ¿no puedo amar y ser amada de los dos á un tiempo?

—Implora esta ventura, á que tienes derecho, del amor de tu madre, dijo el Conde á su hija: ella puede consagrarse tambien á tí y vivir á nuestro lado.

Lágrimas miró á su madre con aire tierno y suplicante: mas en el rostro pálido de Dolores halló escrita una negativa, con tan expresivos rasgos, que no pudo insistir de palabra, y cubriéndose el rostro con las manos, echó á llorar.

—Acabemos esta triste escena, señora, dijo el Conde irritado: no puedo consentir en que mi hija sufra por más tiempo: ¿se niega Vd. á lla-

marse mi esposa? ¿á ser desde hoy la madre de Lágrimas?

—Sí, respondió Dolores en voz baja, pero con entereza.

—¿Es una resolucion definitiva?

—Sí, señor.

—Vamos, hija mia, repuso el Conde pasando bajo su brazo el de Lágrimas: olvida que esta mujer ha sido tu madre; yo te he desconocido durante algun tiempo: ella reniega de tí despues de haberte criado, lo que es mucho más cruel! págale con el olvido y sígueme!

—Madre, por Dios, una palabra que te justifique! exclamó la jóven uniendo sus manos: ¿qué te he hecho? ¿en que soy culpable? ¡ah! ¿dónde está mi hermana, para que me ayude á ablandar tu corazon, para que te ruegue que no me separes de ella y de tí?

—Tu hermana, repuso Dolores, ha abandonado ya esta casa para siempre!

—¡Dios mio! y ¿dónde está?

—Ya lo sabrás aunque te vayas con tu padre.

—¿Luego tú deseas que me vaya?

—¿No te he dicho que sí?

—Escucha, pobre niña, dijo el Conde dirigiendo una mirada de encono á Dolores: esta mujer, que tu desgracia te ha dado por madre, os abandona á tu hermana y á tí por algun ruin amor, al que vende su cariño maternal... Sí, estoy seguro de ello.

—¿Oyes á mi padre? preguntó Lágrimas, que habia dejado de llorar.

—Sí, respondió Dolores con tranquilidad.

—¿Es verdad lo que dice?

—Es verdad.

—Adios, pues, madre, dijo Lágrimas con voz entera y enjugando las últimas lágrimas que surcaban sus mejillas: ¡Dios sabe que siento el haber hallado la vida en tu seno! la educacion que te debo me ha enseñado que es preferible la muerte á la deshonra, y más te valiera ser la esposa honrada de mi padre y la buena madre de tus hijas, que dejarte llevar de esa pasion que te aparta de todo lo que debias amar... ¡no serás feliz en ella, yo te lo aseguro... Dios no puede aprobar semejante amor! Vamos, padre mio, continuó la jóven apoyándose en el brazo del Conde: yo me acojo á tu amor como á mi único amparo. ¡Quiera Dios que no me falte jamás!

Lágrimas dió dos pasos hácia la puerta, apoyada en el brazo de su padre. Dolores, muda, lívida, helada, inmóvil, la siguió con una mirada clara y fija: con la mirada de la desesperacion: de repente, Lágrimas se desasió del apoyo que sostenia su paso vacilante, y corrió hácia ella, rodeándole el cuello con ambos brazos.

—¡Adios, madre mia! le dijo con la voz entrecortada por los sollozos... adios, adios, ya

que me arrojas de tu lado, no arrojes mi recuerdo de tu corazon!

Dolores oprimió á su hija contra el pecho de un modo convulsivo: sus lábios se abrieron como para hablar: pero no salió de ellos ningun sonido: menudas gotas de sudor brotaban, como perlas, de la raiz de sus cabellos, y se helaban sobre su lívida frente: aquella lucha horrible y prolongada por tanto tiempo, sobraba para aniquilar una naturaleza mucho más fuerte que la suya, ya herida profundamente.

Lágrimas se separó, por fin, de sus brazos, y volvió al lado de su padre: Dolores volvió la vista, y apoyándose en el sillon, que quedaba allí, fué á tirar del cordon de la campanilla.

El Conde, esperando lo que iba á pasar, se detuvo.

—Diga Vd. á miss Ofelia que venga, ordenó Dolores á Silvia, que se presentó.

Despues apoyó la mano sobre su corazon, que levantaba una palpitacion terrible, y esperó con la respiracion entrecortada y la vista fija en la puerta.

Un instante despues, apareció el aya.

—Miss Ofelia, dijo Dolores con una voz que parecia salir de una garganta destrozada: mi hija se va... de mi lado... porque yo lo quiero así... puede Vd. irse con ella, si gusta... y de este modo no se verá privada de sus cuidados y amistad...

Miss Ofelia, aturdida, pero sin comprender, en su inocencia, el terrible drama que tenia lugar ante su vista, se quedó mirando al Conde.

—Señorita, dijo éste: al lado de Lágrimas, *mi hija*, hay siempre un sitio para Vd. Yo le suplico que no la prive de su compañía, que ahora le será más necesaria que nunca, faltándole la de su hermana.

Estas palabras, *mi hija*, que el Conde acentuó de un modo particular, hicieron abrir dos ojos como dos puños á la circunspecta inglesa, que no acertaba á explicarse lo que sucedia, desde que, por primera vez oyó esta misteriosa revelacion: ella sabia que sus dos educandas eran hijas de dos padres diferentes; ¿pero cómo era que el de la mayor existia y el de la menor habia muerto? ¿cómo la señora de Benavente se habia casado con su segundo esposo sin morir el primero?

—Vamos, querida amiga, dijo Lágrimas: sea usted mi madre, ahora que me alejo de la mia.

La inglesa, aturdida, y con la misma fuerza de voluntad que una sonámbula, se dejó arrastrar por la mirada suplicante de su educanda, y la siguió sin darse cuenta de que la seguia.

Lágrimas volvió de nuevo sus ojos hácia Dolores, y cubriéndoselos luego con las manos, salió de la habitacion.

Dolores la siguió con la vista hasta que desapareció el último pliegue de su vestido: enton-

ces miró en torno suyo: midió con una ojeada llena de desesperacion la gran estancia desmantelada y fria, y murmuró al caer sin sentido sobre el pavimento:

—¡Sola, sola!...

CAPITULO XV.

El dardo mortal.

Ya lucia el sol de Febrero y los árboles se vestian de verdor, aunque éste no estuviese desplegado en ponposas hojas, sino encerrado en menudos capullos.

Eran las diez de la mañana, y en una linda estancia, situada al Mediodía, dos jóvenes cosian con afan algunas piezas de tela blanca.

La de más edad era alta, con cabellos negros, ojos azules, boca fresca y tez de rosa: un traje de lana, color de violeta, hacia resaltar la perfeccion de su talle de ninfa, y la elegancia suelta y viva de su bella figura.

Aquella jóven, sin ser gruesa, no se la podia llamar tampoco delgada, por la perfecta redondez de sus formas, que parecian hechas á torno, segun su exquisita perfeccion.

La otra, de bastante ménos edad, parecia llegar apenas á los diez y seis años: era mucho mas baja, mas delgada y más delicada que la anterior: sus ojos, llenos de luz, estaban tambien

llenos de languidez: vestia lo mismo que su compañera, y en su bello rostro se advertia una extraña mezcla de alegría y de pena.

La obra en que cada una trabajaba era, á no dudarlo, adecuada á su carácter: la mayor, cosia presurosa el forro de color de rosa de una linda colcha de muselina: la otra terminaba el primoroso bordado de una camisa de mujer.

—Si así das las puntadas, dijo la menor asiendo un extremo de la colcha y mirándola con atencion, no me admiraré de que me ganes.

—¿Y para qué mas delicadeza aquí, niña? respondió la mayor con una expresion verdaderamente maternal; las colchas no se rompen, aunque vaya la puntada larga: siendo para tí, pongo aún más cuidado que en la mia.

—Mira tu camisa, dijo la otra mostrando su bordado: ¿te gusta la cifra?

—¡Primorosa! como de tu mano, querida Luz.

—¡Lisonjera!

—Digo la verdad: eso va como de tu mano: esto como de la mia.

Y la alegre jóven volvió á mostrar la colcha, que, en efecto, iba cosida bastante á la ligera, y se echó á reir á carcajadas.

Luz no acompañó aquella risa con la suya.

—¡Qué triste estás hoy! dijo la otra, á la que ya habrán conocido los lectores por Cesarina; ¿te parece que le gustará á Federico verte así doce dias antes de casarte?

—Ya sabe él la causa de mi tristeza, objetó Luz, y no me acusa por ello.

—¡Es verdad! la pobre Lágrimas desfallece de un modo visible: pero esto no es para desesperarse: esa languidez pasará, porque olvidará á Frantz...

—¡Olvidar! repitió Luz: de la misma manera que yo olvidaria á Federico y tu olvidarias á Julian.

—Vamos, contigo todos los consuelos vulgares son inútiles, mi pobre niña, dijo Cesarina, y yo hago mal en emplearlos: tienes razon: yo no olvidaria á Julian más que en el sepulcro, y tú tampoco olvidarias á Federico: por eso no hay que esperar que Lágrimas olvide á ese aleman, que ojalá no hubiera conocido: pero ¿qué será de él? ¿donde estará? ¿quién será esa mujer de quien se ha enamorado?

—¡La mayor pena de mi pobre hermana es el no saber quién es esa mujer! El Conde le ha dicho solo que es una mujer indigna, que le ha apresado en sus redes y con la que ya se hubiera casado, si ella no se resistiese.

—¡No es poca suerte que ella se resista!

—¿Por qué?

—Porque en tanto que él permanezca libre, hay esperanzas: sí, querida mia: segun dice mamá, los hombres rompen esos lazos el dia ménos pensado, y Frantz romperá los suyos tambien.

Luz iba á responder, cuando entró en la alegre estancia un hombre anciano, de porte grave y decente.

Era el padre de Cesarina.

—¿Cómo está hoy ese humor, hija mia? preguntó sentándose al lado de Luz.

Esta volvio hácia él sus expresivos ojos llenos aún de las lágrimas que le habia arrancado su anterior conversacion.

—Veo que hoy reina la tristeza, dijo el pintor, y yo sé el remedio: para curarla, dejad la costura, tomad las mantillas, y vamos á ver á Lágrimas.

—¿Pero no esperamos á que venga mamá? preguntó Cesarina.

—No, porque puede tardar mucho, y acaso la encontremos allí: esta mañana me dijo:—Antonio, me voy á confesar, y oiré una misa á la Vírgen para que mejore á la pobrecita Lágrimas, cuyo estado me da mucha pena; por lo tanto, creo que, despues de oir la misa, habrá ido á enterarse de si le ha aprovechado.

—¡Papá! dijo Cesarina en tono de dulce reconvencion.

—No digo nada, hija mia, para que se alarme tu fé: ¿crees tu que no pido yo al que todo lo puede que mejore á esa pobre niña?

—¡Ah, sí, papá! exclamó Cesarina echando sus brazos al cuello del anciano: ya sé que cres lo mejor que hay en el mundo.

—Pero me dejas por otro, á pesar de mi bondad; ¿no es cierto?

—¡Papá, tengo veintitres años, y ya es hora de que me case! observó Cesarina: ya sabes que he dejado cinco bodas por no separarme de vosotros... es verdad que no me gustaban gran cosa los pretendientes; Julian, aunque más pobre, pues solo tiene ocho mil reales en un Ministerio, me gusta más, y luego ya es hora de que me case, porque si no despues no me querran... pero es una inhumanidad que hagamos esperar á la pobre Luz, que ya ha ido corriendo á buscar su mantilla.

—Vamos, dijo el pintor, libre ya de los abrazos de su hija: vamos, aunque sé que va á llevar un mal rato, porque Lágrimas está, desde anoche á la una, mucho peor.

—¿Lo sabes tú, papá?

—Como que hablé á la siete de la mañana con miss Ofelia: es cosa segura: ó se casa con Frantz, ó se muere; y sucederá lo último.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Cesarina: y no haber esperanza...

—¡Ninguna! esa mujer no le soltará.

—¿Quién sabe?

—Yo lo sé.

—¿La conoces tú, papá?

—¡Hace ya muchos años!

—¿Y quién es? ¿quién es?

—No puedo decírtelo.

—¿Lo sabe tambien mi madre?

—Sí: no se lo preguntes, porque te responderá, lo mismo que yo, que no puede decirtelo: pero ve á ponerte tu mantilla, y vamos, que la pobre Luz estará ya llena de impaciencia.

La jóven salió algo resentida por la reserva de su padre, y fué á su cuarto, ó más bien, al que partia con Luz, á la que halló ya esperándola, segun su padre presumia.

Pocos instantes despues, las dos jóvenes salian con el padre de Cesarina, dirigiéndose á la calle de Santa Isabel, que era donde habitaba el Conde de Elven.

—¡Dios mio! yo no sé lo que siento, murmuró Luz despues de un largo silencio: es una angustia en el corazon que me anuncia sin remedio alguna gran desgracia.

—Tranquilízate, repuso Cesarina: tu imaginacion se deja llevar siempre de ideas tristes.

—¿Y qué tiene de extraño? preguntó la jóven volviendo á su amiga los ojos llenos de lágrimas: la terrible revelacion de la posicion de mi madre, mi hermana, separada de mí moralmente por la aparicion de su padre, que yo crei era el mio, y al que las dos juzgábamos muerto hace ya muchos años: la pena que me causa el contínuo recuerdo de mi madre, abandonada á un tiempo por sus dos hijas: todas estas ideas bullen en mi cabeza y la destrozan del modo más cruel.

—¿No sabes que dice mi madre que tras la tempestad viene la calma? preguntó con cariño Cesarina: las más recias tormentas son siempre las más cortas, y despues del nublado y el huracan luce, para alegrar á la naturaleza, un rayo de sol... ya hemos llegado, valor... valor, para que Lágrimas no se crea peor de lo que está al verte afligida.

Estas palabras fueron ya pronunciadas al subir la escalera de aquella suntuosa casa: los peldaños de mármol iban á rematar en un anchuroso y soberbio peristilo, en el que se paseaban, con la hinchada gravedad de una inutilidad perfecta, unos cuantos lacayos vestidos de librea.

Uno de ellos se detuvo al ver las gentes que subian por la escalera, y dijo á Cesarina y á sus compañeros:

—Adelante, caballero: adelante, señoritas.

—¿Cómo está la enferma? preguntó Luz tímidamente.

—Lo mismo, señorita, respondió el lacayo con respetuosa consideracion: y luego, acercándose al oido del pintor, añadió:

—Está muy mala, y ya ha pedido tres veces ver á su hermana.

Los tres visitantes, precedidos de uno de los lacayos, cruzaron una série de salas ricamente amuebladas, y se hallaron por fin en la habitacion de Lágrimas, que era una maravilla de lujo y de buen gusto artístico.

Solo dos personas la ocupaban: la jóven y su aya, que, sentada en frente de ella, la contemplaba con muda tristeza.

Lágrimas se hallaba sentada en un ancho sillon, que más bien parecia un lecho.

Era ya solo la sombra de sí misma: una estrema flacura habia sucedido á su natural esbeltez: bajo las mas dulces apariencias, ocultaba aquella jóven un alma vehemente y apasionada; el amor habia hecho en ella su presa, y el dolor de un amor sin esperanza habia devorado su fresca y floreciente salud.

Apenas podia reconocerse aquella carita tan preciosa poco antes, aquellos ojos llenos de luz y de alegría, que brillaban como dos magníficos diamantes negros en un fondo de nácar: su boca estaba marchita, sus ojos hundidos, y sus mejillas presentaban, con una elocuencia desgarradora, las huellas de las lágrimas y del dolor en su expresion mas cruenta, más aguda y mortal.

A pesar de lo hermoso del dia, Lágrimas se hallaba envuelta en una bata de abrigo, forrada y entretelada: cubria su cabeza un gorrito de batista guarnecido de encajes, por debajo del cual salian los negros rizos de sus hermosos cabellos, parecidos á espirales de seda.

Miss Ofelia vestia su eterno traje negro y su papalina blanca como la nieve.

Retratábase en sus facciones una pena silen-

ciosa y apacible, como su carácter, pero profunda.

Al ver á los que llegaban, se levantó y señaló á Lágrimas, que tenia cerrados sus grandes párpados, por no poder sufrir la luz á causa de su mucha debilidad.

Luz se aproximó á su hermana, y apoyó sus frescos lábios en aquella pálida frente: á aquel dulce contacto, la doliente niña alzó sus párpados, y sus grandes ojos negros aparecieron como dos estrellas de la mañana despojados de la niebla de la noche.

—Luz! dijo con débil y dulce voz.

—Hermana mia, respondió ésta: ¿te sientes mejor?

—No, respondió Lágrimas: me siento peor, me siento tan mala... que te suplico que no te separes hoy de mi lado: ya sé, añadió en seguida y con una débil sonrisa, que el acceder á esta exigencia mia encierra un sacrificio para tí... pero yo soy tan desgraciada... que no te negarás á esta súplica.

—Sí, hermana mia, respondió Luz: yo haré todo lo que tú quieras: si lo deseas, no me separaré de tu lado hasta que estés buena.

—¿Y Federico? preguntó Lágrimas: no, no quiero yo separarte de él: harto sé lo que es sufrir por un amor desgraciado, para desear que tú participes de mis dolores. Ya que Dios te ha hecho dichosa, yo le pediré que lo seas

siempre... ¿pero dí quién ha venido contigo?

—Cesarina y su padre.

—Buenos dias, amigos mios, dijo Lágrimas volviendo con pena la cabeza: no estoy peor... y sí teneis la bondad de permitirme hablar con mi hermana solo un cuarto de hora, despues seré toda vuestra.

—Salgamos, dijo miss Ofelia, para dejarlas en libertad.

—Sí, salgamos, repitió Benavides: este rato de espansion debe ser muy provechoso para la pobre niña.

El aya, el pintor y su hija salieron de la estancia, dejando solas á las dos jóvenes.

CAPITULO XVI.

Las dos hermanas.

—Hermana mia, dijo Lágrimas así que vió á Luz instalada á su lado: creo que voy á morir muy pronto, y pedia á Dios que te trajese aquí para decirte muchas cosas.

—¡Morir tú! ¡Dios mio! ¿por qué me hablas así? exclamó Luz llorando: ¿por qué piensas en morir?

—¿Y en qué he de pensar, si ya siento la muerte cerca? Solo un milagro podia salvarme la vida, créelo: y ese milagro no tendrá lugar.

—¿Quién sabe?... ¿no dice nuestra aya que Dios todo lo puede?

—Pero dice tambien que Dios algunas veces, por su infinita misericordia, quiere llamarnos á su lado para que seamos más dichosos que acá abajo: por eso, créeme... yo moriré... y no lo siento por mí, lo siento por los que quedais sin mí... yo sé que hay algunas personas que me aman: tú, mi padre... nuestra aya... y nuestra madre...

Lágrimas pronunció estas últimas palabras en voz baja y trémula, y con una especie de dolorosa vacilacion.

Al escucharlas, su pobre hermanita se acercó á ella, le tomó una mano y le dijo en voz muy baja y con ansiedad.

—¿La has visto?

—¡Sí.. no... no sé! respondió Lágrimas, cuyo pulso débil empezó á dar fuertes y precipitados latidos: oye, prosiguió, y te contaré lo que pasa.

Desde el dia en que yo me quedé en cama, que hace ocho, he oido decir á mi camarera que una señora de luto venia todos los dias á saber de mi estado, y que, al preguntar, lo hacia con voz ahogada y como sofocada por el llanto...

—¡Dios mio! interrumpió Luz: lo mismo ha dicho á Cesarina la viejecita que vive en el cuarto del patio de casa: tambien viene una señora vestida de negro á preguntar por mí; tambien dice que solloza, y que se aleja con paso vacilante... ¿será nuestra madre?

—¿Cómo lo puedes dudar? preguntó Lágrimas, que se incorporó en su sillon con una vehemencia dolorosa. Luz, yo, aunque hija de su culpa, creo que la amo y la comprendo mejor que tú... Luz... esa mujer es nuestra madre.

—¡Pobre madre! repitió la hermana menor con aquella pasiva dulzura que habia heredado de su abuelo.

—Sí, prosiguió Lágrimas con la vehemencia que á su vez habia heredado de su amorosa abuela: sí, hermana mia, es nuestra madre, que

vive sola, pobre, abandonada de todos, entregada al dolor, á la desesperacion... su inmenso amor hácia mí le aconsejó cederme á mi padre cuando se vió arruinada... de tí hubiera dispuesto tambien, á no haberte adelantado tú separándote voluntariamente de ella... Luz, la imágen de nuestra madre y la imágen de *él*... no se separan de mí... de noche, si cierro mis ojos al sueño, las veo... de dia las veo tambien... y esta mañana, cerca de la aurora... Oh, sí, no puedo dudarlo... no era una ilusion...

—¿El qué? preguntó Luz.

—He visto á nuestra pobre madre.

—¿Tú?

—Sí, toda la noche la pasé delirando... nuestra aya me veló con su paciencia de santa: ya hace cuatro noches que resiste sin acostarse siquiera... pero esta mañana, cuando la luz del dia penetraba blanca y débil por los cristales, miss Ofelia se adormeció en un sillon... y yo seguí entregada á mis penosos sueños... de repente sentí sobre mi frente un beso y algunas lágrimas y oí una voz que me decia:

—¡Hija mia, hija mia, perdóname!

Abrí los ojos y ví inclinada sobre mi lecho á una mujer vestida de negro que sollozaba y me abrazaba estrechamente.

—¡Madre! exclamé: y la vision desapareció como por encanto.

Ahora dime, Luz, ¿por qué me pediria per-

don nuestra madre? ¿en qué me ha ofendido? yo no sé... no lo puedo acertar.

—Te pedirá perdon acaso de haberte cedido á tu padre, respondió cándidamente Luz tras de algunos instantes de silencio.

—Eso mismo he pensado yo... ó acaso de los extravíos de su vida pasada... ¡oh, hermana mia, qué desgraciada es nuestra madre, y cuánto lo somos nosotras tambien! ¡qué dichosas serán aquellas hijas que pueden honrarse con las virtudes de la que les dió el ser! yo estoy sumergida en un horroroso martirio moral... comprendo que mi padre fué el primero que causó la ruina de nuestra pobre madre, el que la engañó y la abandonó despues, y no puedo perdonárselo... no, su vista me hace daño, porque amo más á nuestra madre que á él... ¿no ha sido ella quien me ha cuidado, la que ha protegido mi infancia, la que me ha proporcionado la educacion cristiana que he partido contigo, yo, su hija espúrea, contigo, hija legítima de su matrimonio? ¡oh, á ella es á quien amo... á ella es á quien llama mi corazon!...

—Cálmate por Dios, Lágrimas, exclamó la hermana menor, afligida: ¡Dios mio, esa exaltacion puede serte funesta!

—Sí, me muero, dijo Lágrimas, cuyas mejillas se habian cubierto efectivamente de un funesto sonrosado: sí, hermana mia, eso queria decirte: dos son las causas que me matan... el

abandono de Frantz, y el no poder vivir al lado de nuestra madre estimándola como á una mujer honrada... *él* me ha abandonado por eso... no querrá que yo, hija de una mujer que todos conocen por sus desórdenes, lleve su nombre... ¡oh, si mi madre me amase como yo, ya se habria casado con mi padre y no habria motivo para que Frantz me despreciase!

La jóven, dicho esto, dobló la cabeza: su palidez se hizo más intensa, y quedó inmóvil y muda.

—Hermana, hermana mia! exclamó Luz.

Lágrimas no respondió: su exaltacion, agotando sus ya casi exhaustas fuerzas, habia cedido á un abatimiento mortal: se habia reclinado en su sillon, y una palidez fria y lívida habia sucedido al sonrosado de la fiebre que poco antes vestia sus mejillas.

—¡Socorro, socorro! gritó Luz precipitándose hácia la puerta.

Pero retrocedió dos pasos llena de timidez, al ver al Conde que iba á entrar.

—¿Qué hay, señorita? preguntó con una frialdad dolorosa.

—¡Oh, Sr. Conde! Lágrimas está peor: Lágrimas se muere! exclamó la pobre niña.

El Conde no respondió: se acercó al sillon, tocó la frente y las manos de su hija, y dijo á Luz con voz sorda:

—Señorita, suplico á Vd. que llame.

Luz tiró del cordon de la campanilla, y un criado se presentó al punto.

—¡El médico... al instante! y que preparen mi coche! gritó el Conde, que no separaba su ansiosa y angustiada mirada de la pálida cara de su hija.

El doctor, que dormia hacia tres noches en la misma casa y que habia salido hacia poco del gabinete de Lágrimas, tardó muy poco en entrar.

Acercóse á la enferma, tomó su mano que ardia y dijo:

—Es un síncope producido por la debilidad: sin embargo, urge mucho tomar un partido: las fuerzas de esta señorita se van agotando rápidamente.

—¿Cree Vd. que debe hacerse lo que le propuse anoche? preguntó el Conde.

—Es el único medio que nos dá alguna esperanza de salvarla.

El Conde se levantó y dijo con tono resuelto:

—Dentro de dos horas, estaré aquí con ese jóven: no se separen Vds. de mi pobre hija.

El Conde salió al mismo tiempo que volvian á entrar en la estancia miss Ofelia, Cesarina y su padre.

CAPITULO XVII.

Sacrificio.

El Conde ocupó una berlina de mañana, que le esperaba á la puerta, y se hizo conducir á una modesta casa situada al extremo de la calle Ancha de San Bernardo.

Allí vivia Mme. Warner con sus dos hijos, Ida y Frantz.

El amor de este último por Dolores, amor que hacia el martirio de Margarita, habia echado un negro crespon sobre la dicha tranquila de aquella familia feliz.

El Conde conocia á Mme. Warner y á su hija, porque durante el mes que hacia que tenia á Lágrimas y á su aya en su casa, Margarita habia ido varias veces á ver á su hermana, acompañada de Ida.

—Señora, dijo el Conde así que se sentó: los instantes son para mí muy preciosos: ¡mi hija, mi pobre Lágrimas, se muere! vengo á buscar á su hijo de Vd. al que ella amaba, y cuyo abandono es la causa de su estado... ¿dónde está? quiero verle, y rogarle, si es preciso de rodillas, que salve á mi hija casándose con ella.

—¡Ah, Sr. Conde! exclamó Margarita: yo misma apenas veo á mi hijo... hace tiempo que vive separado de su familia por correr tras de un amor, que, si no es culpable, no es tampoco nada noble.

—Ya lo sé, repuso el Conde: ya sé, porque hace mucho tiempo que voy indagando todo lo que concierne al bienestar de mi pobre hija, ya sé que está sometido á una pasion de esas que hacen avergonzar á los hombres, y que casi siempre hacen su presa en los mas honrados y pundonorosos: pues bien, señora, si es preciso, yo iré á buscarle á casa de esa mujer ¡necesito salvar á mi hija, y no retrocederé ante ningun sacrificio!

—Pero, dijo Mme. Warner: ¿qué felicidad puede prometerse esa pobre niña con mi hijo? Además, Sr. Conde, él está alucinado, pero no pervertido, y no dará su mano á Lágrimas, cuando su corazon es de otra.

—¿Será mas piadoso dejarla morir? En fin, señora, yo necesito verle... luego que yo hable con él, veré qué es lo que debemos hacer para salvar á esa desgraciada niña.

—¿Sabe Vd. quién es la mujer á quien ama Frantz, y de la cual es amado él á su vez con loca pasion?

—No, señora.

—Pues bien, Sr. Conde: no seré yo quien le releve ese triste arcano, pero tampoco quien se

lo oculte: esa mujer vive cerca de la arboleda que se extiende á orillas del rio, frente al convento de Atocha: y allí es indudable que hallará á mi hijo.

—Adios, señora, dijo el Conde levantándose precipitadamente: ¡y el Cielo le pague el favor que me hace en esta ocasion!

Dolores, al ver salir á Lágrimas con su padre y su aya, cayó desvanecida como ya saben nuestros lectores: cuando volvió en sí, gracias á los cuidados de Silvia, su doncella, las lágrimas aliviaron algun tanto su corazon oprimido, y fueron como un bálsamo para aquellas últimas y dolorosas heridas de su alma.

Aquella misma tarde despidió á todos los criados que le quedaban, y fué á instalarse, sola con Silvia, á la solitaria casita del paseo de Atocha.

Contra lo que esperaba, el dolor de la pérdida de su hija superaba con mucho á la alegría de las esperanzas de su amor, y aquel amor que ella pensaba iba á dorar, como un risueño rayo de sol, el estío de su vida, quedaba envuelto en las negras sombras de sus dolores maternales.

Silvia fué la encargada de recoger cada dia noticias de las dos niñas; Dolores, tranquila con

respecto á Luz, lloraba amargamente pensando en el estado de tristeza y de abatimiento de Lágrimas, que, segun le decia su doncella, rehusaba toda distraccion y aun todo alimento.

—¡Si! decia Dolores melancólicamente: es una sencilla y modesta flor, acostumbrada al valle humilde en que ha nacido, y esa magnífica estufa, á donde ha sido trasportada, la hará languidecer y morir quizá! el alma de mi madre ha pasado á esa pobre hija de mi culpa, y esa alma es harto delicada y sensible para ser dichosa en la opulenta ociosidad del palacio de su padre.

Dolores, al discurrir así no pensaba que Lágrimas sufria ante todo por estar separada de ella, y por no poderla estimar ya despues de saber todos los extravíos de su vida pasada.

Silvia hablaba todos los dias con miss Ofelia, y por ella supo cómo la pobre niña esperó en vano durante muchos dias el ver á Frantz, y cómo la pérdida de sus esperanzas fué la señal del rápido decaimiento de su salud.

—¡Yo no sé lo que sucede! dijo un dia la inglesa á la doncella de Dolores: me consta que la señorita ha escrito á mi sobrino diciéndole que puede venir como antes, porque el señor Conde no se opone á su amor, y mi sobrino ni siquiera ha venido á verme á mí una sola vez desde que me hallo en esta casa.

Entonces empezó para Dolores la lucha más

cruel y más terrible de su vida: amaba á Frantz con toda su alma, pero su hija le amaba igualmente y se moria! cada paso que ella adelantaba, con el mágico prestigio de su hermosura y de su talento, en el corazon del artista, era un dia de felicidad que robaba á la desdichada Lágrimas, menos bella y mucho más inocente.

—¡Sí! se decia la triste madre, cuando despertaba en la soledad de su alcoba asustada por los fatídicos sueños que le representaban á su hija moribunda: sí, debo cederle á Frantz! ¡cómo no me avergüenzo de sostener con esa desgraciada criatura una lucha tan desigual! debo morir yo y que ella viva dichosa, pues soy el solo obstáculo á su felicidad.

Levantábase animada con estas generosas ideas; un vivo sonrosado cubria sus mejillas, y la sobreescitacion, que le causaba estos pensamientos, la hacia aparecer más llena de salud y de vida que jamás lo habia estado.

Pero luego venia Frantz, y al verle enamorado, tierno, suplicante, lleno de entusiasmo y de fé, Dolores se rebelaba contra sus propósitos, y se decia que ella tambien tenia derecho á ser dichosa con aquel amor, el único puro de su vida.

¡Derecho!... La mujer que es madre no le tiene á comprometer la felicidad de sus hijos.

Sin embargo de ser tan profundo por una y otra parte, el amor de Dolores y de Frantz no

podia ser más puro: el artista deseaba que Dolores conociese otra vez los hermosos dias de la virtud, y que la circundase tanta pureza como cieno la habia rodeado; además, ambos veian próximo su matrimonio, y esperaban con paciencia y alegría el término fijado por Dolores.

Pero la tranquilidad de esta desventurada mujer desaparecia con su amante: sola ya, su pensamiento no se separaba de sus hijas, y sobre todo, de la que estaba enferma.

No bastándole las noticias de Silvia, y temiendo tal vez que le exagerase el estado de Lágrimas, resolvió tomarlas por sí misma: cada dia, al anochecer, iba á preguntar por sus hijas, y cuando supo la gravedad á que habia llegado la enfermedad de la pobre abandonada, solicitó ver á miss Ofelia, y consiguió de ella que le permitiera penetrar en la alcoba de Lágrimas.

Aquel mismo dia, y como á eso de las tres de la tarde, fué cuando hallándose en su casa del paseo de Atocha y en compañía de Frantz, que acababa de llegar y trataba de inquirir la causa del mortal abatimiento en que la veia, Silvia anunció al Conde de Elven.

Dolores se extremeció con tal violencia, que Frantz la contempló con una admiracion dolorosa.

—Que pase, dijo Dolores á la camarera.

El Conde apareció un momento despues: su traje negro, pues apenas usaba otro desde la

muerte de su mujer, y la palidez y abatimiento de su semblante, alarmaron á Dolores de tal modo que corrió á él, le asió de la mano con una fuerza convulsiva y le preguntó con voz penetrante:

—¿Ha muerto mi hija?...

—Vive aún, respondió el Conde: pero va á morir.

Dolores se desplomó en un sillon, dando un grito.

—Caballero, continuó el Conde: en nombre de lo que más ame Vd. en la tierra, venga Vd. conmigo para que le vea Lágrimas: Vd. es el pintor Mr. Frantz, sobrino de su aya, que la amaba hace poco tiempo, y á quien ella ama aún: veo por quién ha abandonado Vd. á mi hija... pero, á pesar de lo desesperado de la empresa, vengo á rogarle en nombre de su madre, de su padre, que sé que ya murió, de todo lo más sagrado para Vd., que venga conmigo para decir á Lágrimas que aún la ama.

—¡Dios mio! exclamó Frantz, que palideció sin saberlo. ¿Lágrimas se muere?

—¡Si señor!

El silencio reinó durante algunos instantes, Dolores habia levantado la cabeza y fijaba en el artista una mirada desolada y triste.

—Señor Conde, dijo éste: yo pensé que Lágrimas habria olvidado, entre los placeres de su alta clase, la aficion que me tuvo, y que yo juz-

gaba pasajera, como todas las que alimentan las niñas de su edad: veo que me queria con un amor profundo... y lo siento... yo amo hoy á su madre... y debo casarme con ella.

Reinó otra vez un silencio á la par doloroso y solemne: la mirada de Dolores se cubrió de lágrimas amargas.

Levantóse de su asiento: por dos veces quiso dar dos pasos adelante, sin que pudiera conseguirlo: una fuerza invencible la retenia.

Pero ¿qué es lo que no puede lograr la voluntad cuando es firme? la pobre mujer logró tragar sus lágrimas, componer su semblante, serenar su voz, y se acercó á su amante.

—Frantz, dijo: yo renuncio á tí... cásate con mi hija... y hazla feliz: en cuanto á mí... Sr. Conde... hé aquí mi mano... que hace un mes tuvo á bien pedirme... yo era la rival de mi hija... siendo la esposa de su padre, ya no me temerá... ¿no es verdad, Sr. Conde? y luego partiremos, lejos, muy lejos de nuestros hijos... ó á lo ménos partiré yo, aunque Vd. se quede á su lado...

—¡Oh, generosa mujer! exclamó el Conde arrodillándose á los piés de la que tanto le habia amado, y besando con ansia sus manos; ahora te reconozco! Sí! tu eres aquella Dolores apasionada y tierna de otro tiempo.

¡El Conde se engañaba! las manos que besaba, que en época remota habian estrechado las

suyas con tanta pasion y que le habian escrito aquella sentida y triste carta llamándole cuando huyó del amor de la pobre niña engañada, aquellas manos estaban heladas entre las suyas.

Frantz fijó en Dolores una mirada larga y profunda: pero fuese que la noticia del amor de Lágrimas hubiese reavivado en su pecho la antigua aficion que le tuvo, ó que comprendiese lo héroico del sacrificio de Dolores, no prounció más que esta sola palabra, mirando al Conde:

—¡Vamos!

—¡Y yo, y yo, exclamó la desgraciada madre: yo tambien quiero ver á mi hija!

—¡A tus dos hijas, de las que ya no te separarás! dijo el Conde: he dejado á Luz con su hermana.

A la caida de la tarde de aquel dia, es decir, tres horas despues, un grupo encantador se hallaba reunido en la estancia de la doliente Lágrimas.

—Esta, reanimada, alegre, tenia en una de sus manos la derecha de su madre, y en la otra la izquierda de Frantz.

Luz, el aya y Cesarina, miraban á la enferma sonriéndose: el Conde se hallaba apoyado en el respaldo del sillon de su hija.

—¿Dices que era una mujer la que no te de-

jaba venir á verme? preguntó Lágrimas á Frantz, porque ella ignoraba que su rival desconocida era su misma madre.

—¡Ya no amo más que á tí! respondió el artista con esa expresion que convence siempre, por que es la de la verdad.

CAPITULO XVIII.

La muerte.

Luz no salió ya de casa del Conde de Elven, hasta que se verificó su matrimonio, que fué un mes despues.

Pero no fué sola al altar: otras dos bodas tuvieron lugar el mismo dia: la de su madre y la de su hermana.

El nudo santo del matrimonio enlazó á Dolores con el Conde, y á Lágrimas con su adorado Frantz.

La hija mayor de la antigua cortesana pareció revivir desde que tuvo la evidencia de su doble felicidad: la del casamiento de su madre y la del suyo.

Su madre, aquella madre á la que siempre habia amado con tanta ternura, quedaba rehabilitada á los ojos del mundo.

Dolores Herrera era ya la Condesa de Elven: de la frente de Lágrimas desaparecia la más triste de todas las manchas: la de su nacimiento: ya era hija de los Condes de Elven.

¡Y además recobraba á Frantz! á Frantz que olvidaria muy pronto, ó tal vez habia olvi-

dado ya, aquella mujer, de la que habian hablado á Lágrimas como de una de esas criaturas desgraciadas y despreciables.

¡Oh, si ella hubiera sabido que aquella mujer era su madre! pero Dios, siempre padre misericordioso, quiso ahorrar á la inocente niña aquel terrible dolor.

Frantz parecia que habia despertado de un sueño penoso: así al ménos lo creia él: aquel capricho momentáneo que le inspiró Dolores, y que fué el sentimiento mas fuerte que esta desgraciada logró inspirar en toda su vida, se evaporó como un perfume mal conservado, ante la pura y doliente belleza de Lágrimas, que su amor arrancaba al borde del sepulcro.

Si ciego con su locura se hubiera casado con Dolores, el hastío y el desencanto hubieran llegado bien pronto.

Casado con su hija, una alegría tranquila é intensa, en la que tenia no poca parte el orgullo satisfecho, inundó su alma: aquella niña, bella, pura como un ángel, enamorada como una paloma, rica y de ilustre sangre, le pertenecia: era una esposa que le debian envidiar todos.

Tales fueron los pensamientos que la desventurada Dolores leyó, como en un libro abierto, en el alma de aquel hombre, único á quien verdaderamente habia amado.

Luz, á la que ninguna parte tocaba en la

repentina elevacion de su madre y de su hermana, era la más dichosa de las tres, porque en las almas buenas y cándidas como la suya, la dicha de las personas queridas es preferible á la propia ventura: ella quedaba siendo la humilde hija de Benavente, que habia muerto pobre: ¿pero qué importaba? era la esposa de aquel gran artista que la amaba, y á quien ella queria y admiraba con todo el entusiasmo de sus diez y seis años.

¿Qué era en tanto de Dolores? ¡El ángel de la muerte tendia sus alas sobre la cabeza de la Condesa de Elven!

Habia llegado por fin al destino que habian soñado para ella sus padres: pero habia llegado con el alma herida de muerte, y su corona de Condesa debia ceñir una frente moribunda!

Luz, apenas casada, fué á vivir á casa de los padres de su esposo, y no hay que decir si la buena Elena y el honrado Benavides serian para aquella niña angelical unos amorosos padres, y Modesta una amorosa hermana.

Lágrimas y su marido fueron á habitar una elegante casa que para ellos habia comprado el Conde de Elven.

Frantz tenia empeño en marchar á París por una temporada para que Lágrimas conociese la gran capital del mundo civilizado: pero la Condesa, que delante de él callaba siempre, habia dicho á Lágrimas:

—Hija mia, no te separes de mí hasta dentro de un mes.

—¿Por qué mamá? preguntó Lágrimas: cuanto antes me vaya antes volveré.

—Sin duda: pero dentro de un mes me harás falta aquí.

—Siendo así, no me marcho, dijo Lágrimas: tú antes que todo.

Dolores, tranquila por este punto, pareció vivir desde entonces en una profunda calma: pero, al ir cada noche sus hijas á verla, advertian la espantosa y rápida demacracion que se iba apoderando de ella.

El Conde la advertia tambien: porque ¡cosa rara! aquel hombre, que habia empezado por dedicar á Dolores una ardorosa gratitud por el sacrificio que se habia impuesto para salvar á su hija, al ver de cerca á aquella mujer que le debia todas sus desgracias, habia sentido nacer en su pecho un amor grande y profundo.

Ambos eran aún jóvenes; ambos conservaban bastante belleza para hacerse amar respectivamente: ocupaban un sitio elevado en la escala social: el amor parecia inevitable entre ellos: y sin embargo, el amor se habia aposentado en un solo corazon: en el del Conde: el de Dolores permaneció cerrado y mudo como una tumba: como la tumba que guardaba á sus padres.

Era una bella tarde de las últimas de abril: la Condesa se habia sentido indispuesta hacia

ocho dias, pero levemente, segun ella decia, y no queria que por entonces se llamase al médico.

Sin embargo, en aquella tarde presentaba tan ostensibles señales de malestar y de fatiga, que el Conde, alarmado, envió á buscar al doctor que habia asistido á su hija.

Antes de llegar el médico, llegó Berta á visitar á su amiga: porque la Condesa de Elven habia borrado el recuerdo vergonzoso de *la Dolores Herrera.*

La Marquesa de Villaflorida era siempre la bella y elegante dama que hemos conocido; ademas, madre ya de dos niños, la maternidad la habia embellecido mucho más.

—¡Dolores! exclamó al entrar: ¿qué tienes? ¡qué horroroso estrago en tres dias que he pasado sin verte!

—¡No sé! repuso la Condesa... solo me duele de vez en cuando el corazon... pero, Berta, haz llamar á mis hijas, y envia á la parroquia para que venga un sacerdote... creo, en efecto, que no estoy buena, y no estará de más que me confiese.

—¿A qué pensar en eso Dolores mia? dijo el Conde tomando tiernamente la mano de su esposa.

—Señor Conde, siempre debemos pensar en Dios! respondió Dolores, que nunca, desde que aquel la abandonó, habia querido llamarle de

otro modo, ni aun despues de su casamiento.

La llegada del doctor impidió contestar al Conde.

Acercóse aquel á la Condesa, y asió su mano derecha: pero la soltó, y retrocedió horrorizado y con el semblante pálido.

Prescribió algunos medicamentos y se despidió hasta la tarde.

Berta salió tras él y le preguntó si habia peligro.

—De muerte, respondió el doctor: esta señora padece una aneurisma aguda que se ha descuidado de un modo muy imprudente: creo que no saldrá de hoy.

Berta volvió aterrada al lado de la Condesa.

Poco despues llegaron sus hijas: al verlas, una alegría inefable dilató las facciones de la enferma, que abrazó á aquellas una despues de otra.

—¡Dios mio! ¡qué palida estás, mamá! exclamó Lágrimas: ¿estás mala?

—Sí, hija mia... estoy muy mala, repuso la Condesa tranquilamente... tan mala, que muy en breve voy á dejaros...

—¡Gran Dios! exclamaron las dos jóvenes, y los dos esposos, que las habian acompañado.

—Sí, prosiguió Dolores: Dios me llama á sí... pero os dejo dichosas, añadió mirando á Frantz: esto era lo que deseaba... y ya puedo morir feliz á mi vez.....

.....

La luna enviaba su primer rayo á la tierra, cuando Dolores Herrera, Condesa de Elven, que hacia rato permanecia inmóvil, lanzó un suspiro, que fué el último.

Habia recibido todos los auxilios de nuestra santa religion, é iba á buscar al cielo un descanso que no habia podido hallar en toda su vida sobre la tierra.

Su agonía fué silenciosa, tranquila, y pasó casi desapercibida como habian pasado todos sus sentimientos.

Su vida fué borrascosa.

Su muerte silenciosa y tranquila, como la de una verdadera cristiana.

El alma enferma fué á buscar su eterna salud en el seno de Dios.

EPÍLOGO.

Miss Ofelia fué á vivir al lado de su hermana y de su sobrina, que se casó poco despues.

Frantz, deseando consolar á Lágrimas de la muerte de su madre, y distraerse él del dolor sordo que le traia el recuerdo de Dolores, marchó con su esposa á París.

Luz vivió dichosa al lado de su esposo, que alcanzó mucha gloria y no poco dinero, y cerró los ojos de los padres de éste, qne la amaban lo mismo que á su hija Cesarina.

Esta casó tambien con su querido Julian, humilde empleado de un Ministerio, pero jóven honrado y afable, que la hizo muy feliz.

Modesta y Berta lloraron por largo tiempo y con toda sinceridad la muerte de Dolores: la habian amado y compadecido de veras en todas sus desgracias, en todos sus extravíos.

—¡Ah! exclamaba Modesta; ahora que podia haber sido dichosa.

—Nunca lo hubiera sido, respondió la Marquesa: porque nunca lo es el que, no teniendo fuerza de voluntad para enmendar su primer

yerro, va cayendo de precipicio en precipicio: la redencion de la culpa es el arrepentimiento: sin este, no hay perdon: por eso son dignos de lástima esos caractéres altivos que no se doblegan á la humildad: creen que el delinquir es una desgracia y no una culpa, y que no están obligados á levantarse y á llevar la cruz de su arrepentimiento y de su dolor.

El Conde lloró toda su vida á Dolores: el remordimiento quitó á sus dias la tranquilidad y el sueño á sus noches: pensaba con amargura en lo dichoso que podia haber sido unido á aquella mujer, que le habia amado con todo el entusiasmo del primer cariño, y á la que él habia arrastrado envuelta en el huracan de su destino: decidióse, por fin, á vivir al lado de su hija, porque la soledad de su casa le agobiaba, y conoció, aunque tarde, que los extravíos de los hombres causan estragos que se lloran despues toda la vida.

Lágrimas no olvidó jamás á aquella triste y doliente madre, que le sacrificó toda la felicidad de su vida, sin saberlo ella misma: era tal el cariño que la jóven habia dedicado á aquella madre infeliz, que no dejó un solo dia de enviar sollozos y oraciones á su memoria.

Lágrimas y Luz fueron esposas fieles y buenas madres, como si hubieran querido redimir con sus virtudes los errores de la pobre alma enferma, que voló al cielo en busca de la salud.

Don Atilano y Doña Tecla murieron de viejos en casa de la Marquesa, y solo un mes sobrevivió la hermana al hermano.

Doña Angustias se volvió loca con los furiosos dolores de su parálisis, y fué á morir al hospital.

FIN DE LA NOVELA.

ÍNDICE.

Continuacion de la segunda parte.

		Páginas.
CAPÍTULO	VIII.—Desencanto	5
CAPÍTULO	IX.—La familia Warner	13
CAPÍTULO	X.—En Madrid	29
CAPÍTULO	XI.—La boda	41
CAPÍTULO	XII.—Dos cartas	55
CAPÍTULO	XIII.—El angel bueno y el angel malo	63
CAPÍTULO	XIV.—Cieno	73
CAPÍTULO	XV.—El padre	83
CAPÍTULO	XVI.—Despedida	95
CAPÍTULO	XVII.—Otra despedida	101
CAPÍTULO	XVIII.—El duelo	107

TERCERA PARTE.

Aurora de consuelo.

CAPÍTULO	I.—El aya	117
CAPÍTULO	II.—Contrastes	127
CAPÍTULO	III.—Esclavitud	143
CAPÍTULO	IV.—La madre	151
CAPÍTULO	V.—Confidencias	161
CAPÍTULO	VI.—El retrato	175
CAPÍTULO	VII.—Las dos madres	183

Páginas.

CAPÍTULO VIII.—El padre y la hija..... 193
CAPÍTULO IX.—La casa de la dicha..... 201
CAPÍTULO X.—Caridad.—Soberbia..... 215
CAPÍTULO XI.—La huida..... 223
CAPÍTULO XII.—Amor..... 233
CAPÍTULO XIII.—La casita..... 241
CAPÍTULO XIV.—¡Sola!..... 251
CAPÍTULO XV.—El dardo mortal..... 263
CAPÍTULO XVI.—Las dos hermanas..... 273
CAPÍTULO XVII.—Sacrificio..... 279
CAPÍTULO XVIII.—La muerte..... 289
EPÍLOGO..... 297

OBRAS DE MARÍA DEL PILAR SINUÉS

que se venden en las principales librerías y en casa de la autora.

	Ptas. Cénts.
Un libro para las jóvenes.—Un tomo.....	3'50
La Dama elegante.—Manual práctico y completísimo del buen tono y del buen orden doméstico.—Un hermoso tomo en 8.° prolongado.....	4
El Angel del hogar.—Dos tomos.....	6
Verdades dulces y amargas.—Un tomo...	3'50

DE TEXTO.

La Ley de Dios.—Coleccion de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo, obra única en su clase y utilísima para los niños de ambos sexos.—Un tomo...	1'50
A la luz de una lámpara.—Coleccion de cuentos morales.—Un tomo.....	1

Nada como estos dos libritos se ha escrito hasta hoy, pues reunen lo agradable y ameno á la moral más elevada y más pura: nada se ha ofrecido á los niños, que más les deleite, que más les enseñe á pensar y á sentir.

Estas dos obras, declaradas de texto desde hace largo tiempo, tienen concedidas por el Gobierno de S. M. las más grandes prerogativas; están recomendadas por varios Sres. Prelados de España con la mayor eficacia, y han sido objeto de un brillan-

tísimo informe de la Inspeccion especial facultativa de primera enseñanza, que va al frente de las actuales ediciones. Se venden en todas las librerías y en casa de la autora, calle de Vergara, núm. 1, cuarto segundo izquierda.

OBRAS EN PREPARACION.

Se publicarán sucesivamente y sin interrupcion alguna las siguientes:

Una herencia trágica (nueva).—Un tomo.

Leyendas del hogar: alegrías y tristezas de una familia, cuarta edicion.—Dos tomos.

La Vida real (nueva).—Un tomo.

El abismo (nueva).—Un tomo.

Historia de una madre: arreglo libre del inglés.—Un tomo.

Libraries
109 455

NIVERSITY LIBRARIES
AUXILIARY LIBRARY
IFORNIA 94305-6004
) 723-9201
e recalled after 7 days

ATE DUE